$7,00 Agosto 1974

Selecciones del Reader's Digest

Más de 30 millones de ejemplares vendidos mensualmente, en 13 idiomas.

¡VIVOS!

Relato verídico de los sobrevivientes del desastre aéreo en los Andes

SECCIÓN DE LIBROS

SU BIBLIOTECA DE

ATLAS UNIVERSAL

ATLAS UNIVERSAL

NUNCA TANTO POR TAN POCO

• Tamaño gigante (23 x 33) • 400 páginas a todo color • 100 mapas incomparables • 250.000 datos útiles • 700 fotos en colores • Impresión inigualada — Lo que debe conocerse sobre todos los países del mundo: razas, idiomas, religiones, historia, artes populares, folklore, ciudades, montañas, mares, ríos, clima, flora, fauna, economía agricultura, ganadería, minería, industria, comunicaciones y turismo, etc. — **Por lo que vale $ 390 Ud. paga $ 230, ahorrándose $ 160, o bien en cinco cuotas mensuales de $ 54.**

...BE TENER UN ATLAS

EL MARAVILLOSO MUNDO EN QUE VIVIMOS

SERA EL ORGULLO DE SU FAMILIA

Favor escribir con letra de imprenta

DISCOS
EMILIO MITRE 1819 · SUIPACHA 476 · BUENOS AIRES

TARJETA DE RESERVA

DESEO RECIBIR: EL MARAVILLOSO MUNDO EN QUE VIVIMOS · ATLAS UNIVERSAL

AL CONTADO ☐ $ 236,05*	EN CUOTAS ☐ $ 60,05 y 4 x $ 54.–

* Incluye $ 6,05 en concepto de gastos de envío.

Marque con una (x) el plan elegido

Nombre y apellido

Domicilio particular ____ Tel.

Localidad, barrio o villa ____ provincia,

Lugar de trabajo

Documento C.I./L.E./L.C. N°

Las condiciones y precios del presente certificado tendrán vigencia durante 45 días

Si es menor de edad, firma del padre o tutor

(Complete todos sus datos para obtener su crédito)

FIRMA

P185-S-8/74

Definitorias Frases de 1.000.000 de Argentinos

"El precio es sólo una de las grandes ventajas de la venta directa al público."

"En una librería me costaría un 70 % más y no me lo financian."

"Cuando salgo del trabajo me queda poco tiempo para comprar; la VDP me permite comprar sin moverme de mi casa."

"Ningún vendedor es capaz de asesorarme bien y darme tantos detalles del producto. Con el apuro a veces uno compra sin pensarlo bien."

"Me permite decidir la compra en el momento: lleno el cupón, lo pongo en el bolsillo del saco y de allí al primer buzón . . ."

"Enviar el cupón sin sobre ni estampillas me evite molestias y no permite que me olvide."

"Los sábados o cualquier tarde los negocios están llenos de gente y no lo atienden a uno como deseara."

"Ningún vendedor puede leer todos los libros que vende . . . Conocen poco el producto."

"No hay que hacer colas . . ."

"No hay vendedores que lo agobian y uno decide cómodamente sentado en su sillón favorito."

"La oferta es excepcional: por lo que vale $ 390, pago $ 230 y me ahorro dieciséis mil pesos viejos."

"Los comercios comunes no pueden competir en precio porque necesitarían mucho capital para tener un gran stock."

"En donde vivo, las librerías sólo tienen libros de texto y algunos best-sellers."

"Creo que lo del precio se debe a que el sistema de venta directa al público permite actuar sin intermediarios."

"Este sistema me permite recibir ofertas increíbles sin moverme de casa. Esa es la ventaja que me da serle fiel a la organización."

"Los clientes fieles son los que dan beneficios. Por ello este sistema es toda una garantía de calidad y precio en el producto."

"Ellos ya saben como es uno. «Dime qué música escuchas y te diré quién eres» dice el refrán y evidentemente no se equivocan: cada oferta que recibí era de mi gusto."

"Hacer publicidad directa sólo a los posibles interesados, abarata el costo del producto."

"El costo de impresión y la producción de fotografías y textos sólo puede abaratarse con este sistema, debido a la gran demanda. Esto, en libros, es fundamental."

"Yo coopero enviando el cheque junto al pedido así disminuyen los gastos postales de reembolso y los de distribución, lo que es una forma de que baje aún más el precio. Además lo entregan más rápido porque acelera el trámite administrativo."

"Hace unos días fui al salón de ventas de la calle Suipacha a pagar la última cuota de la colección de discos. Me sorprendieron las ofertas y la calidad de los libros."

"Pueden hacer ese precio porque tienen 10 años de experiencia lo que permite conocer la clientela."

"El cheque o el giro postal son los comprobantes de pago."

"Soy impaciente y me fui al salón de ventas para conocer los atlas. La verdad que me sorprendió la calidad del trabajo y eso que soy exigente."

"Desconfiaba, así que en mi primera compra no envié el dinero: la pagué al recibirla. La colección llegó justo cuando regresábamos del trabajo. Ahora prefiero pagar al contado adjuntando el cheque al cupón para poder recibir el producto en la oficina. Gano en comodidad y lo tengo más rápido."

Así opinan 1.000.000 de argentinos que compraron a DISCOS CBS, el líder en venta directa al público.

OFERTA ESPECIAL DE LANZAMIENTO

POR SOLO $ 230.—

O EN CUOTAS MENSUALES DE $ 54.-

PERMISO Nº 29
RESPUESTAS POSTALES PAGADAS

EL FRANQUEO SERA PAGADO POR EL DESTINATARIO

DISCOS CBS S.A.

Apartado Especial Nº 196 - BUENOS AIRES

TOMO VIII No. 43 AGOSTO DE 1974

Revista mensual publicada por
READER'S DIGEST MÉXICO, S.A. DE C.V.

Presidente: Douglas W. London

Editorial

Directora:
Ana Kviat

Jefe de Redacción:
Alfonso Castaño

Redactora:
Sara Slim

Información y Documentación:
Roberto Blum
Audón Coria

Secretaria de Redacción:
Magdalena Cortés

Director de Arte: Víctor Magallón

Circulación: Patrick Cross

Administración

READER'S DIGEST MÉXICO, S.A. DE C.V.
Sucursal Argentina

Gerente General: Roberto Marina

Circulación: José Álvarez, César Pérez

EDICIONES INTERNACIONALES DEL READER'S DIGEST

Jefe de Redacción: Alain de Lyrot

READER'S DIGEST se publica en: INGLÉS (ediciones norteamericana, británica, australiana, canadiense, sudafricana, neozelandesa, india y del Extremo Oriente); ESPAÑOL (ediciones del Caribe, centroamericana, colombiana, chilena, ibérica, mexicana, peruana, rioplatense y venezolana); PORTUGUÉS; SUECO; FINLANDÉS; DANÉS; JAPONÉS; FRANCÉS (ediciones belga, francesa, suiza y canadiense); NORUEGO; ALEMÁN (ediciones alemana y suiza); ITALIANO; HOLANDÉS (ediciones holandesa y belga) y CHINO. Se publican ediciones en el sistema Braille en inglés, español, alemán, japonés y sueco.

READER'S DIGEST, Pleasantville, N.Y., EE.UU., fue fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores.

Selecciones se vende en las principales librerías y puestos de periódicos

Argentina (7,00 pesos*) — Distribuidora de Revistas Bertran, S.A.C., Santa Magdalena 541, Buenos Aires.

Bolivia ($b. 11,00*) — Librería Selecciones, S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.

Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas No. 502, 19° andar, Río Janeiro.

Colombia ($12,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 No. 36-30, Barranquilla, y Apdo. Aéreo No. 4431, Cali; Eusebio Valdés, Calle 19 No. 5-51, Ofic. 101, Bogotá; José P. García Baylleres, Apartado Aéreo 42-48, Medellín.

Costa Rica (¢4,30*) — Eleazar Calvo Brenes, Apartado 67, San José.

Chile (E° 300,00*) — Reader's Digest Chile Limitada, Avenida Santa María 0220, Santiago.

Ecuador (14,00 sucres*) — Librería Selecciones, S.A., Venezuela y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S.A., 9 de Octubre 735 y Boyacá, Guayaquil.

El Salvador (¢1,25*) — Distribuidora Salvadoreña, Ave. España 344, San Salvador.

Estados Unidos (60 cts.*) — American Distributors Magazines, Inc., 7240, N.E. 4th Ave., Miami, 33138, Florida, U.S.A.

Guatemala (Q0,50*) — De la Riva, Hnos., 9a. Avenida No. 10-34, Zona 1, Guatemala.

Honduras (L 1,00*) — Distribuidora de Publicaciones, S. de R. L., 4a. Calle No. 103, Tegucigalpa.

México ($8,00*) — Distribuidora Intermex, Vallejo 1020, México 16, D.F.

Nicaragua (C3,90*) — Ramiro Ramírez, Ave. Bolívar Sur No. 302-A, Managua.

Panamá (B 0,50*) — J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Apartado 2052, Panamá.

Paraguay (G. 65,00*) — Librería Internacional de Adolfo N. Buzó, Estrella 380, Asunción.

Perú (S/25,00*) — Distribuidora Selecciones del Perú, S.A., Tarma 171/175, Lima.

Puerto Rico (60 cts.*) — Carlos Matías, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.

Rep. Dominicana (RD$0,60*) — Librería Dominicana, Calle Mercedes 45-49, Santo Domingo.

Uruguay ($800,00) — Nelson Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.

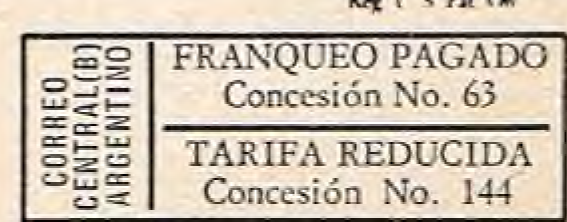
Venezuela (Bs. 3,00*) — Distribuidora Continental, S.A., Ferrenquín a La Cruz 178, Caracas.

*(*Precio por número suelto)*

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual en Argentina No. 1.160.377. Circula por el correo argentino con el carácter de publicación de interés general No. 144.

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volumen VIII, No. 43, Agosto de 1974. Publicación mensual de Reader's Digest México, S.A. de C.V., México, D.F. Printed in Brazil.

Impreso en Brasil, por Abril S/A — Cultural e Industrial — São Paulo.



Adherida al Instituto Verificador de Circulación

CORREO CENTRAL (B) ARGENTINO	FRANQUEO PAGADO Concesión No. 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión No. 144


JOHN ERWIN

INSTRUMENTOS DEL PENSAMIENTO

POR GEORGE GALLUP, *director del Instituto Norteamericano de la Opinión Pública*

TRAS MUCHOS años dedicado al estudio de los hábitos de lectura del público, he llegado a la conclusión de que, cualquier persona que no dedique cuando menos una hora y 45 minutos al día a leer libros, revistas y diarios, no alcanzará el éxito de los que adquieren este hábito.

Se privará también de grandes placeres. Hace años hice una encuesta para determinar quiénes eran las personas más felices de mi país. ¿Los resultados? La gente que se dedica a leer como parte de sus esparcimientos vive considerablemente más satisfecha que quienes emplean la mayor parte del ocio en distracciones de menor esfuerzo mental.

Y los estudios entre la juventud han demostrado que los lectores más asiduos después de las horas de escuela son los que tienen mayores probabilidades de sobresalir en su clase. Los estudiantes que pasan más tiempo ante el aparato de televisión tienden a obtener notas muy bajas.

La calidad del pensamiento de una nación va estrechamente ligada a la cantidad y a la clase de sus lecturas. Las palabras son los instrumentos del pensamiento; enriquecemos nuestro vocabulario y adquirimos la facilidad de palabra gracias, más que nada, a la lectura.

Pocas cosas son tan asequibles a todo el mundo como la palabra impresa. Excelente ejemplo de ello es el READER'S DIGEST, publicado en 13 idiomas. En las páginas de esta revista de tan vasto radio de acción podemos participar en casi todo lo que el hombre ha concebido. Así, a través del DIGEST nos es dado visitar la espléndida basílica de San Pedro o volar sobre la falla de San Andrés, en California; enriquecer nuestro vocabulario o ver cómo un cirujano hace una nueva operación que salvará una vida humana. La variedad de sus temas es ilimitada.

Nunca deja de emocionarme la palabra impresa. Porque, ¿qué otro medio nos abre tan ampliamente las puertas de la sabiduría humana, acumulada por la experiencia de milenios?

CÓMO ESCOGER MUEBLES DE COCINA PERDURABLES:

BUSQUE LA MARCA FORMICA®.

Cuando vea por fuera la Marca FORMICA®, usted ya sabe mucho de la calidad por dentro. Es lógico. FORMICA® es la marca de máxima calidad de laminado decorativo que se fabrica. Y como vale más que sus imitaciones, la mayoría de los fabricantes de muebles de cocina lo prefieren casi exclusivamente para sus productos de calidad óptima.



De modo que, si usted opina que la compra de los muebles de cocina debe ser una inversión para toda la vida, no sólo desde el punto de vista decorativo sino también funcional, busque la Marca FORMICA®. Esta es la clave para encontrar muebles de cocina que se mantengan como nuevos para siempre, que abran y cierren con facilidad, que resistan el uso, las manchas y la humedad de la estufa y del horno; en fin, muebles que seguirán siendo modernos y elegantes aunque pasen muchos años.

No olvide: existen muchas clases de laminados decorativos. Pero sólo uno que lleve el nombre de Marca FORMICA®.

¡ALGO NUEVO! La conquista de la linea curva por FORMICA®, con lo que se eliminan los cantos vivos, las esquinas y las rendijas. Los más importantes distribuidores venden muebles de líneas curvas con laminados Marca FORMICA®

®Marca registrada de la Formica Corporation.

Si está hecho con laminado decorativo FORMICA®, está bien hecho.

Cyanamid de Argentina, S.A.I.C., División Formica, Charcas 5051/63, Buenos Aires



Ford Fairlane. La gran manera de viajar.

Fairlane es serenidad.
El exclusivo sistema de dirección de potencia,
le permite sentir la respuesta del camino.
Le permite tener
esa entera sensación de seguridad en ruta.
Seguridad que se reafirma
a través de sus frenos delanteros de potencia
a discos turboventilados. También exclusivos.
Fairlane es silencio.
LTD o 500,
Fairlane es el único
auto argentino
con una aislación
acústica de tal perfeccionamiento.
En Fairlane el confort se siente en cada detalle
Todos pensados cuidadosamente.
Ford Fairlane es su gran manera de vivir.

Ford siempre encuentra algo mejor.





La adolescencia es una época de cambios rápidos. Entre los 12 y los 17 años de sus hijos, los padres suelen envejecer hasta 20 años.

—*Changing Times, The Kiplinger Magazine*

Si las pequeñeces nos enojan, ¿no hablará ello de nuestra propia pequeñez? —S.J.H.

La mejor manera de apreciar nuestro empleo es imaginar que lo hemos perdido. —T.M.G.

En toda discusión, gana siempre quien menos se acalora. —I.D.

La fama es el huidizo manjar que pasa de largo en una bandeja.

—Emily Dickinson

Nada muere tan definitivamente ni resucita tan a menudo como la intolerancia. —Henry Ward Beecher

El vigésimo aniversario de bodas es muy difícil de celebrar: muy temprano para fanfarronear, y demasiado tarde para quejarse.

—G.F.C.

Si todas las personas pudieran vender su experiencia en lo que les costó adquirirla, nadie necesitaría pensión de vejez. —E.F.

La única cura de la vanidad es la risa. Y hay un solo defecto irrisorio: la vanidad. —Henri Bergson

Cuanto más envejezco, más escucho a los que hablan poco. —G.G.

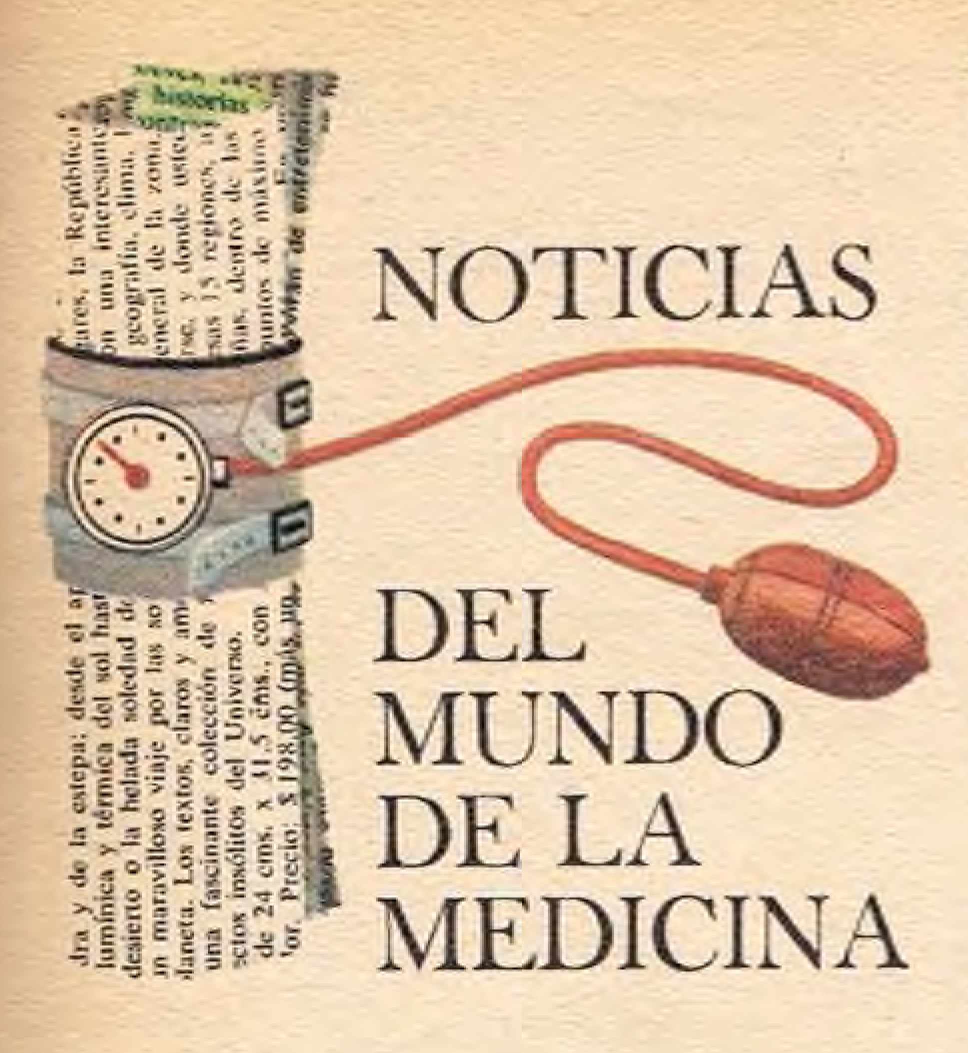
Hace falta valor para levantarse y hablar; pero también se necesita para sentarse y escuchar. —*Quotations of Courage and Vision*


El ser del whisky está



en Royal Command





NOTICIAS DEL MUNDO DE LA MEDICINA

EL GOLPE QUE PUEDE RESULTAR MORTAL

El *karate,* arte asiático de defensa personal en que se utilizan las manos, los pies, los codos y las rodillas para derribar al adversario, se populariza cada vez más entre los jóvenes. Sin embargo, puede ser sumamente peligroso para los principiantes que no dispongan de un instructor capacitado.

Los doctores John Cantwell y James King, hijo, del Hospital Bautista de Georgia, en Atlanta, advierten: "Están surgiendo por todas partes muchas academias de *karate,* y en algunas de ellas la instrucción no es precisamente la adecuada. Los estudiantes empiezan a golpearse unos a otros sin tener la menor idea de lo que hacen".

Ambos médicos insisten en la necesidad de que haya instructores más competentes y presentan informes de varios casos:

Un estudiante sufrió un desprendimiento de retina; otro, una lesión en el colon. En su segunda lección, una mujer de 39 años recibió un golpe de *karate* en el abdomen; la lesión hepática fue tan grave que debieron operarla para salvarla. Un muchacho de 18 años murió de contusiones en el corazón, consecuencia de un puntapié en el pecho.

—Lloyd Shearer, en *Parade*

NUEVO TRATAMIENTO DE LA HEMOFILIA

Gracias a un nuevo tratamiento, los hemofílicos ya no tienen que llevar una existencia inactiva y sobreprotegida. La hemofilia A (llamada también hemofilia clásica), es una deficiencia genética de cierta sustancia coagulante de la sangre, el Factor VIII, que causa hemorragias internas graves, a veces mortales, después de una herida. La sangre se derrama en las articulaciones de la víctima; se destruyen los tejidos y sobreviene invalidez. Muchos hemofílicos tienen de dos a tres hemorragias al mes. Antes cada accidente de este tipo exigía una hospitalización costosa de siete a diez días. En casa, el niño hemofílico casi nunca podía jugar con otros chicos.

Pero la fisióloga Judith Pool aisló el Factor VIII y otros científicos lograron conservarlo congelado. Ahora la vida de un hemofílico es

casi normal: puede curarse en casa con inyecciones de un concentrado de Factor VIII. Algunos hemofílicos se lo inyectan cada 48 horas; otros, sólo cuando sienten que se les presenta una hemorragia o como medida preventiva antes de iniciar alguna actividad violenta, lo cual permite a los niños que padecen esta enfermedad participar en toda clase de deportes, salvo los que se juegan con choques cuerpo a cuerpo o caídas. —Edwin Kiester, en *Today's Health*

LOS CINTURONES Y TIRANTES DE SEGURIDAD Y EL EMBARAZO

ALGUNOS médicos han puesto en tela de juicio la conveniencia de que la mujer embarazada use el cinturón de seguridad al viajar en automóvil, por la posibilidad de que, en un choque, este aditamento comprima la placenta o al feto. Pero la Asociación Médica Norteamericana, la Academia Norteamericana de Pediatría y la Asociación Médica para la Seguridad en los Vehículos han concluido que la futura madre debe usar el cinturón normal y, además, de ser posible, unos tirantes de seguridad en los hombros. Aquellas instituciones explican que la causa principal de mortalidad del feto en accidentes automovilísticos es que la madre resulte herida o muerta al salir disparada del vehículo, lo cual se previene con los cinturones y tirantes que la sujetan. La embarazada debe ajustarse el cinturón sin apretarlo mucho, lo más bajo que sea posible (por debajo de la protuberancia del vientre) y con la hebilla a un costado.

—*Good Housekeeping*

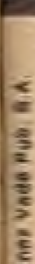
ANTICONCEPTIVO CANINO

LA EMPRESA Agrophysics, Inc., de San Francisco, ha descubierto un nuevo método para evitar la concepción en los perros. El anticonceptivo animal, conocido como ABCD, consta de un tubo de caucho conectado a un disco del mismo material, que se ajusta a cada perra. A diferencia del pesario intrauterino humano, el artefacto no se inserta ni en el útero ni en su cuello; se introduce en la vagina de la perra, donde queda fijo. En la mayoría de los casos el animal no entra en celo o sólo en forma atenuada. En los raros casos en que a pesar de haberse insertado el ABCD hay copulación, el artefacto tiene un efecto espermaticida natural.

No se ha presentado ni un solo caso de preñez en 500 perras que llevan el ABCD. —*Newsweek*

UNA REVISTA de Nueva York hizo una encuesta para preguntar a las más famosas mujeres del mundo en qué se fijaban primero en una mujer. "En su manera de hablar", replicó Agatha Christie. "En sus manos", dijo María Callas. "En su esposo", respondió al momento Zsa Zsa Gabor.

—*Tempo*, de Italia



Ahora hay dos clases de gente: los que tienen ELETTROSTOP DAWOL y los que todavía conviven con 220 volts de potencia en estado salvaje.

Por supuesto.
Para uno, "las patadas" traicioneras son cosas del pasado. Como los cortocircuitos o las sobrecargas que arruinaban los artefactos.
O la tensión permanente de mantener a los chicos lejos de los enchufes.
Uno ya tiene su Elettrostop Dawol... como casi todo el mundo.
Usted... no? No, realmente?
Entonces...todavía no sabe que un Elettrostop Dawol cuesta menos que comprarse un traje?



Todavía no tiene su Elettrostop Dawol? Y cómo hace para cortar automáticamente la corriente en menos de 30 milésimos de segundo?
Cómo hace para actuar más rápido que la mala suerte?
Cómo hace para proteger a...?
Bueno. No se sienta culpable. Pero cómprese su buen Elettrostop Dawol. Y colóquelo de una vez y para siempre.
Ya.
Por ahora, toque madera.

Protector eléctrico automático
Disyuntor diferencial

ELETTROSTOP DAWOL

Protege lo que usted más quiere

DAWOL La empresa argentina de mayor experiencia en protección diferencial.



Enriquezca su vocabulario

Por Carlos F. MacHale,
catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología.

Onomatopeya quiere decir imitación de un sonido por medio de la palabra. De la palabra misma que representa ese sonido, se dice también que es *onomatopéyica*. Lo son, por tanto, entre otras muchas, *aullar, bufido, cacarear, ¡chito!, miau, mu, tintín,* etcétera. Todas las voces que aparecen abajo, cuyo verdadero significado se explica a la vuelta, son onomatopéyicas.

1) **ajear** — A: chillar la perdiz. B: decir malas palabras. C: majar ajos. D: balbucir.
2) **batintín** — A: tambor. B: címbalo. C: tantán. D: bombo.
3) **carraspera** — A: chapoteo en el agua. B: trápala de caballos. C: rumor de un río. D: aspereza en la garganta.
4) **cochi** — A: voz para llamar al perro. B: al gato. C: para llamar al asno. D: al cerdo.
5) **croar** — A: cantar la lechuza. B: la rana. C: cantar el cuco. D: la chicharra.
6) **cucú** — A: canto. B: coco. C: cocuy. D: cuco.
7) **cuchichiar** — A: cantar la codorniz. B: tartamudear. C: cantar la perdiz. D: hablar al oído.
8) **frufrú** — A: ruido que produce el fuego. B: que hace el gas. C: el papel: D: la seda.
9) **gluglú** — A: sonido que hace el agua. B: el fonógrafo. C: el viento. D: el teléfono.
10) **gorgorito** — A: gárgara. B: quiebro con la voz. C: el gorrión. D: gorgojo.
11) **piar** — A: picar. B: piafar. C: hacer pío. D: picotear.
12) **refunfuñar** — A: restañar. B: rezongar. C: cuchichear. D: tartamudear.
13) **ronroneo** — A: lo hace el serrucho. B: el ganso. C: el teléfono. D: el gato.
14) **runrún** — A: ruido confuso. B: trueno. C: traqueteo desapacible. D: estruendo.
15) **trápala** — A: vibración del aire. B: tarareo desentonado. C: viento colado. D: ruido de gente.
16) **traque** — A: estallido. B: vozarrón. C: tañido. D: susurro.
17) **triquitraque** — A: zumbido. B: resonancia. C: golpeteo. D: repiqueteo.
18) **ulular** — A: gritar el sapo. B: el corzo. C: el jabalí. D: el lobo.
19) **zambomba** — A: bombazo. B: instrumento. C: zumbido. D: bombo.
20) **¡zas!** — A: onomatopeya de un capirotazo. B: de un zumbido. C: de un golpe. D: del taconeo.

Respuestas a

"ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(Véase la página anterior)

1) **ajear** — A: chillar la perdiz cuando se ve acosada. (Como quejándose, hace *aj, aj, aj.)*

2) **batintín** — C: tantán, instrumento metálico de percusión en forma de disco con los bordes doblados y que, suspendido, se toca con una maza. El *batintín* chino se llama *gong*.

3) **carraspera** — D: aspereza en la garganta que enronquece la voz. (De la onomatopeya *crasp.)*

4) **cochi** — D: voz con que se llama a los cerdos: *cochi, cochi. Cochino, cochitril,* etcétera, son derivados de *cochi.*

5) **croar** — B: cantar la rana. *"Croar* de ranas y hablar de damas, ruidos sin sustancia".

6) **cucú** — A: canto del cuclillo. "No hay ave más fastidiosa / en el cantar como tú: / *cucú, cucú* y más *cucú* / y siempre la misma cosa". (Iriarte)

7) **cuchichiar** — C: cantar la perdiz. (Parece que hace *cuchichí.)* Hablar en voz baja o al oído a uno es *cuchichear.*

8) **frufrú** — D: onomatopeya del ruido que producen las telas de seda. Es neologismo. "Cuchicheará a ras del suelo / su enagua un vago *frufrú*". (Leopoldo Lugones)

9) **gluglú** — A: onomatopeya del sonido del agua y también de la voz del pavo.

10) **gorgorito** — B: quiebro que se hace con la voz en la garganta, especialmente en el canto. "En la música antigua no se conocían los *gorgoritos*".

11) **piar** — C: emitir su voz los polluelos y algunas otras aves. *"Piando* el pajarillo, descubre su nidillo".

12) **refunfuñar** — B: emitir voces confusas o mal articuladas en señal de enojo. "Como los mozos harones, van *refunfuñando* a los mandados". (P. Granada)

13) **ronroneo** — D: ronquido que hace el gato en demostración de contento. También el ruido de la hélice de un motor.

14) **runrún** — A: ruido confuso, rumor, como el de las paletas de un ventilador.

15) **trápala** — D: ruido y confusión de gente, etcétera. "Terminó la *trápala* y pudimos dormir". También ruido acompasado del trote o galope de un caballo.

16) **traque** — A: onomatopeya del estallido del cohete.

17) **triquitraque** — C: golpeteo repetido y desordenado. Viene de *trique,* estallido leve, y *traque.* (Véase el número 16.)

18) **ulular** — D: aullar, dar alaridos o gritos lastimeros. *"Ululan* el perro, el lobo, etcétera".

19) **zambomba** — B: instrumento rústico que suena por la vibración de una piel tirante. *¡Zambomba!* interjección, denota sorpresa.

20) **¡zas!** — C: onomatopeya del sonido de un golpe. Cuando se quiere expresar la repetición del golpe, se dice *¡zis, zas!* o *¡zas, zas!*

Calificación

20 respuestas acertadas .... **sobresaliente**

15 a 19 acertadas .... **notable**

12 a 14 acertadas .... **bueno**

9 a 11 acertadas .... **regular**

Cuando hay para elegir, seguro que Ud. encuentra lo que busca

Pan Am vuela a Nueva York 5 veces por semana.
De día. De noche. Sin escalas. Con escalas.
Aprovéchese. Con Pan Am puede elegir a su antojo.



Miércoles: vía Río



Jueves: Directo



Viernes: vía Caracas



Sábado: Directo



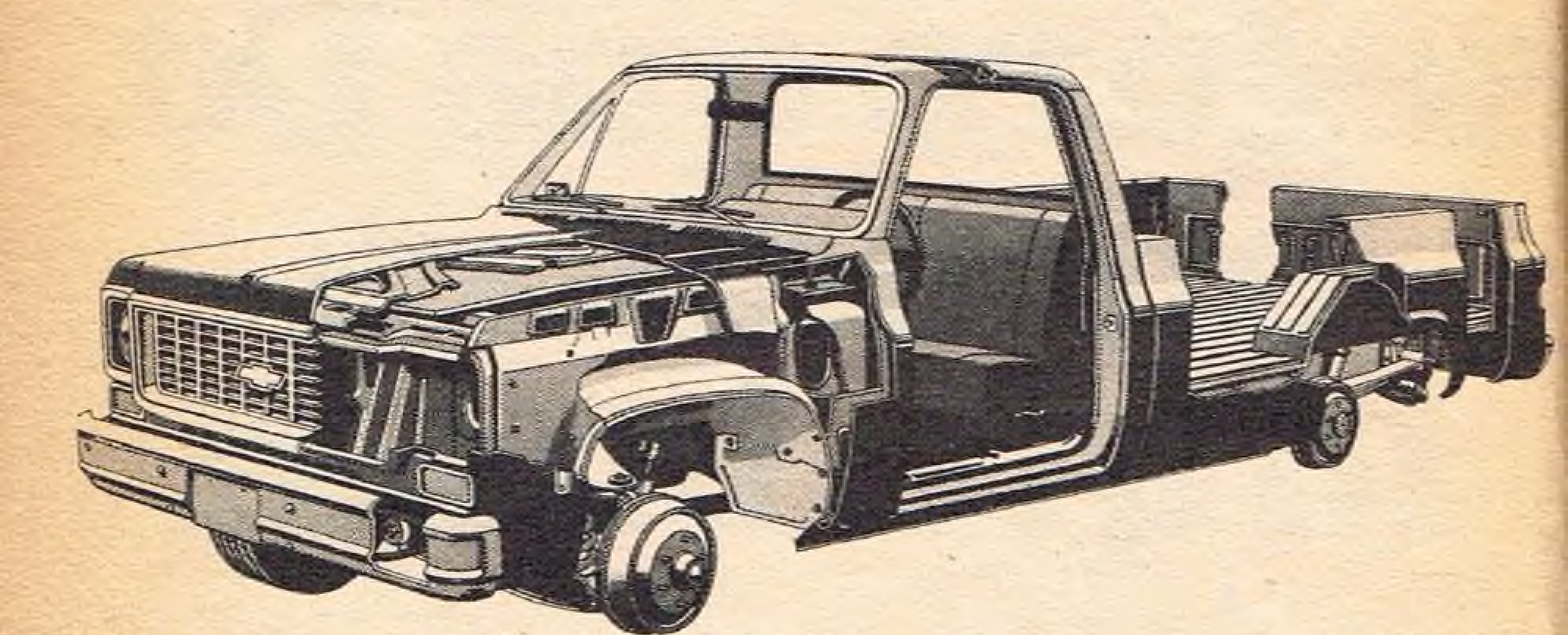
Domingo: vía Caracas

PAN AM

La línea aérea de mayor experiencia en el mundo.

Su Agente de Viajes le da todas las posibilidades. Háblele.

La Brava es la mejor y la de más valor



... porque sus ventajas ... ¡son de peso!

AVANZADA LINEA AERODINAMICA
Nuevo diseño con puertas y ventanas de vidrios curvos. Menor resistencia al viento y menos turbulencias.

MAYOR CONFORT Y AMPLITUD INTERIOR
Cabina más amplia, con nuevo y funcional tablero de instrumentos, de fácil y rápida lectura.

MODERNO CONCEPTO DE SUAVIDAD Y ESTABILIDAD
Nueva suspensión trasera y amortiguadores traseros en posición alterna: marcha más suave y pareja.

PODEROSAS PAREDES DOBLES
En caja, cabina, techo y capot. Mayor fortaleza y durabilidad.

MAYOR CAMPO VISUAL
Parabrisas y luneta más amplios.

TANQUE DE NAFTA FUERA DE CABINA
Elimina el olor y el ruido del combustible.

MAYOR DISTANCIA ENTRE EJES Y TROCHA MAS ANCHA
Aumenta la estabilidad y permite una distribución de la carga perfectamente equilibrada.

VENTILACION CIRCULANTE
Con válvula de entrada en el torpedo y de salida en la base de las puertas.

CAJA DE CARGA ABULONADA
Sólida, espaciosa y totalmente desarmable.

MOTOR CHEVROLET 7 BANCADAS
Más poder, más economía, óptimo rendimiento.



GM
CHEVROLET

PICK-UP

CHEVROLET

más Brava que nunca!

Año 34 — Selecciones del Reader's Digest — Agosto de 1974

Lo mejor de revistas y libros, de interés permanente

Tras viajar más lejos y a mayor velocidad que cualquier otro artefacto del hombre, este locuaz explorador nos ha dado una espectacular visión del enorme planeta y una vislumbre del infinito espacio trasjupiteriano.

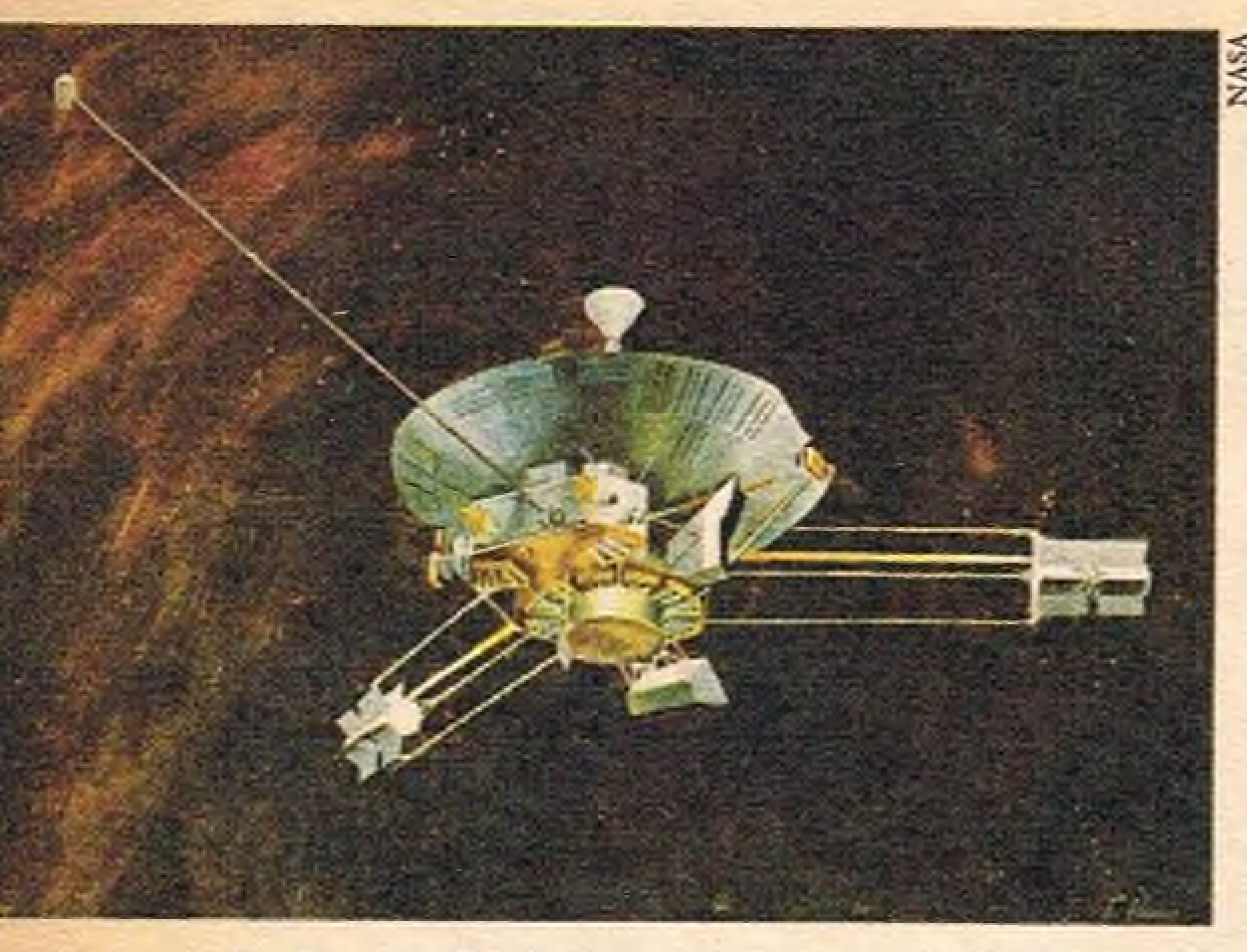
La asombrosa cita con Júpiter

Por Karl Kristofferson

Llegó de las profundidades del espacio; de 800 millones de kilómetros de distancia: fue una señal casi imperceptible que avanzaba hacia la Tierra a la velocidad de la luz. Luego, con un tenue murmullo electrónico de apenas una milmillonésima de vatio, esta rítmica explosión de energía de radio pasó por la antena de plato que tiene la NASA en Canberra (Australia) como parte de su gran red para el estudio del espacio profundo. Allí un técnico provisto de audífonos profirió un grito de triunfo: "¡Está hablando! ¡Está hablando de nuevo!" Y en otra sala de control situada muy al oriente (en el Centro de Investigación Ames, también de la NASA, cerca de San Francisco) se lanzaron vítores.

La hora era 24 segundos después de las 9:30 de la noche (hora de San

En *Primer viaje a las estrellas,* publicado en Selecciones de diciembre de 1972, Karl Kristofferson relató el viaje de Pionero 10 cuando la astronave se dirigía al planeta Júpiter. Este es el informe del feliz cumplimiento de la misión.



El Pionero 10 en el espacio, según el dibujante.

Francisco) del 3 de diciembre de 1973. El objeto que "hablaba" era Pionero 10, curiosa astronave en forma de plato que costó 50 millones de dólares y había saltado al cielo desde el cabo Kennedy en marzo de 1972, en pos del mundo más grande que existe en nuestro sistema solar: el planeta Júpiter. Durante 21 meses el aparato, de 260 kilos de peso, había volado raudo a través del espacio, más lejos y a mayor velocidad que cualquier otro artefacto del hombre; recorrió 800 millones de kilómetros con una precisión tan increíble que llegó con sólo un minuto de diferencia respecto al momento calculado. Completado con éxito el primer tránsito por el gargantuesco planeta, había salido por detrás de la enorme sombra eclipsante de Júpiter, y tras una hora de silencio siguió enviando informes a la Tierra.

Durante su viaje la intrépida astronave envió por radio a los sabios más de 20.000 millones de datos para computadora, incluso más de 400 fotografías en colores. Los copiosos datos, suficientes ya para llenar tres o cuatro mil libros, han trasformado todas nuestras ideas anteriores acerca del ambiente jupiteriano.

¿Por qué es tan importante Júpiter? En primer lugar, por su gigantesco volumen. Contiene más del doble de la materia de todos los demás planetas juntos y dos terceras partes de toda la materia del sistema solar, fuera del Sol mismo. Esta ingente masa ejerce una fuerza gravitatoria inmensa que, junto con el movimiento orbital del planeta, se



Júpiter muestra su gran mancha roja. El punto negro es la sombra de Io, una de las lunas del planeta.

puede aprovechar para acelerar la velocidad de las naves espaciales y alterar su curso en dirección a cualquier punto del espacio trasjupiteriano. Una vez que ha adquirido el impulso adicional de este efecto de "honda", Pionero va ahora despedido hacia los límites exteriores del sistema solar a la fantástica velocidad de 132.000 kilómetros por hora, y sigue trasmitiendo un tesoro de informes relativos al ambiente interplanetario en una exploración que de otra manera habría sido imposible.

Aparte su función de estación intermedia, de escala, Júpiter constituye un atractivo científico de primer orden, pues, a diferencia de los planetas terrestres o sólidos (Mercurio, Venus, la Tierra y Marte), es un gigante gaseoso. Su magna gravedad y baja temperatura impiden que escape al espacio su materia original, de modo que su masa contiene los gases primigenios que formaron el Sol y sus planetas hace alrededor de cinco mil millones de años.

En muchos aspectos el ámbito jupiteriano, con su collar de 12 lunas, semeja un sistema planetario en pequeño. Parece que, por no haber tenido masa suficiente para encender sus "hornos nucleares", Júpiter no logró convertirse en una estrella. (Las estrellas se forman cuando la fuerza gravitatoria concentra polvo y gases; al aumentar la presión interior, las temperaturas se elevan hasta que, a 14 millones de grados centígrados, se inician las reacciones nucleares y la estrella brilla.) Con todo, el colapso gravitatorio de Júpiter es suficiente para que el planeta irradie casi tres veces más calor que el que recibe del Sol.

Algunos científicos conjeturan que su inmensa envoltura gaseosa exterior, compuesta de hidrógeno, helio, amoniaco, metano y vapor de agua (el "caldo" químico que se cree dio origen a la vida en la Tierra) contiene organismos vivos. Agregan que el color pardusco de sus zonas subyacentes de nubes indica la presencia de materia orgánica. En experimentos que reproducen la atmósfera jupiteriana se ha logrado producir aminoácidos, que son los bloques básicos de la materia orgánica.

¿Qué descubrió Pionero 10, y cómo? Para contestar, repasemos su viaje a Júpiter.

Al borde del infinito. Pionero 10 despega de la Tierra el 2 de marzo de 1972. Devora más de un millón y medio de kilómetros diarios y traspone la órbita de Marte en 83 días. A mediados del mes de agosto entra en la peligrosa faja de asteroides, región de polvo, rocas y fragmentos siderales que mide aproximadamente 80 millones de kilómetros de altura por 280 millones de kilómetros de profundidad.

Durante seis meses los científicos están expectantes, pues aunque el rumbo de la astronave se ha calculado con el mayor cuidado para eludir los asteroides más grandes, del tamaño de islas, el choque con cual-

quiera de las partículas más pequeñas podría destruir el aparato, porque corren a velocidades de 29 kilómetros por segundo. Resulta, sin embargo, que esta celeste galería de tiro no es una amenaza. Pionero 10 no encuentra allá más partículas que cerca de la Tierra.

Pionero penetra luego en el frío y fantasmal desierto del sistema solar exterior, el vasto espacio vacío gobernado por los gigantes planetas gaseosos (Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno). El Sol, antes dominante, se ha reducido allí hasta convertirse en un diminuto disco que brilla contra el negro terciopelo del universo. La Tierra misma es ya un punto plateado y resplandeciente que se desplaza por el borde del resplandor solar.

Enfrente, pero todavía a nueve meses de distancia, está Júpiter, pálido globo de color verde-azulado que describe su órbita por el confín del infinito.

Donde el norte es sur. El 4 de noviembre de 1973 Pionero 10 empieza por fin su inspección del ambiente que rodea a Júpiter. Aunque la astronave se encuentra todavía a más de 30 millones de kilómetros de distancia, ya está firmemente atrapada por la tremenda fuerza de gravedad del planeta, y se acerca a él a unos 34.000 kilómetros por hora.

El 22 de noviembre, con sus dispositivos movidos por energía nuclear y en continua pulsación, Pionero 10 registra un aumento de las radiaciones. Se encuentra a sólo 11 millones de kilómetros de Júpiter, que aparece como una bola con franjas anaranjadas y azules flotante en el vacío. (Las observaciones hechas desde la Tierra lo muestran como un disco de color salmón perpetuamente cubierto de nubes en bandas paralelas en rotación.)

A mediodía del 26 de noviembre Pionero irrumpe por la onda frontal de choque de Júpiter, el punto del espacio donde el viento solar (de un millón y medio de kilómetros por hora) rebota de la magnetosfera en movimiento del planeta, como el agua que salta de la proa de una lancha velozmente lanzada. Una vez que ha traspuesto la onda de choque, la astronave entra en el campo magnético de Júpiter, región de 21 millones de kilómetros de anchura, de partículas y plasma ionizado.

Los instrumentos del aparato empiezan a relatar una extraña historia. Indican que el polo magnético de Júpiter está desviado unos 15 grados respecto al eje de rotación del planeta. Esto hace que el enorme campo discoidal oscile cada diez horas, en concordancia con el período de rotación jupiteriana. La dirección de su campo magnético es opuesta a la del campo de la Tierra, de modo que en Júpiter la brújula señalaría al sur.

Melodías y chasquidos. A menos de un millón y medio de kilómetros del planeta, Pionero 10 penetra en sus mortíferos cinturones interiores de radiación, mucho más intensos que los de Van Allen que circundan la Tierra. Dentro de la astronave

los niveles de radiación aumentan enormemente. La voz de Pionero, que hasta entonces había sido una clara melodía, empieza a gemir y a lanzar chasquidos.

La nave cruza los planos orbitales de Ganimedes, Europa, Calixto e Io, cuatro de las lunas de Júpiter. Todas son del tamaño de planetas y muestran indicios de atmósfera. A seis horas de la periapsis (la mayor aproximación) Pionero entra en la zona de más intensa radiación. La emisión de electrones de gran energía aumenta a 400 veces el nivel mortal para el hombre. La terrible acometida eléctrica amenaza superar el margen de seguridad con que está construido el aparato y silenciarlo para siempre.

Sin embargo, Pionero sigue trasmitiendo sin interrupción una corriente de datos a la Tierra: 1024 unidades o dígitos binarios de información de computadora por segundo. Cuarenta y seis minutos después las señales llegan a una de las tres antenas sensorias situadas en España, Australia y California. Unas computadoras de alta velocidad las amplifican y, en un procedimiento fantásticamente complejo, parte de los datos se convierten en fotografías de colores de claridad y detalle asombrosamente precisos.

Un mundo de pesadilla. Una hora antes de la periapsis los niveles de radiación llegan al punto de saturación. Cae la tensión eléctrica de la astronave; la temperatura de los generadores nucleares aumenta sin cesar. Luego, súbitamente, la radiación empieza a disminuir. Pionero ha penetrado en una zona "de calma". Ha sobrevivido por un margen mínimo. A las 6:25 de la tarde del 3 de diciembre la pequeña pero resistente astronave pasa frente a la cara de Júpiter a una altura de 130.000 kilómetros, después de un viaje de casi mil millones de kilómetros. Su velocidad, incrementada por la gravedad, es ya de 129.000 kilómetros por hora.

Si el lector fuera a bordo, vería que Júpiter y sus nubes ocupaban una cuarta parte del cielo: una hirviente caldera de rojos, rosados, amarillos y pardos, 8500 veces mayor que nuestra Luna llena y 12.000 veces más brillante. La cámara de Pionero enfoca el más curioso rasgo del planeta: la gran mancha roja. Fue durante mucho tiempo un enigma para los astrónomos, pero ahora se sabe que es un vórtice de casi 30.000 kilómetros de diámetro, como una enorme chimenea que escupe materiales de las regiones interiores de la atmósfera hasta una altura de varios kilómetros sobre la principal capa de nubes.

Mientras la astronave avanza sobre esa monstruosa esfera, sus instrumentos trabajan activamente. Se descubre con sorpresa que Júpiter es ligeramente más pequeño y más pesado de lo que se creía. Su masa es enorme, pero su densidad es la cuarta parte que la de nuestro planeta, y apenas superior a la del agua. Sin embargo, la fuerza de gravedad al nivel superior de sus nubes es dos veces y media más intensa que

la gravedad en la superficie de la Tierra. (Las fuerzas gravitatorias en el fondo del océano atmosférico de Júpiter son tan terribles que bastarían para aplastar las cordilleras terrestres.)

Júpiter es muy frío. La temperatura tomada sobre las nubes es de menos 146° C. Parece que la temperatura aumenta con la profundidad. A unos 80 kilómetros dentro de la atmósfera jupiteriana, las condiciones pueden ser tan cómodas, como las de nuestras casas, lo cual refuerza la teoría de que pueden existir formas de vida atmosférica en el planeta gigante.

Las bandas de nubes de Júpiter son una fantasía de movimientos; capas calidoscópicas de vapor que se forman por la rápida rotación de ese mundo colosal y que pasan unas junto a otras a diversas velocidades. A veces surge una violenta erupción desde las profundidades del planeta y estalla como un gran óvalo blanco del tamaño del océano Pacífico. Debajo del manto de nubes se producen magnas perturbaciones eléctricas.

¿Qué hay debajo? Tal vez, como creen algunos teóricos, la masa de Júpiter se espesa gradualmente hasta hacerse líquida, después lodo blando y, finalmente, materia sólida. Si hay una superficie sólida, la gravedad y las presiones atmosféricas probablemente han creado un paisaje de pesadilla de "continentes" de hidrógeno sólido en medio de océanos de hidrógeno líquido, donde no podría sobrevivir ningún hombre ni máquina alguna salida de sus manos.

Puerta hacia las estrellas. Al dirigirse Pionero 10 hacia la otra cara de Júpiter, la enorme gravedad del planeta tuerce su trayectoria y, durante algún tiempo, parece que lo va a aprisionar en un abrazo fatal; pero la astronave viaja con demasiada velocidad para que pueda capturarla. A unos 37 kilómetros por segundo, prosigue Pionero 10 su ruta sideral.

En algún punto de la órbita del remoto Urano, a casi 3000 millones de kilómetros de la Tierra, el tiempo y la distancia silenciarán la voz nuclear de Pionero 10. Quince años después del lanzamiento la astronave salvará la solitaria órbita de Plutón para lanzarse luego al espacio interestelar. De aquí a 80.000 siglos llegará a la constelación de Tauro y desaparecerá para siempre en la bruma eterna del tiempo.

Los SABIOS de la Tierra estudian hoy el legado de Pionero 10. Así comprenderemos mejor a Júpiter y su influencia sobre nuestro minúsculo nicho del universo. Pero tal vez lo más importante sea que la astronave ha abierto la puerta hacia los planetas exteriores y hacia las estrellas.

En diciembre de este año, otro Pionero, el número 11 de la serie, traspondrá esa puerta para ir a ver de cerca por primera vez a Saturno, el de los hermosos anillos. ¿Cuánto tardará el hombre mismo en seguir a estos precursores?

Gran Bretaña: perfil de una crisis

Las luchas obrero-patronales, la inflación, las restricciones de energía eléctrica, un gobierno tambaleante, postraron a Inglaterra en un pavoroso invierno de privaciones. ¿Cómo ocurrió?

POR IRWIN ROSS

EL ACIAGO invierno de 1973 a 1974 que pasó Gran Bretaña no ha tenido paralelo en tiempos de paz en ninguna sociedad industrial moderna. Primero, una enconada disputa laboral en las minas de carbón nacionalizadas redujo radicalmente los suministros de este combustible. Para ahorrar energía (el carbón genera el 70 por ciento de la fuerza eléctrica de Inglaterra), el gobierno implantó la semana laboral de tres días a partir del 31 de diciembre. Nada menos que 1.700.000 obreros industriales empezaron a trabajar a medio tiempo, y las pérdidas de producción no tardaron en sobrepasar el equivalente de 4600 millones de dólares. Las oficinas y los talleres se iluminaron con luz sepulcral los días en que estaba prohibido usar la electricidad. Por las noches las calles tenían un aspecto fantasmagórico; el alumbrado público se redujo a la mitad y se apagaron todos los letreros luminosos, los grandes carteles publicitarios y los escaparates.

La resolución de los mineros de no trabajar horas extraordinarias durante tres meses se trasformó a principios de febrero en una huelga total, y el primer ministro Edward Heath convocó a elecciones generales para obtener la renovación del mandato de su partido conservador (primera vez en la historia británica que una huelga provocaba elecciones). Heath no realizó su propósito; el partido laborista, de la oposición, encabezado por Harold Wilson, logró que eligieran para la Cámara de los Comunes cinco representantes más que los conservadores. Pero a Wilson le faltaban aún 17 votos para obtener la mayoría absoluta, y por ello tuvo que formar

un débil gobierno de minoría (el primero en Inglaterra desde hace más de 40 años) que se enfrentó a ingentes dificultades económicas. El déficit comercial del país era, con mucho, el peor en toda su historia, y la inflación había alcanzado un nivel vertiginoso, pues los precios al menudeo eran un 13 por ciento más altos en febrero de 1974 que un año antes.

¿Cómo una nación con tan singulares dotes para zanjar diferencias y salir de los atolladeros pudo caer en tal caos, que ha sido su más tremenda crisis desde la guerra?

Dolores de crecimiento. La decadencia económica de Inglaterra, que data de hace mucho tiempo, constituye el trasfondo de la crisis actual. Después de la segunda guerra mundial era el país más próspero de Europa (con excepción de Suecia, que no había participado en el conflicto), pero gradualmente fue rezagándose, hasta que en 1971, en la Europa libre, su producto interno bruto por habitante fue superior sólo al de Austria, al de Italia y al de países relativamente pobres como Grecia y España.

Se han dado varias explicaciones de esta deplorable situación, pero muchos economistas señalan como causa del estancamiento del Reino Unido su política económica de "detenerse y reanudar la marcha". Cada vez que comenzaba un período de bonanza, había un estímulo para las importaciones, con lo que empeoraba el déficit comercial del país y se debilitaba la libra esterlina en los mercados monetarios internacionales. El expediente a que recurría el gobierno consistía en subir los impuestos y las tasas de interés para frenar las importaciones y "salvar a la libra". Al menguar la prosperidad, se reducían también las nuevas inversiones y el índice de crecimiento. A continuación se favorecía otro breve período de auge económico, que poco después se frenaba con las mismas medidas. Ni siquiera la devaluación de 1967 condujo al esperado crecimiento, pues el gobierno laborista contuvo demasiado tiempo la demanda del mercado interno con sus eficaces medidas para alcanzar el superávit en la balanza de pagos.

En 1972 el gobierno de Heath abandonó esta política e inició una campaña de gran envergadura para el crecimiento económico por la reducción de los impuestos, el aumento de los gastos públicos y la tolerancia de un déficit fiscal mayor. Se propuso impulsar el consumo interno, con la esperanza de favorecer así el auge de las inversiones. Y en efecto, el crecimiento económico recibió un gran impulso durante varios meses a partir del último trimestre de 1972, pero el gobierno se vio pronto en serias dificultades. Los precios de las importaciones subieron hasta las nubes por la gran alza de los artículos principales en el mercado mundial y la continua devaluación de la libra esterlina (que Heath dejó "flotar" en 1972), y finalmente por el fuerte aumento de precios del pe-

tróleo el año pasado. El resultado final de todo ello fue un déficit sin precedente: 5400 millones de dólares en 1973, agravado por una inflación galopante.

Parte de la estrategia de Heath para conseguir un mayor crecimiento económico consistió en imponer una política de ingresos que frenara los aumentos inflacionarios de sueldos en los convenios obrero-patronales. En noviembre de 1972 entró en vigor la ley de congelación de salarios, y poco después, en abril de 1973, se puso en marcha la fase número 2 del programa, que permitía conceder aumentos moderados. La fase número 3, iniciada en noviembre de 1973, concedía algo más de laxitud.

Sin embargo, en cualquier país democrático la cuestión básica para que funcione bien una política de regulación de los salarios estriba en obtener la colaboración de los sindicatos. Y los sindicatos ingleses han llegado a ser una poderosa fuerza extraparlamentaria, difícil de refrenar por medios legales y sumamente belicosa, en parte por la proliferación de los líderes izquierdistas. (No es absurdo suponer que muchos líderes de la izquierda inglesa tratan ahora de exacerbar las "contradicciones" del sistema capitalista para demostrar que ni siquiera la economía mixta de Inglaterra puede funcionar bien.)

También fomenta la agresividad el que muchas negociaciones entre obreros y patronos se entablan en el ámbito de una sola fábrica e incluso en el de un departamento de una fábrica. En este país los capataces tienen gran autoridad, por lo que son frecuentes las huelgas locas. Cuando Heath puso en vigor su programa, la oposición de los sindicatos fue clamorosa. Sostenían que el peso de la inflación recaía sobre el obrero, mientras que la gente de mayores recursos gozaba de exención de impuestos.

La fuerza de los sindicatos. La larga serie de acontecimientos que desembocó en la huelga de los mineros empezó en diciembre de 1970, con el triunfo de los trabajadores que recurrieron al "tortuguismo" en las centrales de energía eléctrica, lo cual reveló una fuerza nueva en manos de los sindicatos. Esta lentitud causó súbitas interrupciones del suministro de electricidad y bastaron ocho días para que ganaran los obreros. En enero de 1972 el Sindicato Nacional de Mineros ordenó una huelga para obtener mejores salarios. Enviando numerosos piquetes de huelguistas a otros sindicatos y haciéndoles peticiones, los mineros bloquearon la llegada de carbón y petróleo a las centrales termoeléctricas. Al disminuir las reservas de carbón, las autoridades encargadas del suministro de electricidad tuvieron que suspender el servicio en ciertas zonas señaladas por turno. Los periódicos de Gran Bretaña publicaban largas listas de los sectores en que habría probable suspensión del servicio en determinados lapsos. La huelga duró desde el 9 de enero hasta el 21 de febrero,

cuando los mineros lograron aumentos del 15 al 32 por ciento en sus salarios, lo cual significó una grave derrota para el gobierno de Heath.

Los mineros no recibieron otro aumento en enero de 1973, porque estaba vigente la congelación de salarios, y a la primavera siguiente aceptaron un modesto aumento según lo establecido en la fase 2; pero todas las partes interesadas (el Sindicato, el gobierno y la Junta Nacional del Carbón) reconocieron que el conflicto se recrudecería cuando se aplicaran las cláusulas más benignas de la fase 3. Tales cláusulas estipulaban que los mineros podrían obtener un aumento considerable (que se elevaría hasta el 16,5 por ciento), no obstante que la mayoría de los demás trabajadores únicamente conseguirían, si mucho, un modesto siete por ciento.

El gobierno y la Junta Nacional del Carbón pensaban que la oferta era tan generosa que sería aceptada si el Sindicato la sometía a votación entre sus afiliados. Pero los dirigentes del Sindicato Nacional de Mineros creyeron que podrían obtener más, y no la pusieron a votación. Los moderados dominaban en la mesa directiva, con 16 asociados contra seis comunistas y otros cinco izquierdistas, pero no querían que los radicales los desacreditaran por conformistas.

Trance difícil. Sin embargo el enfrentamiento decisivo no habría ocurrido si la Junta Nacional del Carbón y el gobierno no hubiesen errado en sus previsiones. El primer error lo cometió la Junta poco después de anunciarse la fase 3, al poner sobre el tapete toda la oferta, dejando al Sindicato sin posibilidades de negociar. Los líderes del Sindicato tenían que pedir más, pues tal es su papel. Entonces prohibieron que se trabajara horas extraordinarias a partir del 12 de noviembre, lo cual no tardó en amenguar la producción de carbón en cerca de un 40 por ciento. La reacción de Heath fue anunciar la semana laboral de tres días en casi todas las industrias y establecimientos comerciales a partir del 31 de diciembre. Sin duda pretendía con esta medida presionar a los mineros con la ira provocada en los demás trabajadores, que veían reducido su salario.

Eso fue otro error de cálculo. Aunque la semana de tres días causó penosos sacrificios económicos, los ingleses tienen a gala no desmoralizarse por los contratiempos. Además la opinión pública seguía en gran parte apoyando a los mineros, como lo había hecho durante la huelga de 1972, tanto por los peligros del trabajo que desempeñan como por la modestia de sus salarios (equivalentes de 58 a 84 dólares semanales).

El primer ministro Heath se vio en un trance difícil. Por una parte, temía que su política de congelación de salarios se desprestigiara totalmente y fuese combatida por todos si hacía una excepción global en favor de los mineros. Por otra, no columbraba ningún triunfo en

el caso de un enfrentamiento directo. Si el conflicto se agravaba, el ejército podría descargar carbón importado y llevarlo a las centrales termoeléctricas, pero los soldados no podrían extraer carbón de las minas ni generar electricidad. Y era obvio que los trabajadores de las centrales apoyarían a los mineros del carbón cuando éstos decretaran la huelga. Por ello habría convenido más al Primer Ministro llegar a un acuerdo concilatorio y ofrecer mejores salarios a los mineros.

En enero lord Carrington, secretario de Estado para Asuntos de Energía, cometió otro error táctico: declaró que el país podía adoptar la semana laboral de cuatro días, en parte porque el invierno había sido menos riguroso de lo que se esperaba. A raíz de esta declaración, el Sindicato Nacional de Mineros decidió que la prohibición de trabajar horas extraordinarias no era suficientemente eficaz y autorizó que se sometiera a votación si los mineros iban a la huelga; el 81 por ciento de los afiliados votó por ella.

Veredicto dividido. Tres días después Heath convocó a elecciones generales para el 28 de febrero. En un discurso a la nación, preguntó: "¿Quieren ustedes que el Parlamento y el gobierno elegido sigan luchando vigorosamente contra la inflación?" Al parecer, el Primer Ministro contaba con una aplastante victoria de los conservadores para impresionar a los mineros y obligarlos a firmar un convenio aceptable para el gobierno.

Resulta irónico que, en el transcurso de la campaña electoral, la mayoría de los observadores reconocieron que el partido vencedor, cualquiera que fuese, tendría que conceder ventajas económicas a los mineros. Heath amplió su táctica al lanzar el cargo de que "la gran falla del programa del partido laborista" estriba en no tener una política salarial definida. "¡Falso!" replicaron los laboristas, y propusieron un nuevo "contrato social" con los sindicatos: menores exigencias en materia de salarios a cambio de que el gobierno elevara el monto de las jubilaciones, subsidiara algunos precios de alimentos de primera necesidad, renunciara a los proyectados aumentos en el arrendamiento de las viviendas municipales y eliminara las disposiciones taxativas en las relaciones obrero-patronales. Como expresó el laborista James Callaghan, que pronto sería el nuevo ministro de Relaciones Exteriores: "Ofrecemos un pacto con los sindicatos, en vez de una lucha a muerte".

A la postre, el país dio su veredicto, que no fue unánime. Los conservadores perdieron las elecciones, pero no se puede decir que los laboristas hayan triunfado. Aunque el partido laborista logró sentar en el Parlamento cinco representantes más que el conservador, este último obtuvo 250.000 votos más que los laboristas. El partido liberal y otros partidos minoritarios se aseguraron el equilibrio del poder. Con el 19,3 por ciento de la votación global, el

partido liberal logró su mejor posición desde 1929. Grandes masas de votantes habían expresado su disconformidad con los dos partidos mayoritarios.

Poco después de las elecciones los mineros aceptaron el aumento de un 30 por ciento en sus salarios. La actitud militante había dado buenos resultados, y fueron vanos los sacrificios que había hecho el país. Inglaterra volvió inmediatamente a la semana laboral de cinco días con un suspiro general de alivio.

Sombrías perspectivas. Ahora ya pasó lo más agudo de la crisis, pero las perspectivas siguen siendo sombrías. El problema crónico para cualquier gobierno británico (seguramente habrá nuevas elecciones dentro de poco tiempo), consiste en dirigir la economía y contener la inflación ante la agresividad del movimiento obrero. En suma: ¿cómo contrarrestar el inmenso poder de los trabajadores? Claro está que no todos los sindicatos son intransigentes: cerca de siete millones de obreros aceptaron una transacción a mediados de marzo, según la fase 3 del plan. El verdadero problema está en la tremenda fuerza de los sindicatos, que en la negociación de los contratos colectivos son capaces de dañar gravemente la economía nacional. Por supuesto, el gobierno lleva las de perder en ciertos enfrentamientos directos, y haría bien en evitarlos. Pero ¿existen en Inglaterra sindicatos en posición tan fuerte que puedan obtener todo lo que piden, por excesivas que sean sus exigencias? ¿No hay un poder que sirva de contrapeso a esos sindicatos?

En última instancia, el único contrapeso eficaz sería al parecer la actitud conciliadora de las demás agrupaciones obreras. La gran fuerza de los mineros consistió fundamentalmente en que las centrales de energía eléctrica les prometieron no utilizar las nuevas remesas de carbón, aunque el gobierno las trasportara. Si los demás sindicatos hubieran juzgado exorbitantes sus pretensiones, el Sindicato Nacional de Mineros habría quedado aislado. En el Reino Unido no secundan irreflexivamente a los piquetes de huelga.

El gobierno laborista parece tener fundadas esperanzas de llegar a un nuevo contrato social con los sindicatos. Sin duda fueron eficaces otros planes parecidos impuestos durante la segunda guerra mundial y en los primeros años de la posguerra, pero entonces se trataba de algo sumamente importante: nada menos que la supervivencia de la nación, y su reconstrucción material y económica después. Por tanto, quizá la crisis de Gran Bretaña se agrave mucho más antes de empezar a mejorar.

Pero nadie que conozca bien la historia de Inglaterra puede dudar de sus acendradas reservas de espíritu nacional, ni de su flexibilidad y capacidad para actuar al unísono cuando la alternativa es el desastre. Es demasiado pronto para decir que Gran Bretaña está perdida.



Con la cuerda, salte a la salud

Es un ejercicio tan bueno como cualquier otro: fácil de hacer, barato y divertido.

POR CURTIS MITCHELL

SI QUEREMOS mantenernos saludables, debemos usar las piernas. Para el Dr. Paul Dudley, una de las más eminentes autoridades mundiales en patología cardiaca, son estos miembros el "segundo corazón". Otro facultativo opina: "Tengo dos médicos: la pierna derecha y la izquierda". Como ejercicio, los más distinguidos galenos y los higienistas aconsejan unánimemente andar, caminar a zancadas, trotar y hasta correr a campo traviesa. Todas estas actividades son eficaces, pero muchos las consideran tediosas o piensan que roban demasiado tiempo.

Hoy las amas de casa, los jefes de empresa y los niños de escuela vuelven a descubrir otra manera de

Cómo empezar a saltar*

Equipo: Una cuerda de 2,75 m. de longitud es la mejor. Se conseguirá un trozo lo suficientemente largo para que llegue a ambas axilas después de pasar bajo los pies, o se puede comprar en las tiendas de artículos deportivos una ya preparada con mangos.

Primera semana: A manera de calentamiento, salte en un mismo sitio (con ambos pies juntos) de 50 a 100 veces, sin la cuerda. Luego salte a la comba 50 veces con la rapidez que desee. (A los principiantes se le facilitará levantar primero un pie y luego el otro). Esto basta para el primer día. El segundo, tercero, cuarto y quinto agregue 10 saltos cada vez. Al terminar la semana (cinco días son suficientes) podrá saltar 90 veces ininterrumpidamente.

Segunda semana: Calentamiento, sin la cuerda: 50 saltos lentos. Pero advierta que esta semana debe dejar de saltar con los pies juntos y salve la cuerda con un pie después de otro: izquierdo-derecho, izquierdo-derecho, como si trotara sin avanzar. Empiece con 100 saltos y agregue diez cada día, hasta que el último sean 140.

*Las personas de más de 40 años de edad deben consultar con el médico antes de iniciar estos ejercicios.

ejercitar las piernas. He aquí la más divertida para muchos de ellos: se puede hacer dentro o fuera de casa, y el único equipo necesario es una cuerda de saltar de 2,75 metros de longitud, de algodón, nailon o cáñamo.

"Para conseguir la óptima condición física en el lapso más breve, nada supera a la sencilla comba o cuerda para saltar", afirma el Dr. Kaare Rodahl, el célebre director del Instituto de Fisiología del Trabajo de Oslo (Noruega).

Saltar a la cuerda es casi el ejercicio general perfecto. Conviene a personas de todas las edades y condiciones físicas.

Ponderemos algunas de sus ventajas. Puede ser una manera excelente para dar formas armoniosas a piernas, muslos y caderas. El giro rítmico de la cuerda obliga, más que el trote, a ejercitar la musculatura torácica. Los saltos fortalecen los pies y los tobillos (para los esquiadores), las muñecas (para los jugadores de golf), dan más equilibrio y agilidad y mejoran la coordinación. Además, saltar acrecienta el vigor.

Nadie sabe dónde apareció el deporte de saltar a la cuerda. Personas de todas las edades disfrutaron de él hace siglos en el Extremo Oriente y en Europa. Los visitantes de Filipinas ven que los niños aborígenes saltan alegremente sirviéndose de cuerdas de bambú. Pero en nuestras sociedades, hasta hace poco, sólo los niños de las escuelas y los boxeadores practicaban asiduamente este ejercicio. Los niños lo hacen por diversión; los boxeadores,

Tercera semana: Entre en calor como de costumbre. Salte 100 veces sin detenerse, descanse de 15 a 30 segundos y salte otras 100.

Cuarta semana y las siguientes: Para entonces, el aumento de resistencia debe permitirle saltar con menor esfuerzo. El objetivo es ya saltar lo bastante rápidamente o bastante tiempo hasta jadear, lo que hace que el corazón necesite más oxígeno. Según el Dr. Rodahl, si no se llega a esta etapa el entrenamiento no produce ningún efecto apreciable.

Objetivo final: Salte y descanse, salte y descanse hasta el día en que pueda dar 500 saltos consecutivos en cinco minutos. Continuar haciéndolo mantendrá su buena condición física muchos años, en opinión del Dr. Rodahl.

Lo que se debe hacer y lo que ha de evitarse: Cuando salte, mantenga el cuerpo relajado. Mire al frente. Salte sólo lo necesario (más o menos dos o tres centímetros) para que la cuerda pase debajo de los pies. Calce zapatos de gimnasia u otros parecidos sin tacones. Caiga sobre los dedos y la parte delantera de las plantas de los pies. No mueva mucho los brazos. Las manos deben describir un círculo de unos 20 a 25 centímetros de diámetro. Salte sobre una alfombra gruesa o en el césped; nunca sobre una superficie dura.

porque saben que así aumentan su resistencia.

Un estudio que llevó a cabo la Universidad de Illinois en 1957 fue quizá el primero en demostrar los considerables y tangibles beneficios de esta actividad. Los participantes eran muchachos en edad escolar, de nueve a 11 años, cuyo único ejercicio consistía en saltar vigorosamente a la cuerda. Así desarrollaron corazones más fuertes y aumentaron su resistencia. Se les ensanchó el pecho; la grasa se les redujo y la fuerza muscular y la postura general mejoraron. Al ganar en agilidad, pudieron saltar unos 10 centímetros más de altura que antes de iniciar el programa.

¿Pero qué conseguirían con este ejercicio los adultos? Nadie lo sabía a ciencia cierta, hasta que el Dr. Rodahl, entonces director de investigaciones en el Hospital Lankenau de Filadelfia, se propuso averiguarlo en 1961. En busca de un método para mitigar la fatiga de que el personal daba muestras a media tarde, comenzó una clase de salto con cuerda para trabajadoras, secretarias y ayudantes de laboratorio cuyas edades fluctuaban entre los 19 y los 24 años. Las jóvenes saltaron a la cuerda cinco días a la semana, durante cinco minutos en la hora del almuerzo. Al cabo de un mes su capacidad de trabajo aumentó en promedio un 25 por ciento.

En otro estudio universitario, un grupo de hombres de 19 a 43 años se sometió a un programa semejante, saltando a la cuerda diez minutos diarios durante dos meses. La mejoría media en eficiencia car-

diovascular (la capacidad individual de tomar y utilizar el oxígeno en el trabajo muscular) llegó al 23 por ciento; y en algunos, alcanzó el 31. Los corazones latieron más despacio, pudieron soportar cargas de mayor peso y muchos empezaron a dar apretones más fuertes de manos.

En la Universidad del Estado de Arizona el investigador Jack Baker seleccionó 92 estudiantes de complexión débil, e hizo que la mitad de ellos trotaran 30 minutos diarios, mientras para la otra mitad preparó un programa de 10 minutos al día de salto con cuerda. Cuando se les sometió a prueba, los dos grupos demostraron una mejoría casi igual en eficiencia cardiovascular. La conclusión de Baker, publicada en *Research Quarterly*, revista norteamericana que constituye la biblia de los maestros de educación física, fue que, para el propósito mencionado, saltar 10 minutos a la cuerda equivale a trotar 30 por un camino.

¿En qué estriba la magia del salto con cuerda? Los humanos tienen una tendencia natural a saltar, especialmente cuando están expuestos a alguna tensión. Observemos a los jugadores que anotan un tanto crucial; saltan como canguros. Los fisiólogos saben que los saltos, incluso los pequeños, contraen y relajan sucesivamente los músculos de las pantorrillas y de los muslos, lo cual impulsa más rápidamente la sangre hacia el corazón y aumenta la cantidad de oxígeno que va a los tejidos, lo que a su vez eleva el tono muscular y activa la circulación periférica.

Podemos iniciarnos en este deporte a edad temprana y seguir practicándolo toda la vida, ya sea como un sistema completo de entrenamiento o como complemento de otros ejercicios. Ben Bloom que fue químico investigador del Instituto Nacional de Artritis y Enfermedades Metabólicas, situado en Washington, D. C., lo practicó durante 22 años y declara, en un artículo publicado en 1967: "Generalmente dejo mi cuerda en el sofá de la sala, donde salto. Verla me incita a menudo a hacer el ejercicio una o dos veces. Cuando recibo visitas, la cuerda se vuelve tema de conversación, y a menudo comenzamos todos a saltar".

TARDE, una noche lluviosa, un señor llamó un taxi para regresar a casa. El vehículo pasó de largo frente a su residencia sin parar.

—¡El freno no funciona! —exclamó el chofer.

—¡Cielos! Entonces, ¡detenga el taxímetro! —gritó el cliente. —L.Y.

Nemotecnia. Escribo todo lo que deseo recordar. Así, en lugar de pasarme las horas tratando de traer algo a la memoria, las paso pensando dónde puse el papel en que lo anoté. —B.P.

La carrera artística de esta mujer llena de vitalidad ha sido la más brillante en la historia del teatro y el cine de los últimos tiempos



Legendaria Katharine Hepburn

POR JAMES STEWART-GORDON

"ESA MUJER te habla como si fueras un micrófono". Tal fue el dictamen poco generoso de Humphrey Bogart acerca de Katharine Hepburn, cuando compartía con ella los honores estelares durante el rodaje de *The African Queen* ("La reina africana"). Pero Bogart cambió de opinión cuando advirtió que la excentricidad de "esa mujer" no era afectada, sino la auténtica expresión de su personalidad. Y tuvo que confesar: "No representa el papel de una mujer diferente; lo es".

Katharine Hepburn es también una de las estrellas más brillantes y de más larga vida en la historia de la cinematografía. A partir de su presentación, en 1932, ha hecho 37 películas de largo metraje, ha intervenido en 29 piezas de teatro, ha ganado más de cinco millones de dólares y ha conquistado más veces

que nadie el codiciado Óscar de la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood. Lo ha obtenido tres veces como la mejor actriz del año y la han propuesto para ese galardón en otras ocho ocasiones.

Además de su innegable talento de actriz, Katharine es una ágil atleta innata; en su adolescencia se distinguió en el golf, actualmente, a los 64 años de edad, pilota aviones, practica el tenis y el patinaje artístico en hielo y se empeña en nadar donde encuentra siquiera un metro de agua. Entusiasta aficionada a la pintura, cultiva el paisaje romántico y gusta de la jardinería. La vida privada es sagrada para ella, y en 1965 escribió un artículo en defensa del derecho de tenerla, ensayo que se publicó en la *University of Virginia Law Review*.

Hay gente que, al no conocer bien a la Hepburn, considera grosería lo que en ella es franqueza. "Pero no es más brusca que cualquier mujer de recio carácter", opina George Stevens, que la ha dirigido a menudo en el cine. Otro director, George Cukor, comenta: "Cuanto hace, lo hace abiertamente, y siempre está dispuesta a arrostrar las consecuencias". La actriz misma no ha negado nunca su energía. "Creo tener", declara, "una personalidad fuerte que molesta a muchos. Pero la gente se ha acostumbrado a mi modo de ser y ya me acepta como soy".

El actor Robert Ryan, recientemente fallecido (que interpretó el papel de Marco Antonio en la versión de *Marco Antonio y Cleopatra* puesta en escena en 1960 por el Teatro de Festival Norteamericano de Shakespeare, en Stratford, en el Estado de Connecticut, mientras la Hepburn hacía de Cleopatra), trataba de describir así el exterior de la actriz: "Ella en sí es una verdadera obra de arte, como uno de esos admirables cofres coloniales de madera de pino y líneas puras. Es posible que el tiempo haya suavizado algunas de sus aristas, pero la forma y el acabado son tan buenos que nada puede alterar su belleza, sólida e invariable".

Los rasgos físicos más notables de Katharine Hepburn son, por supuesto, el rostro de hermosos contornos, la boca, que, de ordinario desdeñosa, es capaz de sonreír de pronto en forma que arrebata; y la voz y el acento inconfundibles. La dicción de la Hepburn, igual que su voz, es obra de ella misma. En sus años de actriz juvenil tendía a remedar a sus interlocutores; en una de las primeras comedias donde apareció en el papel de secretaria que trataba con un francés, al principio de la escena hablaba normalmente, pero al final ya estaba imitando tan bien a su colega que la escena resultó una parodia. Corrigió este defecto forjando y utilizando en toda ocasión su personalísimo estilo de hablar.

Cuando accedió a la edad de 60 años a actuar en *Cocó*, su primera comedia musical en Broadway (basada en la vida de la famosa modis-

ta francesa Gabrielle "Cocó" Chanel), no faltó quien dudara que la actriz pudiese cantar en público. Pero tales dudas resultaron del todo infundadas. Desde el primer ensayo Katharine se sabía todas sus réplicas y se hallaba dispuesta a brindar toda clase de consejos y recomendaciones para mejorar la obra, la salud de los actores y el acondicionamiento del teatro. En escena no sólo cantaba, sino que saltaba, giraba y daba cabriolas como lo haría una potranca de un año. Gracias a la presencia de la actriz, la venta anticipada de billetes para la representación sobrepasó el millón y medio de dólares: la más cuantiosa que se ha registrado en la historia de Broadway.

Katharine Houghton Hepburn nació el 8 de noviembre de 1909, en Hartford (Connecticut); fue el segundo de seis vástagos del Dr. Thomas Hepburn y de Katharine Houghton. En la vasta casa de ladrillo, de estilo victoriano y semejante a una fortaleza, Kate iba y venía como una atrevida chica retozona, y hacía lo imposible para estar a la par de sus hermanos y de los amigos de ellos, hasta el extremo de afeitarse la cabeza durante el verano para conservarse fresca. Para que se entretuviera con algo, el Dr. Hepburn mandó tender un cable con poleas de un lado a otro del ancho jardín. Kate, que a la edad de nueve años era una robusta niña pelirroja, se columpiaba todos los días de un extremo a otro del cable a la velocidad de un cometa, cabeza abajo y sosteniéndose por las corvas. El Dr. Hepburn animaba a sus hijos a hablar y, hombre franco, les aconsejaba: "La vida es demasiado corta para que seamos pasivos. Procuren que al decir algo, sea definitivo. Pueden equivocarse, pero no eludan tomar decisiones". Su hija siguió los consejos al pie de la letra.

Los padres de Kate la enviaron a la Escuela Bryn Mawr, pero la niña no se sentía bien allí; en la primavera de 1928, el último año de estudios preuniversitarios, obtuvo prestado algo de dinero y se marchó a Baltimore, donde solicitó trabajo en una compañía teatral. El empresario la consideró "verde y grotesca", pero a pesar de ello la contrató. En ese mismo año se casó con Ludlow Ogden Smith y siguió desempeñando papeles mediocres.

Durante cuatro años la carrera de Katharine Hepburn en el arte dramático tuvo tantos altibajos como un yo-yo. Luego, en 1932, le asignaron el papel de una reina amazona que, vestida apenas con una falda cortísima, pirueteaba alrededor del escenario. Fascinado por las piernas de la joven actriz, finas, largas, bien torneadas, el público formaba cola ante la taquilla, tras lo cual Kate comenzó a recibir ofrecimientos para trabajar en Hollywood. Molesta ("No se interesaron por mí hasta que me vieron en una exhibición de piernas"), decidió pedir un sueldo prohibitivo: 1500 dólares a la semana. Para gran sorpresa suya, la contrataron.

Fue George Cukor quien dirigió la primera película de la Hepburn en Hollywood: *A Bill of Divorcement* ("Sentencia de divorcio"). Encarnaba en ella a la hija de John Barrymore, y lo hizo con tanta ternura y tanta comprensión que hechizó a los espectadores. Los filmes, buenos y malos, se sucedieron en la carrera de la estrella, nueva y totalmente heterodoxa, de la RKO. En 1938, ya divorciada, la Hepburn había adquirido fama de ahuyentar de la taquilla a la clientela. Como la actriz se propuso obtener el papel de Scarlett O'Hara en *Gone With the Wind* ("Lo que el viento se llevó"), David Selznick, el productor de la cinta, le replicó bruscamente: "No puedo imaginar a Clark Gable corriendo detrás de usted durante diez años".

Regresó entonces al seno de su familia en busca de nuevos ánimos. Allí la visitó el comediógrafo Philip Barry para darle a leer su obra *The Philadelphia Story*. La pieza fue del agrado de Kate, quien adquirió una participación en su montaje en Broadway y, al mismo tiempo, los derechos para adaptarla al cine.

Hasta ahí Katharine Hepburn no había conseguido interesar a los críticos teatrales, pero en *The Philadelphia Story* los conmocionó. Fue el suyo un triunfo rotundo e indiscutible. Siguió después el momento mágico que ella esperaba: aquel en que los magnates de Hollywood acudieron deseosos de adquirir los derechos para llevar la obra al cine, y se enteraron de que la Hepburn era la propietaria. Disipada la consiguiente tormenta, Kate volvió a Hollywood, poseedora de medio millón de dólares por concepto de su participación en las utilidades de la comedia y provista de un nuevo contrato en que se reservaba el derecho de rechazar o aprobar el guión de sus nuevas películas. La carrera de Katharine Hepburn renació así como el fénix de sus cenizas.

En los años que siguieron la actriz halló en Spencer Tracy su pareja cinematográfica ideal. Cuando se reunieron por primera vez, ella le dijo:

—No es usted lo bastante alto para mí, ¿verdad?

A lo que Spencer Tracy replicó:

—No se preocupe, señorita Hepburn. No se me despegue, y ya la iré rebajando hasta mi estatura.

Año tras año actuaron ambos en comedias que no sólo fueron otros tantos éxitos de taquilla, sino que han sido aclamadas por los historiadores de la cinematografía, quienes las incluyen entre las cintas más divertidas jamás filmadas.

Cuando Spencer Tracy tuvo que ser hospitalizado en 1963, víctima de congestión pulmonar, Kate acudió a su lado, y en los años siguientes se dedicó a cuidar de él durante toda su enfermedad. Poco antes de morir el gran actor, en 1967, hicieron su última película juntos: *Guess Who's Coming to Dinner?* ("¿Sabes quién viene a cenar?") que valió a Kate su segundo Óscar.

La muerte de Tracy causó a Kate un dolor tan profundo como íntimo y callado, pero, para sorpresa de todo el mundo, la actriz, en vez de retirarse, reanudó su carrera fílmica con *The Lion in Winter* ("El león en invierno"). Por su incomparable interpretación de la tempestuosa reina Leonor de Aquitania, esposa de Enrique II de Inglaterra, conquistó en una hazaña sin precedente un tercer Óscar.

Kate conserva hasta la fecha su insaciable curiosidad y su inquebrantable fortaleza de ánimo. No hace mucho, mientras me hospedaba en el Hotel Beverly Hills (cerca de Hollywood), vi un grupito de gente que se agolpaba para ver en una de las canchas de tenis a una mujer de piernas largas y roja cabellera. Era Katharine, que no sólo jugaba, sino que a la vez descargaba contra su adversario una andanada de consejos. Yo la contemplé, pensando en la extraordinaria existencia que la Hepburn había llevado, y recordé un parlamento de *Victoria Regina,* la obra teatral de Laurence Housman, en la que un londinense de los barrios bajos grita al paso del cortejo de la reina Victoria, en ocasión del jubileo de la soberana:

—¡Bravo, mujer! ¡Lo has hecho muy bien!

Kate es también, a su modo, una reina. Y cuanto ha hecho lo hizo con el estilo y la categoría que cuadra a la realeza.

MIENTRAS visitaba a sus padres en Sarnia, en Ontario (Canadá), Owen Maynard, científico de la NASA (agencia aeroespacial de los Estados Unidos) relataba un incidente que le había sucedido poco antes del lanzamiento del Apolo 11. "Acababa yo de calcular la cantidad de combustible que debía llevar la nave espacial para el vuelo a la Luna, e iba de camino a una junta que se celebraba el domingo por la mañana", contaba. "En eso mi automóvil se quedó sin gasolina". —P.J.L.

NADIE puede considerarse verdaderamente casado hasta que entiende cada palabra que su mujer no dice. —Lord Mancroft

En resumen

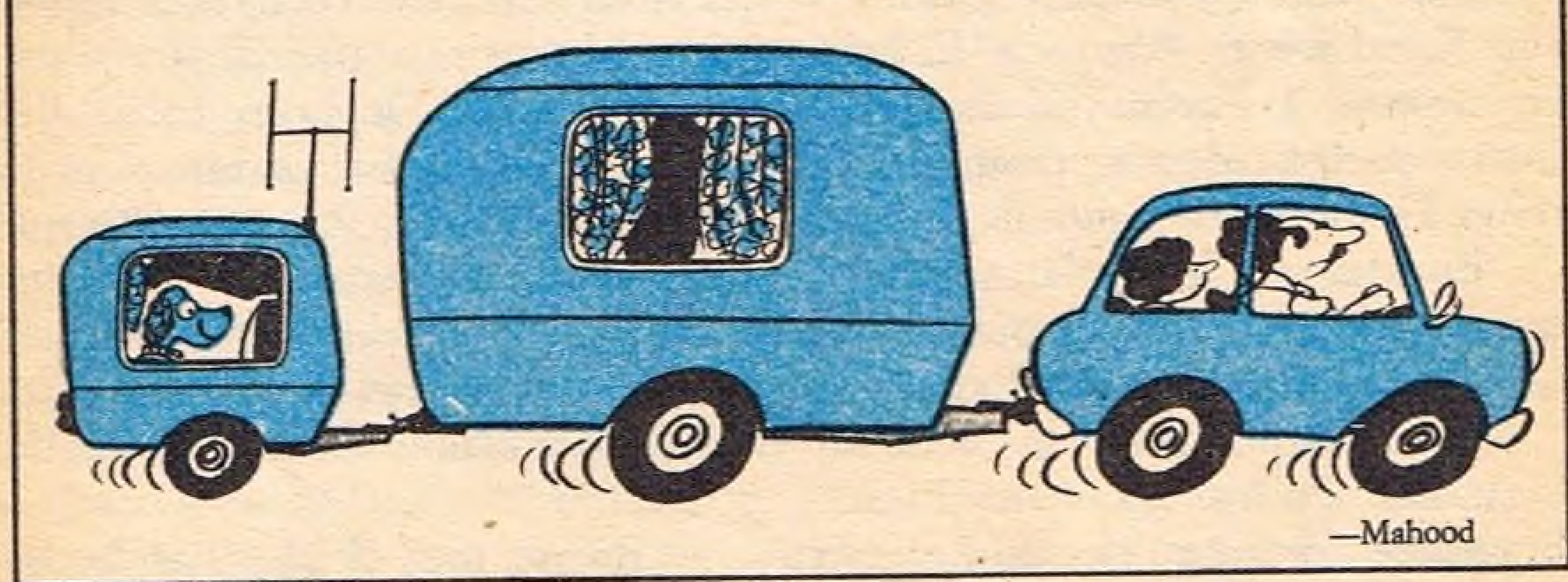
FRANK TRIPP, que fue gerente general de una importante cadena de periódicos estadounidenses, escribió una vez:

—La única puntuación que conozco bien es el punto. Así que cuando siento que debo escribir algún signo, pongo punto y comienzo una nueva oración. —*Dividends*

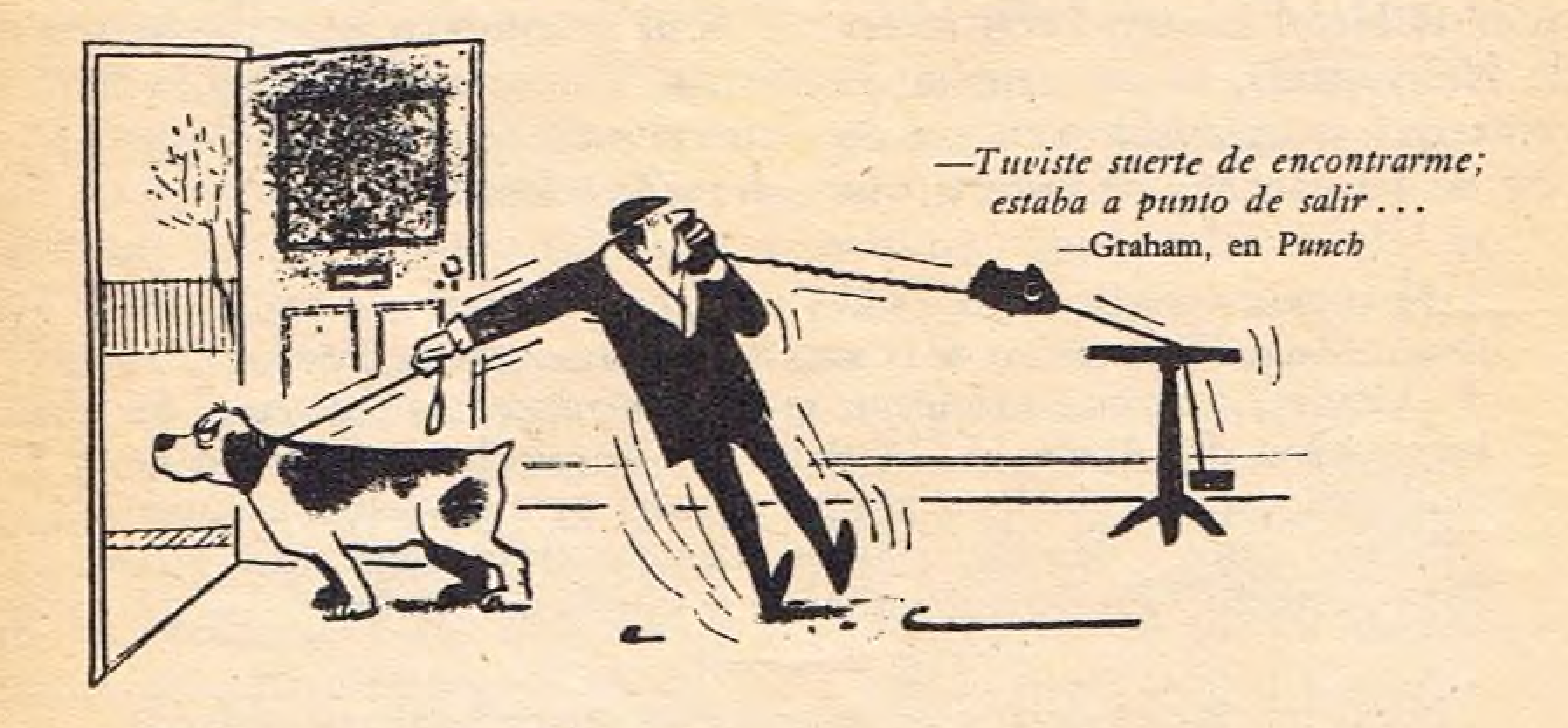
F. SCOTT FITZGERALD, aconsejaba al ver una muestra del estilo literario sensacionalista:

"Quítele todos los signos de admiración. Poner signos de admiración es como reírnos de nuestros propios chistes". —S.G.

EL MEJOR AMIGO DEL HOMBRE



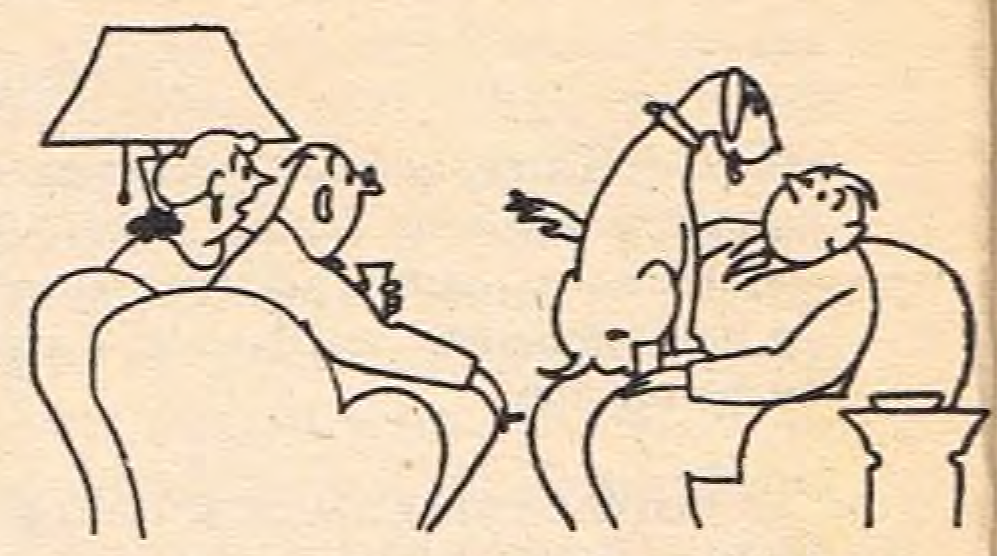
—Mahood



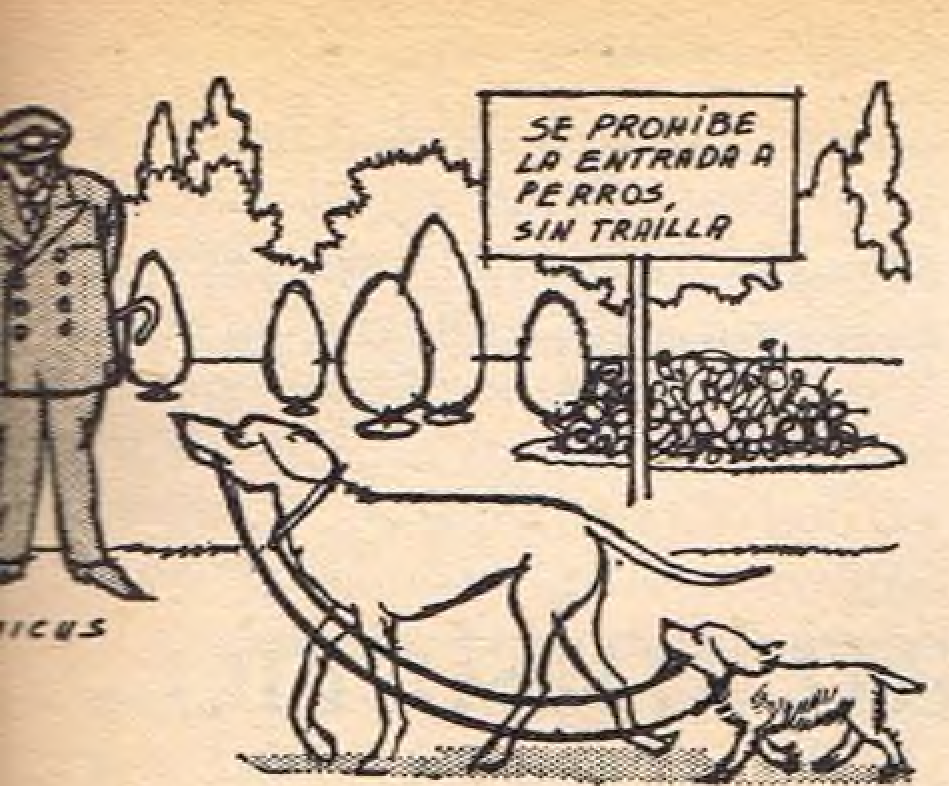
—*Tuviste suerte de encontrarme; estaba a punto de salir . . .*
—Graham, en *Punch*



—Maddocks, en el *Evening Standard*, de Londres



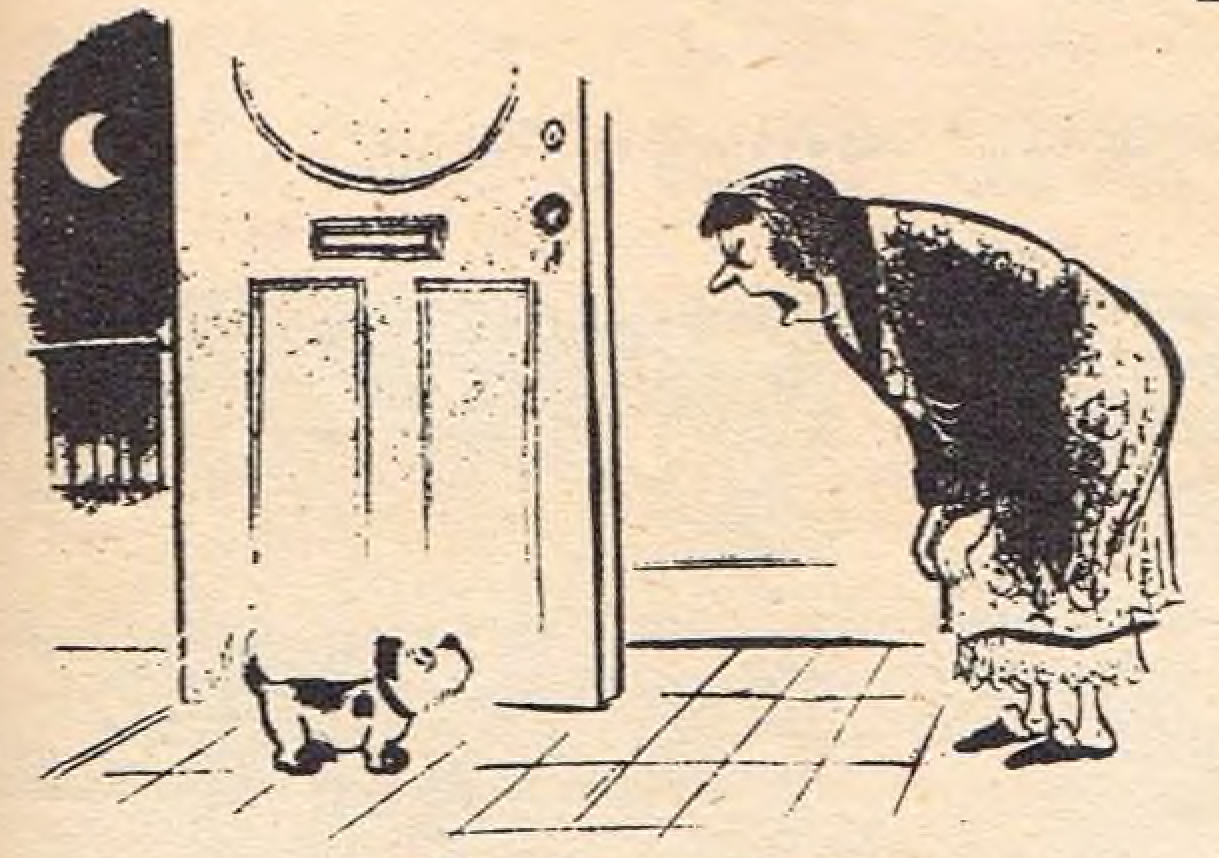
—*Muchas veces hemos intentado enviarlo a la escuela de perros, pero él no quiere ir.*
—*Evening Standard*, de Londres



—Ionicus, en el *Evening Standard,* de Londres



—Si se portó bien, ¿no merece ya la libertad por buena conducta?
—Graham, en *Punch*



—¡Firuláis! ¿Te parece bonito llegar a estas horas?
—Graham, en *Punch*









—Ffolkes, en *Punch*

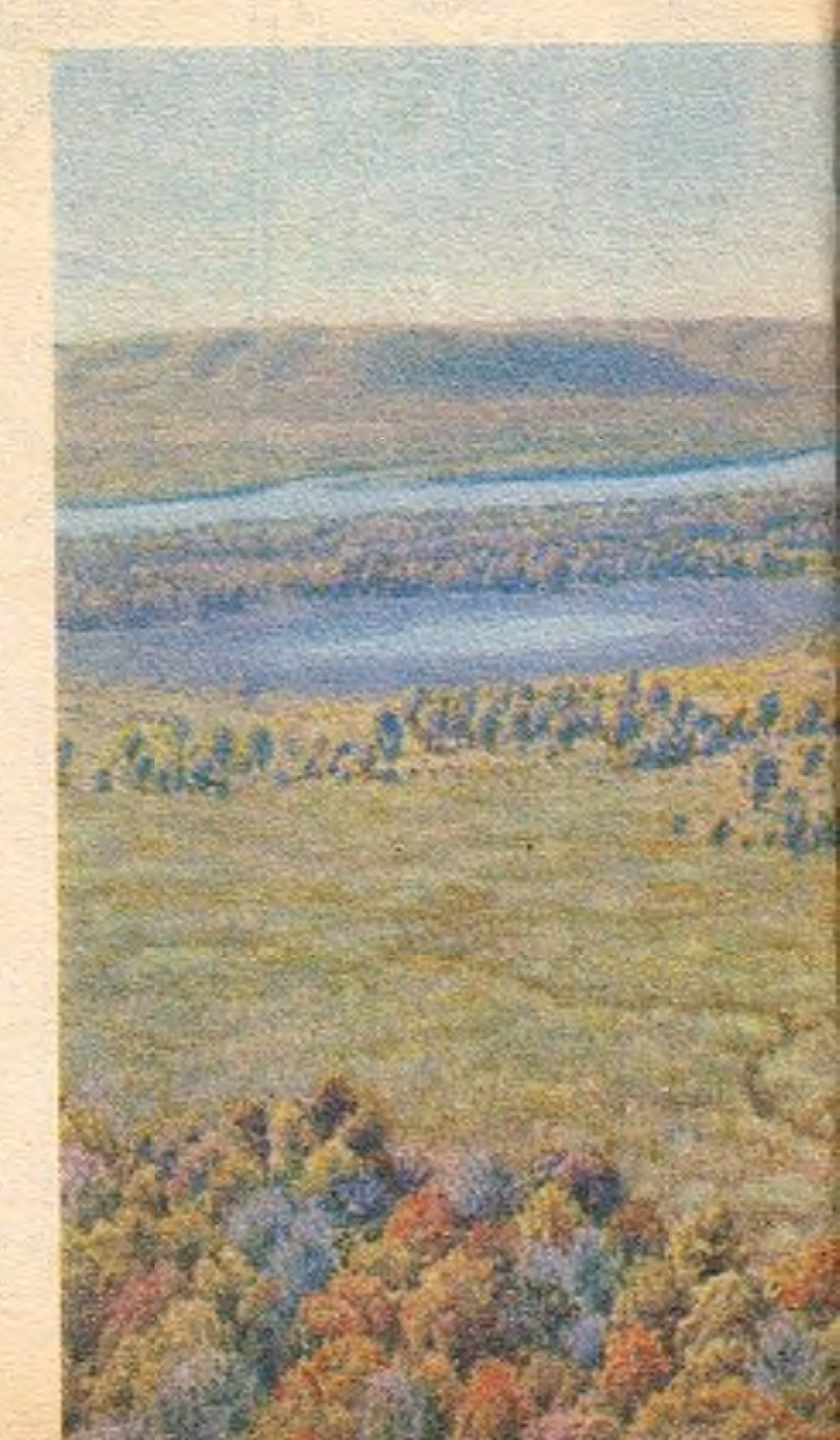
Extraordinario descubrimiento logrado en un valle de Illinois llenó una gran laguna en la prehistoria norteamericana

Sobre el gran misterio del maizal

POR RONALD SCHILLER, *condensado de* "EMPIRE"

AL EXAMINAR unas puntas de lanza y unos fragmentos de cerámica de los pieles rojas que le había llevado para su inspección el campesino Harlin "Alec" Helton, de Illinois, el profesor de prehistoria Stuart Struever, de la Universidad del Noroeste, sospechó que se trataba de una impostura. "No es posible que todos los haya encontrado usted en la superficie y en el mismo lugar", explicó pacientemente a su visitante. "Algunos de estos vestigios pertenecen a épocas distantes entre sí más de mil años. Es como si encontráramos bujes de automóviles modernos y ejes de carros romanos en el mismo montón de basura".

Helton insistió en que había hallado todas las piezas en el maizal de su vecino, el granjero Theodore Koster; pero, no contento con eso, importunó de tal modo a Struever



en el curso de los dos años siguientes, que al fin, en 1968, éste fue a ver el maizal. Lo que su mirada experta descubrió en el vallecito situado río Illinois abajo fue el perfil de una de las poblaciones prehistóricas mayores que él hubiera visto jamás: diez hectáreas en que se encontraban desparramados fragmentos de cerámica pertenecientes a la cultura indígena Jersey Bluff, de hace mil años; y, sin el menor asomo de duda, confundidos con éstos había objetos de una civilización muy anterior. ¿Cómo se habrían mezclado?

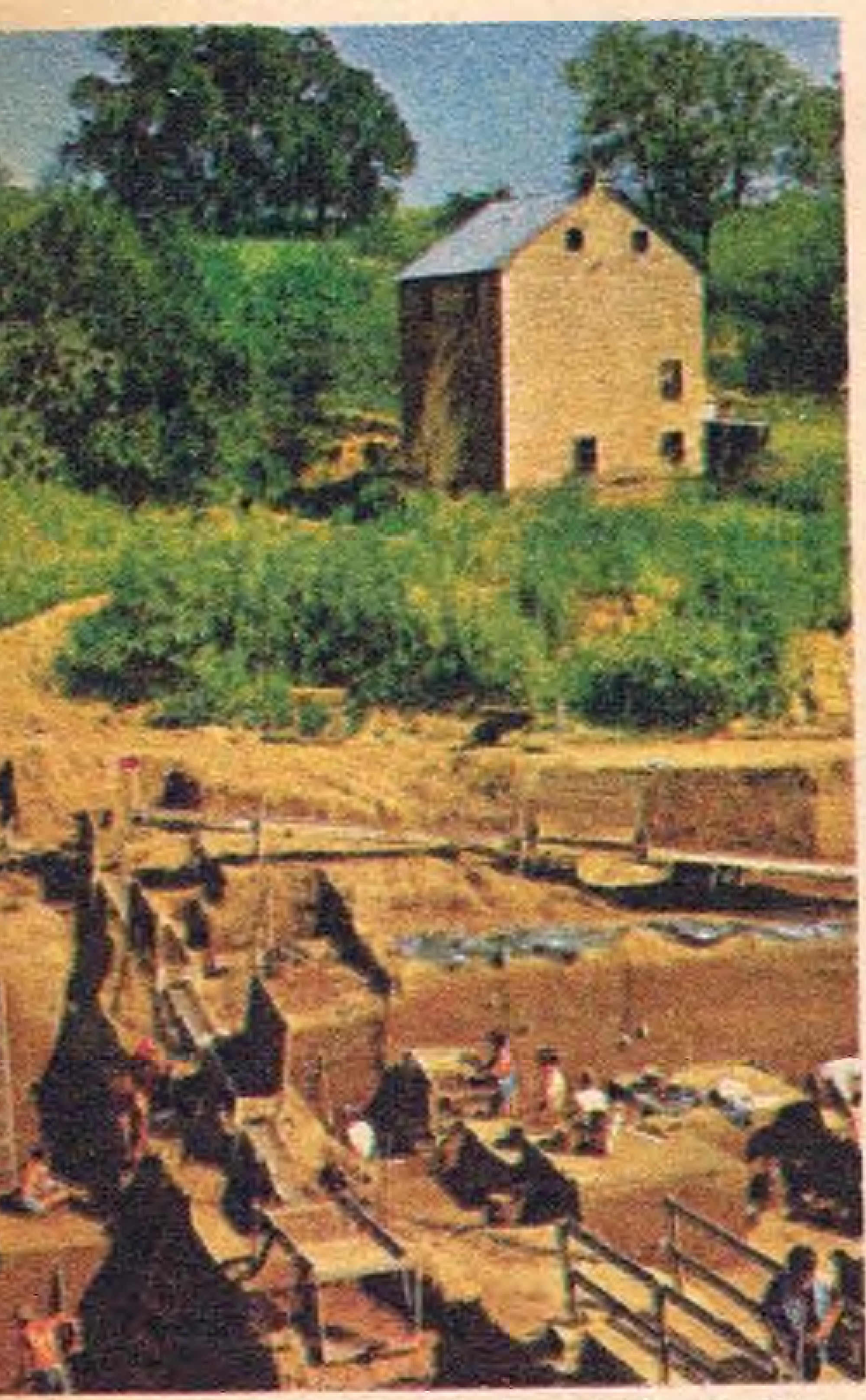
Cavilaba Struever en torno al enigma, cuando empezó a llover, y el agua que azotaba las áridas laderas le dio la clave. ¿No habría ocurrido que las lluvias, tras erosionar los estratos de tierra de los empinados cerros, arrastraron los vestigios de milenios anteriores hasta el fondo del valle? Si así fue, quizá aquellos mismos estratos antiguos estarían enterrados debajo del actual.

Una estación prehistórica excepcional. En el verano de 1969 Struever volvió al maizal a hacer excavaciones, y con ello inmortalizó el nombre del granjero Koster, pues aquel sitio resultó ser uno de los

Así debió de ser el valle de Koster en un día de otoño hace 4500 años



más ricos que se hayan descubierto en Norteamérica. Contenía no menos de 12 "horizontes" superpuestos o estratos de material orgánico negro, a juzgar por los cuales en el terreno de Koster vivió el hombre



Las excavaciones de la estación de Koster. La casa de piedra que se ve al fondo fue construida por los pioneros, la cultura número 16 que floreció en el valle.

en diversas épocas a lo largo de 7000 años. Al establecer con el carbono radiactivo la fecha de los objetos del horizonte 2, a 90 cm. de profundidad, se precisó que había sido habitado 300 años antes de Jesucristo. En el horizonte 8 los excavadores desenterraron quicios, cimientos y pedazos de estuco quemado de casas construidas antes del año 4000 a. de J. C., sin duda las estructuras permanentes más antiguas encontradas en Norteamérica. En el horizonte 11 se hallaron los esqueletos de un niño de 18 meses y un perro enterrados ceremonialmente y cubiertos con ocre rojo pulverizado, que debieron de morir hacia el año 5100 a. de J. C. El poblado del horizonte 12 (a 10 metros y medio de profundidad) era mil años anterior al del 11, o sea 2500 años más antiguo que las pirámides de Egipto. No fue posible profundizar más la excavación, porque en ese punto dieron con el manto freático de agua subterránea.

En una cueva cerca de Sandia (Nuevo México) se encontraron artefactos de pedernal que se han datado de 10.000 años a. de J. C. o más; aunque la estación prehistórica de Koster no es el más antiguo depósito de artefactos humanos en Norteamérica, sí es una zona privilegiada, de esas con que los prehistoriadores sueñan y rara vez descubren. "Es como un pastel fosilizado en capas", declara Struever, "y cada civilización está perfectamente empacada". Cuando un grupo de pobladores abandonaba el lugar, por cualquier razón que fuera, el polvo llevado por los vientos o el suelo trasportado por el agua desde los cerros cubría sus habitaciones bajo una capa de tierra esté-

ril. "No sólo podemos describir exactamente las antiguas civilizaciones", explica Struever, "sino que, comparándolas, podemos seguir la evolución del hombre a lo largo de 7000 años".

Recién llegados de Asia. ¿Quiénes fueron estos primitivos moradores del Nuevo Mundo? Los científicos están convencidos de que los primeros "indios americanos", al perseguir la caza errabunda de que vivían, emigraron de Asia por un puente terrestre que atravesaba el estrecho de Bering en la época de las glaciaciones, cuando el océano estaba vacío. La prueba más antigua de su presencia en el continente norteamericano data, según diversos prehistoriadores, de 26.000 a 13.000 años. Pero una vez establecidos en América, los recién llegados se extendieron rápidamente, y hacia el año 9000 a. de J. C. ya habían llegado hasta la punta más meridional de la actual Sudamérica.

Los primeros inmigrantes distaban mucho de ser salvajes. Aunque aún no habían inventado el arco ni habían aprendido a cultivar las plantas, llegaron a América cubiertos de pieles y calzados con mocasines; traían perros domesticados, creían en el más allá, respetaban a los muertos, les gustaba el adorno personal y fabricaban artefactos con destreza comparable a la de sus contemporáneos europeos del paleolítico.

Los "paleo-indios", como se les llama, cazaban grandes animales: comían la carne y se vestían con las pieles de los mamuts y mastodontes, esmilodontes o tigres de largos colmillos, caballos primitivos y camellos, gigantescos perezosos terrestres y bisontes cuya cornamenta medía casi dos metros de punta a punta, especies todas ellas ya extintas. Hace unos 10.000 años, al retroceder los grandes glaciares y tornarse el clima más seco y cálido, la vida en la antigua América cambió radicalmente: Los hombres seguían siendo ante todo cazadores, pero como los animales grandes empezaban a desaparecer, los grupos humanos se hicieron más sedentarios y surgieron diferencias regionales en sus culturas. Fueron afinando las armas, puesto que para subsistir debían capturar animales más pequeños, como pájaros y peces. Empezaron a hacer cestos y utensilios de cocina a medida que las semillas, las nueces y las bayas adquirían mayor importancia en su régimen alimenticio. En este punto es donde propiamente comienza la historia del maizal de Koster.

Ayer y hoy. Según suponen los antropólogos, fue su espléndida situación lo que atrajo al hombre primitivo a ese lugar. Unos riscos de 30 metros de altura protegen el valle por el norte y el oeste de los vientos invernales, y un caudaloso arroyo ofrece agua potable en abundancia. "Los recursos alimenticios eran enormes", apunta Struever, "y fáciles de aprovechar".

Se alimentaban de venado asado, pavos silvestres y caza menor que se procuraban en los bosques, y de

las tortugas y moluscos de los arroyos. Después de las inundaciones de primavera (el valle estaba a salvo de ellas porque se hallaba suficientemente elevado) recogían grandes cantidades de peces de las charcas y lagunas que dejaban las aguas al retirarse. En otoño se regalaban con ánades migratorios, gansos y cisnes trompeteros que atrapaban en los juncales arrojándoles redes lastradas con guijas. Unos restos calcinados descubiertos en los hoyos donde asaban su comida indican que los kosteritas se alimentaban también de uvas y bayas silvestres.

El maizal del granjero Koster se ha convertido en la estación prehistórica más activa de Norteamérica. Dirigida por el diligente Struever, de 41 años, la expedición agrupa más de 120 personas en el verano y tiene su cuartel general (inclusive diez laboratorios, un centro de computadoras, un museo y una biblioteca de prehistoria) en la aldea de Kampsville, de 450 habitantes, a 15 kilómetros de allí. Los excavadores y estudiantes raspan cuidadosamente las columnas de tierra de 1,80 m. de lado; trabajan con palustres y palos de bambú, y registran la situación exacta, la profundidad y el probable significado de cada trozo de carbón, hueso y piedra que encuentren. Ciernen el resto de la tierra con cribas de alambre para que no se les escape nada de interés, y luego palean los escombros por encima de la cabeza hasta las cornisas donde otros trabajadores los retiran.

De interés universal. Los miles de fragmentos de valor documental que se encuentran cada día, todos ellos cuidadosamente catalogados y enviados a los laboratorios para que los analicen, están llenando grandes lagunas que existían en el conocimiento del hombre prehistórico en América. Los zoólogos estudian los restos animales para determinar cómo mataban a las bestias. Examinando cosas tan diversas como caparazones de caracol y polen fosilizado, los meteorologistas pueden reconstruir el clima de cada período. Los restos de esqueletos humanos estudiados en el laboratorio de antropología demuestran que la mortalidad infantil era sumamente alta (casi de un 50 por ciento), y que en general la gente sufría de tuberculosis ósea y fracturas de brazos y piernas.

Todos los datos procedentes del laboratorio se procesan finalmente en una computadora, que en unos días puede llegar a conclusiones logradas antes, si acaso, en años de labor. Por ejemplo, la maqueta de uno de los horizontes, producida por computadora, demostró que en el terreno desigual se construían terrazas y que probablemente hubo división del trabajo en la aldea, puesto que la distribución de huesos y artefactos indica que se destinaban ciertas zonas al sacrificio de animales, y otras a quebrar las conchas, hacer artefactos y dejar la basura.

Cuándo empezó la guerra. Los hallazgos de la zona de Koster han echado por tierra ideas que habían

prevalecido durante muchas generaciones. La existencia de casas permanentes y cementerios bien cuidados sugieren que estos primitivos cazadores y recolectores no eran tan nómadas como se creía, sino más bien un pueblo sedentario que vivía en el valle durante todo el año, o que regresaba a él con regularidad durante ciertas épocas.

"La vida en la edad de piedra", advierte Struever, "no era tan difícil ni tan salvaje, ni tan corta como se ha creído. En realidad el pueblo gozaba de seguridad y de buena dosis de ocio". Los hombres tenían tiempo para criar y adiestrar perros, para tallar flautas o silbatos, fabricar cuentas, joyas y alfileres de hueso para el pelo, para tatuarse el cuerpo con pigmentos de colores y agujas de piedra, y para jugar a un juego con lanzas y piedras redondas y planas del tamaño de los discos de *hockey*. También hacían transacciones comerciales sorprendentemente vastas; importaban obsidiana de lo que es hoy el Parque de Yellowstone, y dientes de caimán procedentes de la Florida.

¿Por qué los habitantes abandonaron repetidamente el cómodo valle en el curso de los milenios? Pudieron influir en ello las plagas, las sequías súbitas u otros desastres naturales, concede Struever, pero la causa que él considera más probable fue la escasez de leña. "Cuando ya habían cortado todos los árboles en muchos kilómetros a la redonda", supone, "tal vez era ya más fácil mudar el pueblo que arrastrar árboles hasta él. Al cabo de algunos siglos, el bosque habría vuelto a crecer en esa zona, y entonces unos pueblos nuevos la ocuparían para repetir el ciclo".

Pero el abandono de los últimos pobladores del horizonte 1 parece tener una explicación más trágica. Durante los primeros 10.000 años de vida humana al norte de México no hay indicios de conflictos armados. De 500 cadáveres que se encontraron en una tumba que data del año 1 de nuestra era, solamente uno muestra señales de muerte violenta. La guerra empezó con la cultura misisipiense, alrededor del año 900 de nuestra era; y el horizonte 1 era precisamente una aldea misisipiense. Muchos de los esqueletos encontrados en los cementerios de ese período tienen flechas incrustadas, o presentan el cráneo fracturado. Una vez que la guerra se convirtió en un método de vida, Koster tuvo que ser abandonado porque el valle ya no era defendible.

Habrán de trascurrir varios años antes de que se pueda reconstruir toda la historia siete veces milenaria de Koster; pero Stuart Struever no es hombre paciente. Él cree que acaso existan horizontes todavía más antiguos debajo del manto freático, y tiene en proyecto achicar el agua con bombas para comprobarlo. Y concluye: "Podríamos encontrar huellas de los primeros hombres que sentaron planta en América; inmigrantes que hicieron el largo viaje desde Asia en la época de los mastodontes".

Instantáneas personales

John Eisenhower, refiriéndose a su famoso progenitor, Dwight Eisenhower, y a sus relaciones con él, cuenta:

A pesar de nuestro mutuo afecto, se alzaba entre nosotros cierta barrera de protocolo militar. Yo no sólo era su hijo, sino también un joven teniente a quien había que corregir en ocasiones.

Una de las primeras noches después de que llegué a Londres, por ejemplo, mi padre y yo íbamos a pie por la calle, y con sincero interés le pregunté:

—Si nos cruzáramos con un oficial de grado superior al mío, pero inferior al tuyo, ¿qué haríamos? ¿Deberé saludarlo yo primero, y cuando corresponda él a mi saludo, corresponderás tú al suyo?

Según yo, tal pregunta era razonable y nunca me la han contestado satisfactoriamente. Él, sin embargo replicó muy serio:

—John, en este teatro de la guerra no hay un solo oficial cuyo grado no sea superior al tuyo e inferior al mío. *—Strictly Personal*

La comediógrafa Lillian Hellman, autora de varios guiones cinematográficos para el finado productor Sam Goldwyn, relata: "Lo que más me gustaba de él eran sus calculadas excentricidades. Era insuperable cuando tenía que pedir un favor o cerrar un trato difícil, sabiendo que dar el primer paso no era lo óptimo para obtener alguna ventaja. Un día estaba yo en su oficina; Goldwyn deseaba contratar a un actor que ya había firmado un contrato en exclusiva con Darryl Zanuck. Telefoneó a éste y exigió que lo sacaran de una junta para hablar con él. Tras larga espera, Sam dijo:

"—Sí, Darryl . . . ¿En qué puedo servirte hoy?" *—Pentimento*

A Alfred Fuller, el difunto fundador de la empresa Fuller Brush Company y partidario de las ventas de puerta en puerta, le gustaba relatar sus propias experiencias de vendedor novato. Contaba que una vez casi fue seducido por una atractiva pelirroja, que después de mirar los cepillos que le ofrecía, sugirió:

—No me deje caer en la tentación.

—Por el contrario, señora —repuso él—: la estoy librando de todo mal.

En seguida, según él, la dama le compró tres cepillos. —A.W.

El actual lord Rothschild, de la legendaria familia de banqueros europeos, confió cierta vez en un banquete a un compañero de mesa: "No debe usted tomarme demasiado en serio; yo no soy el más rico de la familia, ni tampoco el más grosero. —A.P.J.

No obstante la política reciente, de menor dureza al parecer, los judíos soviéticos han de enfrentarse a la hostilidad del Kremlin para realizar su sueño de libertad.

Aliyah de Rusia

POR LAWRENCE ELLIOTT

Aliyah es la palabra hebrea que denota el retorno a Israel, la patria bíblica. A partir de 1970 alrededor de 80.000 judíos han emprendido el *aliyah* desde la Unión Soviética, entre ellos una mujer morena y solemne llamada Mary Chanoch y su hijo, Yigal. Viendo jugar al niño al sol de Israel, Mary se sacude las pesadillas del pasado con una ilusión: imagina a su marido Leib liberado del campo soviético de trabajo en que está prisionero desde hace más de tres años; en ese sueño, la familia está reunida en Israel y el corazón



de la mujer rebosa de alegría al levantar a Yigal y ponerlo en brazos de su marido.

Pero la ilusión se desvanece pronto, ya que las cuitas de Mary son reales y está condenada a revivirlas día tras día.

El 15 de junio de 1970, por la noche, la KGB *o servicio secreto soviético despierta a Mary y a Leib. En el cerebro de la mujer todavía resuena dolorosamente aquel anuncio hecho a gritos: "¡Quedan ustedes detenidos!" Arrojaron a Mary a una celda, en compañía de prostitutas y de criminales del orden común, y no vuelve a ver a Leib durante nueve meses, hasta después que lo hacen comparecer ante un tribunal de Leningrado, acusado de crímenes contra el Estado. En realidad, es culpable de una sola cosa: haber solicitado una visa de salida, pues él y Mary desean vivir en Israel.*

No FUERON ellos los únicos. Por aquella época Israel se convirtió repentinamente en un faro de esperanza para casi tres millones de judíos soviéticos a quienes se había prohibido durante 50 años tener sus escuelas y publicar sus periódicos y libros. Stalin los persiguió, y los sucesores del tirano denigraron sistemáticamente a Israel y a los "traficantes sionistas de la guerra". Tras la victoria israelí en la guerra de los seis días clavaron este letrero en casa de Pinchas Chanoch, hermano mayor de Leib: EL SIONISMO EQUIVALE AL NAZISMO.

Pero en vez de amedrentar a los judíos soviéticos, la campaña de difamaciones reavivó en ellos la llama del pensamiento y la tradición de su pueblo. La posibilidad de ir a Israel les dio cierto sentido de identidad e hizo renacer sus esperanzas de una vida mejor. "Cuanto más arremetía el *Pravda* contra los *agresores imperialistas de Israel*", declaró Pinchas Chanoch, "más deseábamos vivir entre ellos".

Centenares de judíos rusos empezaron a exigir abiertamente el derecho de *aliyah*. Pero la Unión Soviética, aunque signataria de la declaración de las Naciones Unidas que garantiza el derecho de emigración, respondió a este nuevo grito de libertad con su clásico estilo totalitario: la KGB multiplicó las visitas domiciliarias de intimidación y proliferaron las denuncias y las detenciones. Los que no obtuvieron visas de emigración empezaron a desafiar a las autoridades. Enviaron peticiones a la secretaría general del partido comunista, escribieron cartas abiertas a la ONU e incluso renunciaron a la ciudadanía soviética. Por último, al trascender al mundo lo que ocurría, el Kremlin decidió aplastar el movimiento judío.

En la primavera de 1970 la solicitud de visa de Leib Chanoch es denegada por segunda vez. "Vuelva a presentarla dentro de 40 años", le espetó un funcionario. Pero Mary está embarazada y la pareja tiene la firme determinación de que el niño crezca en la libertad. Se reúnen con

¿Se ablandan los rusos?

Las autoridades soviéticas tratan de hacer creer al mundo que los judíos de la URSS están ahora en libertad de ir a Israel sin necesidad de pagar el impuesto de emigración. La realidad es completamente diferente. Moscú ha decidido prescindir de lo que se considera un rescate, pero trata de recurrir a otros medios para detener la emigración judía. He aquí algunos ejemplos importantes:

- En Rostov del Don, el ingeniero Lazar Lubarsky fue condenado a cuatro años de cárcel, a pesar de que el único testigo del fiscal negó que el acusado le hubiese revelado a él algún secreto de Estado.
- A Isaac Shkolnik, detenido por "difamación" en julio de 1972, lo sentenciaron a diez años en un campo de trabajos forzados, aunque luego le redujeron esta sentencia a siete, pues se modificó la acusación original por la de "espiar en favor de Israel".
- Los hermanos Issay y Gregory Goldstein, ambos matemáticos, fueron acusados de "difamación" y, aunque no están en la cárcel, se encuentran pendientes de juicio.

Las anteriores acusaciones, concebidas para que sirvan de escarmiento, constituyen una campaña de intimidación contra los judíos soviéticos deseosos de aprovechar la "liberalización". La opinión pública internacional debe tomar nota de estos hechos. —Roger Massip, en *Le Figaro*

un grupo que estudia planes de huida, mas la KGB conoce sus intenciones, y los días 14 y 15 de junio detiene a Leib, a Mary y a algunos activistas judíos en media docena de ciudades.

El 15 de diciembre juzgan en Leningrado a Leib Chanoch y a otros 11. Mary, en su octavo mes de embarazo, quedó en libertad, para que no inspirara conmiseración en el banquillo de los acusados. Tal reacción, sin embargo, se hubiera dicho remota: no pudieron asistir al juicio los periodistas extranjeros y, con excepción de unos cuantos parientes intimidados (Pinchas Chanoch fue despedido de su empleo cuando porfió en asistir), los asientos del público estaban ocupados sólo por funcionarios del partido.

El fiscal insistió mucho en atribuir a los acusados el intento de secuestrar un avión soviético, lo cual era absolutamente falso: La KGB, que había estado bien informada de los pormenores, frustró el plan en el último momento y aprovechó la oportunidad para atraer a los judíos a una trampa. Cada uno de los encausados confesó querer reunirse con sus correligionarios en Israel, pero negó cualquier intención de atentar contra la Unión Soviética. No obstante, los 12 acusados fueron declarados culpables. A dos de ellos se les condenó a muerte, y a los demás

a diversas penas de cárcel. Leib fue sentenciado a 13 años de trabajos forzados.

Pero los rusos calcularon mal. Lejos de aplastar el movimiento judío, el juicio de Leningrado lo reanimó, pues todo el mundo protestó por lo injustificado de las acusaciones y lo severo de las sentencias. Prelados, funcionarios de gobierno y ciudadanos particulares de muchas naciones (hasta los partidos comunistas de Italia y Francia) conminaron al Kremlin a reconsiderar los fallos.

Presionados por ese clamor, los soviéticos conmutaron las penas de muerte por la de 15 años de cárcel. Un funcionario aseguró el 24 de febrero de 1971 que se otorgarían los permisos, cuando el director cinematográfico Ephraim Sevela y otros 23 judíos soviéticos organizaron una manifestación de protesta sentándose frente al Soviet Supremo y negándose a abandonar el lugar hasta que se diera trámite a sus visas de salida (desacato por el que unos cuantos años atrás habrían sido fusilados). Antes de terminar el año unos 13.000 judíos, entre ellos Pinchas Chanoch y su familia, obtuvieron la autorización para salir del país.

¿Habían cambiado radicalmente de parecer los soviéticos? No; por cada visa concedida, cuatro eran rechazadas; en muchas familias se otorgaba la visa a la mujer y se negaba al marido. Y los que salían del país tenían que pagar una suma exorbitante: alrededor de 940 rublos por cabeza (1253 dólares), o sea el equivalente de un año de sueldo en la mayoría de los casos.

Cuando permiten a Mary visitar a Leib en el siniestro campo de trabajos forzados donde cumple su condena, reducida de 13 a 10 años, él la insta a que salga de Rusia. Leib quiere que su hijo se crie en Israel, "aunque sea sin mí". Acongojada, Mary solicita una visa, que le conceden.

Para Israel, país de sólo 20.691 kilómetros cuadrados, con una población de 3.196.000 almas, los emigrantes de la Rusia soviética representan la promesa de un futuro más venturoso, pero al mismo tiempo traen consigo aterradores problemas. Los israelíes, con todo, han establecido una política bien definida: "Defensa e inmigración", declaró la entonces primera ministra Golda Meir, "son los asuntos de más alta prioridad".

La señora Meir acudió al aeropuerto a dar la bienvenida a los inmigrantes. Llegan al nuevo mundo de sus sueños, exhaustos de fatiga y emoción, y todos ellos dependen íntegramente del gobierno israelí. Aun antes de salir del aeropuerto, entrevistan a los *olim* (inmigrantes), les entregan sus cartas de ciudadanía y les asignan alojamiento. Aquellos que necesitan saber bien la lengua nacional para trabajar, van a los centros de asimilación, donde estudian el hebreo durante seis meses.

A las pocas horas de su llegada se dirige cada inmigrante a su nuevo hogar, radiante de dicha por encontrarse en Israel, por ser al fin libre.

Sin embargo, hay espinas en ese paraíso. La adaptación es difícil, y a veces penosa. En Rusia habían vivido constreñidos por estrictos decretos que les indicaban qué hacer y qué pensar; el gobierno decidía por ellos. Y de repente se encuentran con que gozan de libertad absoluta. Una costurera se quejaba: "He estado sentada en mi taller todo un mes, y ustedes no me han enviado un solo cliente". Un músico se escandalizó al enterarse de que debía someterse a un examen para tocar en la Filarmónica de Israel. Exclamó: "¡El gobierno debe ordenarles que me acepten!"

El gobierno se abstuvo de hacerlo. Tampoco podía "ordenar" a una empresa de arquitectos que contratara a un dibujante cuyo trabajo en Rusia consistía en copiar a mano planos y especificaciones. "Para hacer ese trabajo disponemos aquí de máquinas fotocopiadoras", explicó amablemente el dirigente de la bolsa de trabajo, y envió al dibujante nuevamente a la escuela. ¿Y qué hacer con un economista que no sabía nada de cuentas de cheques ni de préstamos bancarios, o con un historiador que había estudiado únicamente la visión comunista del pasado? Ambos tenían que hacer tabla rasa y aprender de nuevo sus disciplinas.

Hay otros escollos de índole emocional. La libertad misma produce un choque. Los *olim* se sienten confusos en la discusión abierta de los problemas y turbados por los titulares de la nota roja en los periódicos (en Rusia casi ningún crimen aparece narrado en la prensa), así como por las divergencias de opinión de las distintas publicaciones. Sin embargo, poco a poco llegan a comprender que en una sociedad libre hay muchas voces, incluso la propia.

Pero las quejas de los inmigrantes tocan a veces un nervio muy sensible. Contribuir al sostenimiento de los *olim* soviéticos ha añadido una carga económica muy pesada para los israelíes. El ciudadano común de Israel, que debe entregar la mitad de su sueldo al gobierno, ha de esperar varios años antes de obtener su propio apartamento, por lo cual es perdonable que se sienta molesto cuando a los recién llegados se les da el equivalente de cien dólares, se les instala inmediatamente en viviendas modernas y se les exime del pago de impuestos durante un año.

A pesar de ello ningún israelí pone en tela de juicio la justicia o la sensatez de recibir a los rusos; y todos se sienten especialmente orgullosos de que sólo un puñado (alrededor de uno de cada 650 *olims)* haya preferido regresar a su país de origen.

Mary Chanoch llega a Israel en diciembre de 1971 y la envían al centro de asimilación de Afula, cer-

ca de Haifa, donde viven Pinchas y su familia. Durante los tres meses siguientes Mary recibe sólo una carta de Leib, que le pregunta: "¿Cree la gente de Israel que saldremos de aquí pronto?"

Entre los judíos que tratan de salir de Rusia hay una proporción creciente de médicos, ingenieros, maestros y hombres de ciencia. El 3 de agosto de 1972, al declarar que "la URSS no está dedicada al negocio de adiestrar ingenieros para que se vayan a Israel", los soviéticos decretaron un nuevo impuesto: todos los que quieran emigrar pagarán el costo de su educación superior. El graduado de una escuela de artes y oficios tendría que pagar el equivalente de 4500 dólares. Un egresado de universidad, el de 14.400 y un médico cerca de 30.000; o sea el equivalente de sus posibles ingresos en doce años. (En una inesperada muestra de generosidad, la ley exime de esta obligación a los inválidos, a las mujeres mayores de 55 años y a los hombres que tengan más de 60.)

El mundo civilizado volvió a protestar, horrorizado, y una vez más los soviéticos parecieron ceder. En abril de 1973, con una maniobra enderezada a obtener apoyo para una iniciativa de ley norteamericana que daría a la URSS importantes ventajas, Leonid Brejnev aseguró en privado a un grupo de senadores norteamericanos visitantes que se había suprimido el impuesto de emigración. Pero la ley sigue vigente; continúa la coerción sobre quienes tratan de salir del país (véase el recuadro) y en realidad prosiguen las represalias contra los activistas judíos: nuevas detenciones y en mayor número que antes. Por lo pronto, los aún atormentados judíos de Rusia sólo tienen el recurso de esperar que, a pesar de todo, el *aliyah* dure lo suficiente para poder salir ellos del país.

Mary Chanoch, que vive ahora con Yigal en un suburbio de Haifa, también espera. Al preguntarle si no temía que relatar la historia de Leib lo perjudicara, movió la cabeza negativamente. "Cuanto mejor conozca el mundo el nombre de Leib, más seguro estará él. Conviene que los rusos se preocupen por lo que piense el mundo. Por eso estoy aquí y no en la cárcel. Si el mundo se preocupa lo suficiente, Leib y los demás también llegarán a Israel".

Reconocimiento. Una joven pareja, al regresar después de una cena-baile, estaba ya en casa y se disponía a retirarse. La esposa, frente al espejo de su tocador, oyó que el marido decía: "¡Querida, estaría perdido sin ti!" Aquel cumplido espontáneo hizo estremecer todas las fibras femeninas de la mujer que, con ojos llorosos de alegría, dio media vuelta para ver al amante marido. Pero el muy canalla ni siquiera la estaba mirando . . . Hablaba a su tarjeta de crédito. —C.D.P.

Por Timothy Green

A prueba de ladrones

Los Chubb, maestros cerrajeros ingleses, combaten con éxito a los ladrones en todo el mundo.

Un lunes, poco después de medianoche, unos ladrones se colaron sigilosamente en el departamento de contabilidad de la embotelladora de Coca-Cola en Enfield (Inglaterra). Iban provistos de media tonelada de equipo de oxiacetileno para cortar acero, que armaron frente a una caja de seguridad de un metro de altura y color café con leche.

Uno de ellos dirigió la terrible llama de 3000° C. a la plancha de acero que rodeaba la cerradura, para cortar un pequeño recuadro. La abertura puso al descubierto otra maciza barrera metálica claveteada con pernos negros que el soplete no pudo fundir.

Frustrados, los delincuentes concentraron sus esfuerzos en el techo de la caja fuerte, donde había una trampa que permitía meter paquetes de dinero sin necesidad de abrir la puerta. Pero tampoco pudo esta vez la chirriante llama violar las defensas metálicas, y un poco antes del alba los decepcionados bandidos salieron del lugar con las manos vacías.

Como a otros muchos ladrones en potencia, los había vencido una caja de seguridad fabricada por la compañía Chubb & Son's Lock and Safe Co. Ltd., empresa de una familia de cerrajeros que desde hace más de 150 años ha figurado en primera línea en la lucha contra los delincuentes. La compañía Chubb es hoy la mayor del mundo en su género.

Unos 70 de los principales bancos centrales de emisión (de Aus-

tralia a Etiopía y de la India a Venezuela) han pedido a la Chubb el diseño de sus bóvedas de seguridad. En Irán, el Trono del Pavo Real, incrustado de joyas, y las de la Corona del Sha, se guardan en una cámara blindada que construyó esta empresa en 1951. En Inglaterra protege más de la mitad de los tesoros públicos y particulares. Las joyas de la Corona, el Banco de Inglaterra y la mayoría de los indefectibles buzones rojos de las calles, están defendidos por los cerrojos de la Chubb. También llevan cerraduras de seguridad de esta marca las cajas rojas de documentos del Primer Ministro y de cada uno de los demás ministros del gobierno británico. Tres de cada cinco automóviles ingleses poseen llaves y cerraduras hechas por una compañía subsidiaria de la Chubb, y más de la mitad de todos los bancos comerciales tienen cajas fuertes del mismo origen.

Resulta paradójico que la reputación de los cerrajeros ingleses deba tanto a la habilidad de los ladrones de ese país. "Quizá tengamos los mejores violadores de cerraduras", declara el inspector Alistair Thomson, jefe del Departamento de Prevención del Delito de Scotland Yard, "pero precisamente por ello también poseemos las mejores cajas fuertes".

Siempre que un ladrón profesional disponga de equipo mejorado y al día, abrirá cualquier caja si cuenta con el tiempo suficiente. Por fortuna, en general sólo le quedan unos minutos, o acaso unas horas para hacerlo. Así pues, el designio del constructor de cajas fuertes consiste en hacerle tardar a fin de que no pueda lograr su propósito.

Cada vez que el delincuente idea un nuevo método, la Chubb lo anula con algún dispositivo nuevo, y ambos siguen empeñados en una interminable pugna de ingenio y técnica. Las guardas que regulan el movimiento del pestillo en los cerrojos Chubb están ajustadas con una precisión de casi una centésima de milímetro. Unas muescas falsas desvían el garfio o alambre que muchos ladrones utilizan como ganzúa. El diseño básico de las llaves de esa compañía elimina la posibilidad de sustituirlas por otra llave maestra. Incluso para las cerraduras ordinarias de puerta de calle, la Chubb fabrica más de 35.000 combinaciones diferentes.

Los cerrojos más complicados, provistos de una batería de pasadores que encajan en los agujeros de una armadura empotrada en torno a las puertas de cajas fuertes y bóvedas de seguridad, burlan los esfuerzos del ladrón con muchas trampas sutiles. Si el delincuente usa taladro, romperá una placa de vidrio colocada en el interior del cerrojo, la cual hace funcionar una cuerda de Terylene que vuelve a cerrar todo el sistema. Si introduce explosivos en el ojo de la llave, el estallido activa otro mecanismo que asegurará de nuevo los pasadores. Hasta el ácido que eche para destruirlo saldrá sin corroer por un

orificio de desagüe abierto en la parte inferior. Los únicos intrusos que burlaron estas precauciones en Nigeria fueron unos termes hambrientos que se introdujeron por el ojo de la cerradura de una caja de seguridad y devoraron los importantes documentos que contenía. Ahora evitan eso con un simple escudete puesto sobre el ojo.

Igualmente impenetrables son las cerraduras de combinación; en ellas, al marcar cifras en clave, se alinean entre sí unas ranuras labradas en discos metálicos y sueltan los pasadores. Las cerraduras de las modernas cajas de seguridad se hacen hasta con cien millones de combinaciones, de modo que las posibilidades de encontrar la clave por tanteo son mínimas. Cada dueño elige su propia clave y dispone él mismo las cifras; ni siquiera la Chubb conoce la combinación.

Pero un ladrón canadiense logró descubrir hace unos años la clave de la caja de seguridad de un banco de Toronto. La pesada puerta estaba a la vista en el salón principal del establecimiento; el ladrón se situó en la acera opuesta de la calle con una cámara cinematográfica de lente telescópico y aguardó a que el gerente la abriera. Una vez reveladas las fotografías, se introdujo de noche en el edificio y compuso correctamente la combinación. La Chubb evita ahora este ardid colocando una pantalla inclinada y opaca sobre los marcadores.

Los rayos x constituyen un nuevo riesgo para el fabricante de cajas fuertes, ya que se pueden emplear para examinar un cerrojo de combinación y encontrar la clave. Este método es excepcionalmente bueno para espiar documentos secretos, porque no deja huellas de actividad. La solución de la Chubb es un detector de rayos x adosado a la cerradura, el cual, al registrar las radiaciones, pone en funcionamiento un nuevo sistema de cierre para que la caja no se abra aunque se marquen bien las cifras de la combinación.

Impedir un ataque directo no es tan difícil. El acero al manganeso es más duro que las barrenas, y en el decenio de 1950 a 1959 la Chubb descubrió una aleación de hierro colado y cromo que no puede fundir el soplete de acetileno. Pero este metal resultó tan quebradizo que cualquier ladrón fuerte podría rajarlo y abrir la caja con un martillo. Dos magníficas aleaciones llamadas TDR (Resistente al Soplete y al Taladro) y EDR (Resistente al Taladro y a los Explosivos) solucionaron el problema.

La caja de seguridad básica se hace ahora de TDR o EDR y en forma de campana de cinco lados, fundida de una sola pieza y forrada con láminas de acero soldadas para que no haya grietas donde insertar la punta de una palanca o los explosivos. Tanto la aleación TDR como la EDR contienen un compuesto no ferroso (la fórmula precisa es un secreto de la compañía) salpicado con puntos de soldadura duros como diamantes, y las planchas parecen

tajadas de un pastel de grosella. Estos puntos desvían cualquier taladro y son tan buenos conductores del calor que dispersan el de la llama del soplete y evitan que se funda el metal.

En la incesante batalla del delito contra la seguridad, el malhechor cuenta ahora con una ventaja, pues ha agregado a su armamento un terrible dispositivo llamado lanza térmica, que genera una temperatura de 3500° C. y tiene uso legal para destruir máquinas viejas o demoler edificios. En tres minutos puede cortar casi medio metro de cemento armado o de acero. La compañía Chubb investiga actualmente las posibilidades de utilizar las nuevas aleaciones perfeccionadas que se utilizan en los vuelos espaciales a fin de proteger sus equipos de la temible lanza térmica.

La casa Chubb tiene a su servicio un equipo de expertos violadores de cajas de seguridad que prueban todo nuevo mecanismo o técnica. Su misión es abrir la caja, aunque con ello la destruyan. John Johns-Hunt, uno de los más hábiles forzadores de cerraduras de la empresa, declara: "Nos enorgullecemos de superar a cualquier ladrón ducho en su oficio".

Cuando le pregunté si me permitiría observarlo mientras hacía su trabajo, se excusó cortésmente: los reglamentos de seguridad de la compañía le impiden revelar los ardides ideados en 22 años de abrir cerraduras. Siempre debe trabajar solo.

El apropiado lema familiar que guía a Chubb es "Seguridad mediante la cautela". Lord Hayter, su presidente, pertenece a la quinta generación de la familia propietaria de la empresa. "Lo que en realidad vendemos es tranquilidad", me aseguró.

Los primeros clientes trataron con el tatarabuelo de lord Hayter, Charles Chubb, y con su hermano menor, Jeremías, que patentaron su "cerrojo detector" en 1818. El atractivo del mecanismo consistía en que si trataban de abrirlo con otra llave, empezaba a funcionar un artefacto que inmovilizaba el cerrojo; así revelaba al dueño que en su ausencia alguien se había propuesto forzarlo. Entonces el propietario usaba otra llave especial para anular el efecto del detector. Muchos principios básicos de ese cerrojo se siguen aprovechando en las cerraduras Chubb.

El cerrojo detector tuvo éxito inmediato, y ambos hermanos fundaron una fábrica en Wolverhampton, a unos cuantos kilómetros de Willenhall, sede tradicional de los cerrajeros ingleses. El duque de Wellington encargó cerrojos detectores para su mansión, Apsley House (número 1, Londres), cuyas cerraduras Chubb aún están en uso. El Banco de Inglaterra compró dos por seis guineas cada uno, y Jorge IV nombró a los hermanos Chubb cerrajeros reales, honor que aún ostenta la empresa. En 1851 el superintendente de policía, vigilante de la Gran Exposición, declaró a los visitantes que en sus 27 años de experiencia nunca había encontrado

un ladrón capaz de forzar un cerrojo Chubb.

Ya para entonces los Chubb habían ganado fama como fabricantes de cajas de seguridad. En 1855, tras el robo de 12.000 libras esterlinas en oro del tren que iba de Londres a Folkestone para combinar con el buque nocturno, pidieron a la compañía que fabricara un cofre inviolable para el ferrocarril. Hoy se utilizan en el mundo cerca de medio millón de cajas fuertes Chubb de todos los tamaños.

El delincuente no es el único adversario de la empresa. El fuego puede causar a la mayoría de las casas comerciales tanto daño como el robo, pues a veces destruye archivos importantísimos e irremplazables. Las cajas y los archivos a prueba de incendios deben cumplir dos requisitos: soportar calor intenso muchas horas y resistir una gran caída si el edificio se derrumba.

En 1972 una bomba terrorista dañó seriamente la casa matriz de la Belfast Co-operative Society, pero una caja Chubb que contenía cintas de computadora permaneció intacta. Cayó desde el cuarto piso al inferior, donde permaneció entre escombros ardientes casi dos semanas, y cuando por fin la sacaron de allí, las cintas estaban indemnes. "Tenían más valor para nosotros que el dinero para pagar la nómina", me confió Roy Harbinson, contable principal de la tienda. "Una de esas cintas guardaba todos los datos de 10.000 cuentas de alquiler de televisores".

A través del tiempo la reputación de la Chubb ha suscitado muchos pedidos insólitos. Un marajá de la India, al encargar un juego de candados macizos de bronce para las puertas de su casa de elefantes, estipuló que no quería llevar encima llaves demasiado grandes. La Chubb fabricó una llave diminuta que cabía en la base de su anillo sellador. Otro marajá encargó cerraduras diferentes para cada uno de los cajones donde sus 17 esposas guardaban sus cartas, y también una llave maestra única para poder leer subrepticiamente la correspondencia de aquellas damas de su harén.

Quizá la misión más importante de la Chubb sea la de guardar las joyas de la Corona en la Torre de Londres. Durante muchos años estuvieron en una cámara blindada especial de la Torre Wakefield, pero en 1967 las trasladaron a otra aun más segura, provista de mecanismos detectores y revestida de cemento, en el sótano del Waterloo Block. Los métodos y dispositivos para proteger este tesoro son tan valiosos como las mismas joyas.

"Cada vez que una cerradura Chubb derrota a un ladrón", manifiesta lord Hayter, "no sólo hemos protegido la propiedad de nuestro cliente, sino también nuestro prestigio. Al fin y al cabo, fue Charles Rolls quien confió una vez a Henry Royce: Me gustaría que se asociara mi nombre a un automóvil, como lo está el de Chubb a las cerraduras y cajas de seguridad".

Lo que ocurre cuando una voluntad femenina choca contra la masa inerte de los pies del marido

No nací para bailar

Por Thomas Bolton

Supe que estaba yo en dificultades cuando Liz, mi mujer, comenzó a canturrear y a mover la cabeza rítmicamente, de modo que su rubia cabellera le azotaba, ora los blancos hombros, ora las pálidas mejillas.

—Mira, los Briscoe están bailando —me indicó mi esposa.

Me así a la copa de champaña como a una tabla de salvación.

—Este lugar está atestado —repliqué—. Hace un calor sofocante.

—También los Thomas están bailando; y los Disney.

—Método infalible para resfriarte. Empiezas por acalorarte demasiado, luego se te entumen las coyunturas, y . . .

—¿No vas a sacarme a bailar?

Debía hacerlo, según los dictados de la elemental cortesía. Asistíamos a una recepción de bodas, al aire libre. Encima de un encerado tabla-



do circular habían tendido miles de metros cuadrados de lona. Cuatro músicos, más melancólicos que una lechuza, tocaban encaramados cerca de allí una sucesión de piezas implacablemente bailables.

Ya en la pista, Liz giró con viveza y nos abrazamos estrechamente.

—Lo mejor del baile es que constituye un deporte en que los jugadores se mantienen en contacto —comenté.

—¡Uno, dos, tres! —murmuró Liz— ¡Trata de seguir el ritmo!

—¡Está bien! —exclamé.

Y nos lanzamos más o menos en el sentido de las agujas del reloj. *¡Qué horrible!*, me gritaba el fiscal que llevamos en la cabeza. *Se nota a leguas que fuiste un desertor de la escuela de baile.* Basta que una chica preciosa se estreche contra mí con todos sus abultados encantos, y que la música empiece a sonar, para que eche todo a perder con mis desmañados pies.

Advertí de pronto que Liz se había detenido bruscamente.

—¿Reconoces esta música, querido? —me preguntó.

—¿Y lo dudas? —respondí con cautela. Tal vez me le había declarado al son de aquella melodía—. Es nuestra canción predilecta, ¿no? Una de nuestras canciones predilectas.

—Es el *Vals de aniversario,* mi vida —aclaró mi mujer, dejando escapar una agudísima y extraña carcajada—. Y lo bailas como un *fox-trot.* No conozco a nadie que baile peor que tú.

—Querida —le dije—, voy a hacerte una magnífica proposición: ¿por qué no nos sentamos?

—¡De acuerdo! —repuso mi cara mitad sin vacilar— Vé tú por delante; quiero ver si llevas los pies en su lugar.

Yo di por seguro que allí acabarían mis tribulaciones. Creí comprender la razón de su enojo. Cuando se asiste a una fiesta de bodas con la propia esposa, no es muy galante repetir a cada rato "¡pobre hombre!" al referirse al novio.

Pero aquello no fue el fin de mis cuitas. El lunes siguiente, al volver del trabajo a casa, encontré en la cocina a Liz, que canturreaba alegremente.

—¡Hola! —exclamé— Tienes la expresión de un gato que acaba de zamparse un canario tierno.

—¡Estoy contentísima! —replicó— Figúrate que fui a inscribirme contigo.

—¿A inscribirnos?

Por experiencia sabía yo que aquello no presagiaba nada bueno.

—¿Conoces la Escuela para Adultos de Crestwood? ¡Acabo de apuntarte conmigo en la clase vespertina de baile de salón!

Durante largo rato estuve mirando por la ventana hacia los bosques donde los pájaros revolotean en maravillosa libertad.

—¡Verás cómo te gusta! —prosiguió ella— ¿Te acuerdas de que las primeras veces que salimos juntos, cuando me pretendías, me rogabas insistentemente que bailara contigo?

Si el baile te desagrada tanto, ¿cómo lo explicas?

—Concupiscencia, querida. Era el medio más directo de abrazarte sin ofender la moral pública. Pero comprende que cuando el hombre ha cumplido 38 años, ya ha aprendido a aceptar valientemente sus limitaciones. Sé que nunca escalaré el Anapurna ni me arrojaré a la fuente de Trevi a medianoche. Y jamás dominaré los bailes de salón. ¡Jamás!

—Sí lo harás —susurró mi mujer—. Por nosotros. ¡Por mí!

Cuando se juega contra Liz, siempre da cartas marcadas.

Los jueves por la noche enseñaban baile de salón en el gimnasio de la escuela, recinto que exhalaba un aroma almizcleño, resultado de los esfuerzos físicos de varias generaciones de adolescentes. Al entrar me sentí muy abatido; las otras parejas mostraban una agilidad pasmosa, y se ejercitaban en flexionar las rodillas. Parecían a punto de ejecutar *El lago de los cisnes*.

Nuestro maestro, el señor Hernando López, se plantó en el centro y dio varias palmadas sonoras. De baja estatura, musculoso, vestía un reluciente traje color castaño y llevaba un bien recortado bigotito encima de una dentadura deslumbrante.

—¡Bienvenidos, aprendices de la danza! —exclamó con garbo— Comenzaremos nuestra lección con los ejercicios elementales. Antes de poder andar, hay que aprender a gatear, ¿verdad?

La señora López, corpulenta y dominante, puso un disco en el fonógrafo, y ella y su marido ejecutaron una serie de agitados arabescos "latinos" entre virajes y complicados desplantes.

—¿Observan ustedes? —nos preguntó el maestro, cuyos zapatos de charol relampagueaban— ¿Se han dado cuenta de la gracia, del sentimiento?

El instructor giraba, daba palmadas que parecían otros tantos pistoletazos y se volvía a mirarnos con expresión de arrobamiento, mientras gritaba:

—¡Aprenderán ustedes a bailar el *cha-cha-chá,* y después no se les dificultará ningún otro ritmo! ¡Es la piedra angular del baile!

Mientras los estudiantes comenzábamos a bailar, el señor López y su mujer se deslizaban entre nosotros, atentos a cualquier traspié, a cualquier pérdida del compás. Si alguna señora daba un paso en falso, el hombre se posesionaba de ella para corregirla. Algún caballero torpe caía a su vez en las garras de la imponente señora López. Por mi parte, lograba bailar aceptablemente el *cha-cha-chá* cada vez que los maestros pasaban cerca de mí. Pero al terminar la hora de clase me sentía exhausto, y el corazón me saltaba en el pecho como una maraca enloquecida. Por fortuna me había salvado de los brazos de luchador de la instructora.

¡Pero a qué precio! Cuando salíamos, Liz me alentó, en el colmo de la dicha:

—¡Mi vida! ¡Qué bien lo hiciste! Aprendes de maravilla. ¡Ya estoy impaciente por la llegada de la semana próxima!

¡La semana próxima! De repente me pareció que el calendario se extendía ante mí como un interminable *carnet* en el que me inscribían sin piedad como si yo fuera el alma de la fiesta.

Apenas mitigado el dolor que me atenazaba los músculos de las piernas, la "semana próxima" nos dio alcance, con lo cual Liz y yo acudimos al gimnasio en igualdad de fuerzas. Esta vez, sin embargo, las circunstancias variaron. El señor López anunció que su esposa estaba indispuesta, pues se había dislocado un tobillo. Y para remplazarla allí estaba su prima, una morena despampanante, de ojos más negros que el café turco, vestida con un traje negro y un escote que causaba vértigo.

—¡Vaya! —murmuró Liz con desdén, pasando revista a las diversas y generosas prendas de la joven prima— ¿Qué más podría enseñar?

En otra ocasión yo hubiera podido admirar a la muchacha con el entusiasmo que merecía, pero en aquel momento mi principal interés se limitaba a sobrevivir. ¡Caracoles! ¡No hay tiempo de recrearse la vista cuando está uno en las inclinadas cubiertas del *Titanic!*

El señor López pasó lista y luego nos espetó un discursito para que entráramos en calor. A continuación cayó el disco en el fonógrafo como la cuchilla de la guillotina, y reanudamos nuestros afanes coreográficos. De pronto el instructor dio una palmada como un trueno y me asestó el índice entre las costillas.

—¡Así no! —exclamó— ¡Carmen! ¡Enséñale!

Antes de que cantara el gallo, la joven se había deslizado entre mis brazos, y sentí que su cálida sangre latina bullía bajo la palma de mi mano.

—Tiene usted que entregarse —me aconsejó—. Entréguese por completo a la música. Déjese llevar por el ritmo. Póngame la mano en la cintura... Así...

Carmen me hablaba sin cesar, pero en vano. Cuanto más me aleccionaba, tanto más torpe e inepto me sentía. Por último, la joven me depositó, girando, al lado de Liz.

—Aprenderá —me dijo para alentarme—. Siga practicando.

Yo obedecí entre muchos tropiezos. No conseguía recobrar esa aguda sensación de pánico que, la semana anterior, me había hecho sentirme apto para el baile. Ya no lograba, al parecer, sincronizar las caderas, los pies y la respiración. Incluso me pisé a mí mismo. Y, por supuesto, para entonces la infatigable Carmen me seguía de cerca por todas partes, dispuesta a arrebatarme y a llevarme consigo por la pista, como si fuera una escoba. Sin duda para ella era yo la prueba suprema.

En 1955 un tal Carlos Sandrini había establecido en Buenos Aires la marca individual de baile de salón tras permanecer bailando 106

horas, cinco minutos y 10 segundos. Para las 9 de aquella noche, al cesar por fin la música, estaba yo seguro de haber roto esa marca.

—¡Gracias a Dios que se acabó! —susurré a Liz cuando, aturdido, abandonaba el gimnasio— Es decir, hasta la próxima vez.

—¿La próxima vez, dices? —repuso Liz— ¿Y qué te hace pensar que habrá una próxima vez?

Su voz, por lo general tan cálida, parecía pasar entonces a través de un refrigerador.

—¿No faltan todavía otras seis lecciones?

—No finjas que te aburriste. Al menos, seamos francos uno con otro. Confiesa que estuviste encantado con... ¡aquella vampiresa tropical!

Yo seguía andando en silencio. La verdad era que me agradaría tanto bailar con un oso como vérmelas de nuevo con Carmen. Pero ¿acaso decir la verdad, norma de ordinario tan admirable, salvaría a la humanidad? O para decirlo de otra manera, ¿qué ganaría con seis semanas más de lecciones de *cha-cha-chá?*

—¡Oh, Carmen! —murmuré, con entusiasmo cuidadosamente dosificado— ¡Qué vitalidad la suya! Es una maestra de baile innata. Tiene un no sé qué... Supongo que un instinto animal...

—¡Ajá!

—¡Qué ojos! ¡Qué esbeltez! ¡Y qué euritmia!

—¡Basta! Esta fue nuestra última lección de baile.

—Como tú quieras, querida —le contesté sumiso, y sonreí en la oscuridad.

Ennio Morlotti y Giancarlo Cazzaniga paseaban en silencio. Los dos pintores habían sido amigos durante muchos años.

—En la vida del pintor llega un día maravilloso —dijo Cazzaniga—: el momento en que logra por primera vez vender una obra.

—Hay otro momento más maravilloso todavía —corrigió Morlotti—: ¡cuando le roban un cuadro!

—*Tempo,* de Italia

Pozo de la dicha

Ojalá no viva yo hasta el día en que inventen una máquina que me permita reproducir instantáneamente todo lo que me ha sucedido durante las últimas 24 horas.

—F.J.

Feliz viaje

En un viaje de Los Ángeles a Miami Beach, al llegar al aeropuerto se oyó por los altavoces la voz de la aeromoza: "Tengan la bondad de abrocharse los cinturones y apagar los cigarrillos . . . de una vez por todas". Después de una breve pausa, prosiguió: "El mensaje anterior les fue trasmitido por cortesía de nuestra línea aérea y de la Sociedad Norteamericana de Lucha contra el Cáncer".

—M.M.

"Caso crítico en camino… ¡más que crítico!"



Drama de la vida real

Terriblemente destrozado en un accidente, el fornido joven Wayne Lindblom parecía condenado a morir. Pero él no quiso darse por vencido, y tampoco cejó el notable equipo de médicos que luchó denodadamente para salvarle la vida.

POR JOHN REDDY

LA SIRENA de la ambulancia ululaba mientras se abría paso hasta el Hospital General de San Francisco zigzagueando entre el intenso tráfico vespertino. En el interior iba agachado el camillero Jerry Stevenson, que atendía a Wayne Lindblom, hombre fornido de 27 años de edad, capataz de una cuadrilla de construcción. Lind-

blom iba inconsciente, pues pocos minutos antes una pala mecánica le había dado un golpe terrible. A la vez que aplicaba a la cara de la víctima una mascarilla de oxígeno, Stevenson se volvió hacia Robert Dutton, chofer del vehículo, para decirle: "No creo que se salve". La sangre le manaba abundantemente por un costado y el camillero ya no sentía el pulso del herido. Dutton tomó el micrófono y anunció: "Caso crítico en camino. ¡Más que crítico!"

El angustioso informe dio la alerta a una notable unidad de servicios médicos: la de Traumatología del Hospital General de San Francisco, organizada para atender instantáneamente a las víctimas de accidentes graves. Al subir la ambulancia por la rampa (era el 18 de diciembre de 1971) ya la esperaba un equipo de reanimación. "¡Ante todo, debemos lograr que respire!" declaró el Dr. Gerald Strand.* Mientras el médico insertaba en la garganta de Lindblom un tubo endotraqueal por el cual le empezó a introducir oxígeno directamente en los pulmones, otros cortaban las ropas del herido, cubiertas de lodo y sangre. En seguida los médicos le hicieron sendas incisiones en tres venas y le trasfundieron sangre y plasma. El hombre seguía inconsciente.

Cumplida su tarea, el cuerpo de reanimación metió a Lindblom en un ascensor especial que lo llevó al quirófano del Servicio de Traumatología, situado en el primer piso, donde esperaba ya avisado y preparado un segundo equipo.

Dirigida por el cirujano Peter Allen, de 37 años de edad, aquella unidad quirúrgica puso sin tardanza manos a la obra. El Dr. Roy Parker comenzó a administrar anestesia a Lindblom por la intubación traqueal. Cuando una enfermera avisó: "No hay tensión arterial", el Dr. Walter Thompson hizo rápidamente una incisión desde el esternón hasta la pelvis, con lo cual dejó al descubierto la cavidad abdominal y todos pudieron ver las tremendas lesiones del paciente. Se le había desprendido el riñón izquierdo y tenía desgarrado el intestino grueso. El bazo y el páncreas habían reventado. Por si fuera poco, presentaba fracturas en la columna vertebral y en varias costillas, y tenía lacerada cerca de la tercera parte de la piel de la espalda.

"Hay que impedir que siga desangrándose", declaró el Dr. Allen. Casi sin decir palabra, él y el Dr. Thompson empezaron a aplicar pinzas a las arterias y venas desgarradas, por las cuales escapaba la vida del herido. (Las trasfusiones que le hicieron en el curso de la operación le proporcionarían un volumen sanguíneo cinco veces mayor que el normal.) Pero Lindblom fue recuperando gradualmente la tensión arterial.

Después ambos cirujanos le extrajeron el riñón lesionado, una parte del colon, el bazo y más de la mitad

*Se han cambiado los nombres de todos los médicos que intervinieron en este caso, a petición del Servicio de Traumatología.

del páncreas. También le hicieron la colostomía o formación de una fístula artificial en el colon, y le abrieron el costado para sacar por ahí el extremo cortado de este órgano. El tubo endotraqueal estaba conectado a un respirador para impedir el colapso pulmonar. Consultaron luego con un neurocirujano y un traumatólogo respecto a las vértebras fracturadas. Cuando Lindblom comenzaba a volver de la anestesia, el Dr. Thompson le gritó: "¡Wayne, mueva los dedos de los pies!" El herido, con un supremo esfuerzo, consiguió hacerlo. Tranquilizados por esta prueba de que el paciente no tenía la medula espinal totalmente seccionada, los médicos decidieron no operar más por el momento. Tras cinco horas en la mesa de operaciones, Wayne Lindblom fue trasladado a la sala de recuperación; contra todas las probabilidades, aún vivía.

Doloroso tráfago. Informada casi inmediatamente del accidente sufrido por Lindblom, Julie, su esposa, bella muchacha de 23 años de edad, debió esperar siete horas, sumida en la desesperación, a que le permitieran entrar en la sala de recuperación para ver a su marido.

—Querida —le dijo Wayne con voz débil y rostro cenizo y demacrado—, acaban de sacarme la mitad de las entrañas.

Julie le acarició tiernamente el rostro y repuso para infundirle confianza:

—Dios mediante, pronto estarás bien.

Más tarde Julie preguntó al Dr. Thompson:

—¿Qué esperanzas de recuperación hay para Wayne?

—Tendremos que averiguarlo día por día —repuso el agotado cirujano—. Al pie del Everest, la cumbre parece inconquistable; pero es posible llegar a ella paso a paso.

Al principio, atendido de noche y de día en la unidad de terapia intensiva, Wayne no podía soñar siquiera con aquellos pasos; sólo pensaba en las sondas que tenía en el cuerpo. Llevaba una en la nariz que "respiraba" por él; otra pasaba de una vena del brazo izquierdo al corazón, para registrar su funcionamiento; la tercera le penetraba en la vena subclavia para alimentarlo; otra más servía para drenar la vejiga.

Las complicaciones se presentaron casi inmediatamente. El riñón que le quedaba dejó de funcionar y el paciente sufrió una grave intoxicación urémica. En una muñeca le insertaron un tubo de Scribner para que la sangre fluyera hasta un dializador, cuya vital función consiste en limpiarla de impurezas. Casi diariamente había que extraerle el exudado de una infección pulmonar. Los médicos combatían la infección con antibióticos; las enfermeras friccionaban el pecho del joven y, ahuecando las manos, se lo golpeaban para provocarle la tos y hacerlo expectorar.

Julie permanecía muchas horas al lado de su marido; le enjugaba el sudor del rostro y le hablaba ani-

madamente, a pesar de que el enfermo sólo podía mirarla en silencio, pues el tubo introducido en la tráquea le impedía el habla. En Navidad, como regalo muy especial, la joven pidió que empujaran la cama hasta la puerta de la sala para que él pudiera verla de pie en el corredor, y en sus brazos a Jay, el travieso hijo de ambos, de dos años de edad. Una expresión de gratitud iluminó los ojos del herido, nublados por el dolor.

Wayne, inmovilizado en el bastidor Stryker (aparato en forma de cama que permite volver el cuerpo rígido del paciente a intervalos regulares), se sentía desesperadamente inválido; para colmo, lo despertaban cada hora para administrarle algún tratamiento. La sonda de la tráquea era su mayor flagelo. Alrededor de una semana después ya no pudo soportarla y, al salir la enfermera un momento, se la arrancó de la nariz. Por las pruebas que le hicieron se vio que el herido ya respiraba mejor, y entonces se le permitió prescindir del respirador.

Tenaz luchador. Aunque aún tenía muchos factores contra él, Wayne era joven y el trabajo al aire libre lo había conservado en excelente condición física. Incluso después de que la azada trasera de la pala mecánica lo hirió tan gravemente, había logrado ponerse en pie y dar algunos pasos torpes antes de caer desmayado. "Comprendí que estaba muy mal herido", cuenta, "pero lo último que pensé antes de rodar al suelo sin sentido fue que volvería a ver a mi mujer y a mi hijo. Y ni un momento pensé en la posibilidad de morir". No todos los médicos compartían este optimismo. Uno de ellos juzgaba (aunque no lo dijo) que Wayne tendría acaso una posibilidad de sobrevivir entre cien de morir.

El enfermo soportó durante un mes su diario calvario: seis horas con el dializador; que le dieran vueltas periódicamente en el bastidor Stryker; que le insertaran agujas en el tórax para extraerle los exudados. Y un buen día el riñón sobreviviente reanudó su funcionamiento normal. Por añadidura, las radiografías indicaron que la infección pulmonar había cedido y que las vértebras volvían a su lugar. El paciente, jubiloso, pudo apartar de sí el dializador y liberarse del bastidor Stryker. Y lo mejor de todo fue que logró dar unos cuantos pasos.

Pero la resistencia y la fortaleza de Wayne habrían de soportar nuevas pruebas. Por reacción al constante tormento sufrido, se presentó una úlcera que al fin se le perforó y le causó un gran absceso detrás del estómago. Los doctores Allen y Kenneth Fulton operaron a Lindblom por la espalda; le desprendieron la duodécima costilla izquierda y le introdujeron una cánula para drenarle el absceso. Varias veces en el curso de esta dolorosa fase sufrió copiosas hemorragias ocasionadas por la cánula.

Al principio el Dr. Allen pensó que la única manera de contener el

continuo sangrado sería extirpar parcial o totalmente el estómago del paciente. Sin embargo, al operar por la espalda pudo coser en tres distintas ocasiones varias arterias afectadas por el absceso, y así logró contener la hemorragia.

Desde el día en que llegó al hospital, Wayne había bajado, de 88,5 kilos, a 64,5, no obstante la solución de gran contenido calórico y proteínas que le administraban por vía intravenosa. Pero el herido mostraba tan ardiente voluntad de vivir y tal resistencia a las interminables complicaciones que se le presentaban, que el equipo del Servicio de Traumatología no salía de su asombro.

Estado: sumamente grave. El trastorno siguiente que padeció fue la disfunción hepática. La piel y los ojos se le pusieron amarillos, la temperatura corporal le subió exageradamente y deliraba sin cesar. Al caer en estado de coma, el Dr. Allen volvió a operarlo. Descubrió que el paciente tenía el hígado muy inflamado y afectado. Con ayuda del Dr. Fulton introdujo una sonda de drenaje en el conducto biliar. Entre ambos le extirparon un tramo del intestino delgado que estaba perforado, e insertaron otra sonda por la que pasaría un líquido alimenticio (de gran concentración de carbohidratos y pocos residuos, elaborado especialmente para los astronautas) directamente hasta la porción intacta del intestino delgado. Pero, según relata el Dr. Allen, "después de ver el estado del hígado de Wayne, supe que casi no tenía esperanzas de salvación". Trató de explicar a Julie que la situación le parecía desesperada, pero la joven rechazó el pronóstico. "Mi marido no morirá", replicó.

Casi por milagro, la heterodoxa operación del hígado y del intestino delgado resultó decisiva. El color amarillo de los ojos y la piel desapareció a los pocos días. Salió del estado de coma y empezó a aumentar de peso por primera vez desde que comenzaron a introducirle directamente en el intestino el alimento líquido (de 8000 calorías diarias, es decir, tres veces superior a las necesidades normales). Comenzó a salirle una piel nueva en las regiones donde quedó desollado a causa del accidente, zonas que se le habían infectado.

Triunfo del equipo. A la primavera sucedió el verano, y Wayne seguía en franca recuperación. Aumentó de peso hasta 78 kilos; al mismo tiempo fue recobrando el ánimo. Pero había guardado cama durante tanto tiempo que, cuando trataba de ponerse en pie, sufría mareos.

Los terapeutas lo acostaban en una mesa ajustable a diferentes grados de inclinación para mejorarle la circulación sanguínea. Luego Dolores Reeser, la enfermera de día, lo ayudaba mientras él daba sus primeros pasos vacilantes. Poco a poco llegó al punto en que pudo andar sin ayuda hasta la sala de fisioterapia.

Siete meses después del accidente

Wayne Lindblom salía del Hospital General de San Francisco por su propio pie. Lo habían salvado once operaciones, los cuidados de 65 médicos y de gran número de enfermeras y auxiliares paramédicos, además del indomable espíritu del joven.

En la actualidad Wayne ha regresado a su antiguo empleo de capataz, y no hace mucho Julie y él tuvieron una niña. "No sabe uno todo lo que vale la vida hasta que se ve a punto de perderla", declara. Y agrega: "Y cuando pienso en que 65 médicos se esforzaron tanto para salvar a un solo hombre a quien ni siquiera conocían . . . ¡Caracoles! ¡Me siento profundamente agradecido!"

La risa: tranquilizante que no produce molestias secundarias. —A.H.

Humorismo militar

Durante la segunda guerra mundial estábamos trasportando por aire suministros para la costa occidental de África. Un día, mientras aumentábamos la velocidad por la pista, una torrencial tormenta eléctrica hizo que fuera imposible ver hacia dónde íbamos. Nuestro capitán cerró las válvulas reguladoras y nos estremecimos al detenernos a sólo unos centímetros de la valla del perímetro.

Atrás, en el cuarto de operaciones, el comandante preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Ustedes vuelan sólo cuando hay sol?

—No, mi comandante —contestó el capitán—. Pero pensé que ya era hora de subir a la superficie cuando el altímetro indicaba seis brazas. —S.E.

Nuestra brigada blindada en el Desierto del Oeste tenía un cura joven y emprendedor. En una ocasión condujo su *jeep* a un destacamento remoto, lo estacionó y colocó una cruz dorada sobre la capota del vehículo. Después tocó una campana de mano anunciando el servicio.

Cerca del *jeep* estaba un camión de señales. A medida que el padre entonaba "Señor, escucha nuestra oración", se escuchaba al del camión anunciar con júbilo: "¡La recepción es fuerte y clara!" —J.G.L.

En Birmania, durante la segunda guerra mundial, un sargento que estaba en un cruce de caminos vio detenerse un camión muy cargado que avanzaba lentamente.

—¿Por dónde se va a Rangún, sargento? —gritó el conductor.

Observando al camión y su cargamento durante un instante, el sargento contestó lacónicamente:

—Siga de frente durante dos semanas y después doble a la izquierda. —R.T.

POR DANIEL SUGARMAN
Condensado del "SUNDAY SUN" *de Baltimore*

Haga de la ira una emoción positiva

Esta pasión, completamente natural, puede resultar muy destructiva si no aprendemos a reconocer sus formas ocultas y a encauzarla para nuestro provecho.

HENRY W., dirigente de una empresa, apareció muerto en su automóvil, envenenado por inhalar monóxido de carbono. Se había enterado de que su modesta fábrica sería absorbida por una gigantesca compañía, con lo cual él perdería su puesto.

• Rita P., ama de casa, se volvió frígida. Vivía contenta en un apartamento de la ciudad, pero había accedido contra su voluntad al deseo de su esposo de mudarse a una granja.

• Fred S., maestro de primera enseñanza, sufría hipertensión arterial y frecuentes jaquecas. Desde hacía dos años el nuevo director de su escuela enviaba a su clase a los alumnos más rebeldes.

Estas personas, diferentes entre sí en muchos aspectos, tenían el mismo problema: se sentían encolerizadas. Pero, como tantos de nosotros, no reconocían conscientemente su ira, ni le dieron libre y saludable expresión. Las consecuencias, evitables, fueron desdichadas.

Los sicólogos saben ahora que todo el mundo se encoleriza, y que de la forma en que nos encaremos con este sentimiento dependerá que encontremos la enfermedad o la salud, la insensata destrucción o la actividad constructiva, la felicidad o la desesperación. Lo importante es saber cuándo estamos enojados. La ira reprimida o ignorada puede hacernos daño, y causárselo de muy diversas maneras a nuestros seres queridos. Porque en realidad gran número de personas no sabe siquiera cómo neutralizar en forma inocua sus ocultos sentimientos de cólera.

Hace unos años, por ejemplo,

atendí a un paciente de veintitantos años de edad. Este joven, antes de dar en la cárcel y en el hospital, había agredido físicamente a más de 20 personas. Sus compañeros de trabajo lo consideraban un hombre tranquilo y comprensivo que rara vez se quejaba, y él mismo aseguraba que nunca exteriorizaba su ira. Tras someterse a tratamiento siquiátrico, se percató de que era un resentido (con ira inconsciente y tácita, dirigida contra un padre brutal y una madre dominante en exceso), y aprendió a utilizar medios menos destructivos de expresar su enojo. Ya a punto de concluir su cura, declaró: "Ahora comprendo que el hombre cabal puede resolver sus problemas sin recurrir a la violencia".

La ira reprimida conspira a veces con recursos más sutiles contra la dicha del prójimo. Una mujer enfadada acaso manifieste su secreta hostilidad haciéndose esperar de los demás. O analicemos el caso del hombre de negocios que detesta las reuniones sociales, y por ello se queda dormido en la casa ajena, con el explicable disgusto de su esposa. Por otra parte conozco a cierta ama de casa a quien desagrada mucho tener que agasajar a los socios o compañeros de trabajo de su marido y casi siempre se las arregla para estropear tales reuniones, ya sea por quemar el asado o por derramar el café en el traje del jefe de su esposo.

Los sicólogos de la conducta humana demostraron recientemente que en los llamados "accidentes" la ira latente desempeña un papel más importante de lo que se creía. Por ejemplo, en un estudio especial se comprobó que en un grupo de automovilistas que habían sufrido accidentes graves de tráfico se advertían mayores muestras de iracundia que en otro grupo semejante donde nunca se habían registrado percances serios.

Y por extraño que parezca, cuando nos enfurecemos y no lo advertimos, la cólera se trasforma muchas veces en angustia. Abundan los médicos convencidos de que la ira reprimida es un factor decisivo en la etiología de la úlcera gástrica, así como en la de ciertos casos de hipertensión arterial, jaquecas recurrentes y colitis. Por ejemplo: tras un estudio de niños que padecían colitis ulcerativa, se descubrió que todos ellos tenían dificultades para exteriorizar sus resentimientos. Es innegable: muchas enfermedades obedecen menos a lo que uno come que a lo que "come" a uno.

Puesto que son inevitables las frustraciones y la ira resultante, importa mucho a nuestro equilibrio físico y emocional encauzar el poder de la ira en favor nuestro, sin dejar que se vuelva contra nosotros. He aquí algunos consejos para domar la ira y para que el lector sepa aprovecharla:

DANIEL SUGARMAN, doctor en filosofía, es sicoterapeuta y sicólogo en el Hospital de San José en Paterson (Nueva Jersey). Ha escrito, en colaboración con Lucy Freeman, *The Search for Serenity* ("La busca de la serenidad").

1. *Reconozcamos que la ira es una emoción normal.* Hace poco tiempo un señor de cierta edad, muy dueño de sí, me contó que tuvo que hacer cola en una gasolinera durante un tiempo al parecer interminable. Ya llegaba a la bomba cuando el empleado le dijo que se había agotado el combustible. "Me enfurecí tanto", me aseguró el señor, "que perdí los estribos. Salí del coche y grité como un orate. Temo estar terriblemente mal".

Aunque el proceder de este automovilista no haya sido precisamente constructivo, su enojo fue completamente normal. En efecto, los sicólogos aseguran que la frustración (es decir, el no alcanzar el fin perseguido) es madre de la ira. Por tanto, como rasgo natural de nuestra condición humana, todos debemos exteriorizar sincera y francamente nuestra reacción de enfado.

Resulta más difícil reconocer que también nos disgustamos profundamente con las personas de nuestro mayor afecto. Traté recientemente a una joven madre, próspera secretaria de un despacho de abogados; el esposo y ella deseaban tener un hijo desde hacía años, pero sin éxito. Por fin la señora fue madre de un robusto varón. Pero en vez de sentirse colmada de dicha, al poco tiempo empezó a mostrarse cada vez más deprimida y angustiada, y lloraba sin cesar. "Debo de ser una mujer muy mala", me confesó. "A veces siento el impulso de hacer daño a la criatura".

Al cabo de varias sesiones mi paciente comprendió que la ira contra su hijo era tan natural como el amor que le inspiraba. Lo cierto era que aquel niño tan anhelado la había obligado a renunciar a un empleo muy interesante para ella y le exigía casi toda su atención. Poco después de aceptar que cierto grado de resentimiento era en su caso perfectamente normal, desapareció su desasosiego.

2. *Investiguemos el motivo real de nuestro enojo.* Es frecuente que descarguemos la ira en un momento inoportuno, en algún inocente o por un motivo que no es tal. (Muchas personas llenas de prejuicios son en realidad seres desgraciados e irritables que no se atreven a dirigir su encono a la verdadera causa de sus frustraciones y recurren a víctimas expiatorias.) Percatarnos de la fuente real de la desavenencia evita a menudo el perjudicial e injusto estallido.

Una joven maestra acudió a mi consultorio: tenía en su escuela fama de "gritona". Sus exabruptos eran el terror de sus discípulos del tercer grado de primera enseñanza. Al poco tiempo de tratarla quedó en claro que su conducta reflejaba el disgusto de cuidar ella sola a su padre senil. Como ella era soltera, sus tres hermanos mayores habían dejado en sus manos al viejo cascarrabias. Cuando descubrió el verdadero motivo de su irritación, la maestra habló con toda franqueza con sus hermanos, que ahora se ocupan más de su anciano padre. Y ha disminuido considerablemente

en ella la tendencia a descargar su enojo en los alumnos.

3. No dejemos que la ira se acumule. Muchas personas suelen retraerse en un silencio hostil cuando sienten cólera, porque ignoran que la expresión verbal del enojo da cierto alivio, e incluso puede resolver el conflicto. Gran número de padres de familia enseñan a sus hijos (generalmente por el ejemplo) a expresar la irritación en forma directa, aunque no violenta. Los menores aprenden así que desahogar francamente nuestro enfado refresca el ambiente como el chubasco estival y sirve para establecer a continuación una buena inteligencia.

No hace mucho traté a un cliente profundamente deprimido cuya capacidad de trabajo había bajado en forma progresiva. Su trastorno derivaba de las glaciales relaciones con su jefe, hombre aún joven, que pasaba por alto las recomendaciones de su empleado con una sonrisa desdeñosa unas veces o con un brusco rechazo otras. Incubando su resentimiento, mi paciente se refugió en sí mismo y se tornó malhumorado y negativo.

Le aconsejé que hablara con su jefe en la forma más tranquila y franca. Al fin lo hizo y expuso sus agravios abiertamente, aunque sin amargura. Por fortuna aquel joven comprendió los sentimientos del viejo empleado y empezó a tratarlo con respeto.

La ira que no se descarga es como una bomba de tiempo. Si no la neutralizamos, llegará a destruir una amistad, una existencia e incluso toda una familia.

4. Descarguemos la ira en nuestro trabajo. Muchas causas, grandes y pequeñas, han progresado con el fuego latente de la ira. En efecto: sin ésta, ¿quién clamaría contra la injusticia? A principios de este siglo, por ejemplo, el joven norteamericano Clifford Beers, estudiante universitario, sufrió una postración emocional. Consternado por la ineficaz asistencia hospitalaria de que fue objeto, anotó cuidadosamente las injusticias e indignidades y, ya recuperado, ayudó a fundar muchas sociedades de higiene mental; sus iracundas protestas dirigidas a los cuerpos legislativos estatales de su país redundaron en garantías para evitar que se tratara con crueldad a las nuevas generaciones de enfermos mentales.

Sin embargo, cuando la ira no se puede expresar en forma tan directa, hay que recurrir a otros desahogos. Resulta valiosísima la aptitud de cultivar alguna afición. Cualquier actividad física (cortar leña, pintar una habitación, deshierbar el jardín) puede sernos muy útil, porque ayuda a aliviar la tensión nerviosa y a devolvernos la ecuanimidad.

Por tanto, no dejemos que nos consuma la ira. Busquemos la manera de aprovechar la energía inherente a esta emoción. Podemos trasformarla en un eficaz instrumento de sana superación personal y de toda clase de actividades constructivas.



*Esta extraña "ave" que no vuela, es miope,
no tiene cola y presenta un aspecto arcaico, ha llegado
a ser el emblema nacional de Nueva Zelanda.*

Simpático y resistente kiwí

Por R. M. Lockley

*Extraño ser, más miope que el
murciélago, olfatea de noche
su alimento con pico largo,
curvo y gran nariz. Y plañe sin
cesar: "¡Kiwí, kiwí!"*

El kiwí, vívidamente descrito en estos versos anónimos, ha llegado a ser uno de los emblemas nacionales de Nueva Zelanda (junto con la Cruz del Sur y el helecho plateado), sólo por tratarse de un animal privativo de ese país. Pero la elección no ha resultado mala. El macho, por lo menos, posee notables cualidades: es trabajador, valiente, abnegado, padre y marido ejemplar. Sin duda tal conjunto de virtudes

morales debería enorgullecer al neozelandés cuando le llaman "kiwí" los naturales de otras naciones de la Mancomunidad Británica.

Pocas personas han tenido la oportunidad de ver un kiwí en libertad, y yo me consideré muy afortunado cuando, en las montañas Murchison de Fiordland, pude observar una noche de luna cómo una de estas aves ápteras, sin cola y miopes, buscaba olfateando en silencio gusanos, larvas y bayas. Los bigotes, duros y semejantes a los de un gato, le permitían guiarse por el tacto a través de la fina hierba. Conocedor de la agudeza de su oído, permanecí absolutamente inmóvil, y el pájaro pasó a un metro de mí sin advertir mi presencia. Era una hembra, reconocible por su mayor tamaño, pico más largo y voz más ronca. Comenzó a gritar respondiendo al reclamo más suave y musical de un macho distante, que emite un prolongado *ki* seguido de un *uí*, lo cual ha dado origen a su nombre maorí.

Me pregunté por qué un pájaro de aspecto tan arcaico y casi ciego no había corrido la suerte del dinornis, del dodo, de la gran alca y de otras aves ápteras o sin alas, que no pudieron adaptarse a los cambios del medio o fueron exterminadas por el hombre. Yo hubiera podido matar aquella con un palo.

En realidad es un enigma que el kiwí haya logrado sobrevivir, si se tiene en cuenta lo vulnerable que es y las muchas invasiones y perturbaciones registradas en su hábitat. Comenzaron hacia la época en que los antiguos escandinavos o normandos se hicieron a la mar en sus barcos de altas proas para saquear y colonizar las costas europeas. Entonces los guerreros polinesios partían de Haiwaiki (hoy Tahití) y recorrían el Pacífico central en busca de nuevas tierras. Según la tradición, una canoa polinesia fue arrastrada por la tempestad 4800 kilómetros hasta una isla alta y coronada de nieve que los tripulantes llamaron Aotearoa (Tierra de la Larga Nube Blanca). No crecían allí cocoteros, plátanos ni árboles del pan, pero en el mar y en las costas abundaban peces, mariscos, focas y pingüinos, y en las selvas primitivas se podía cazar con trampas o cepos dinornis, kiwís y otras aves ápteras.

Estos nuevos colonizadores, los maoríes, cazaban los kiwís por su deliciosa carne; los atraían imitando su grito y utilizaban perros para que descubrieran con el olfato sus escondrijos en agujeros y troncos huecos. Las plumas se destinaban a hacer el *kahu*, vestidura ceremonial de lino con plumaje de kiwí entretejido.

El capitán Cook fue el primer europeo que desembarcó en Nueva Zelanda, en 1769, y por entonces los kiwís habían aprendido a recelar del hombre. Ni siquiera se les menciona entre "las varias clases de aves comestibles" que la tripulación cazaba para alimentarse. El primer kiwí que llegó a Europa fue el que cobró Andrew Barclay, capitán del navío *The Providence*, en el estre-

cho de Dusky, en 1813. Al principio se creyó que era un fraude. ¿Podrían presentar seriamente al mundo científico como ave a aquel ser de color pardo mate, de unos 45 centímetros de longitud, sin cola, con alas atrofiadas, orificios olfativos en el extremo del pico, enormes patas y un plumaje primitivo semejante a piel?

En realidad la llegada de los europeos a Nueva Zelanda casi impidió a los científicos seguir estudiando aquella extraña criatura. Por ejemplo, Cook introdujo cerdos en la isla, y poco después llegaron cazadores a perseguir con sus perros a los cerdos cimarrones. Entre unos y otros hozaron nidos de kiwís y de otras aves habitantes del suelo, y devoraron huevos y polluelos. A este peligro se añadió el de los armiños, llevados allí para exterminar a los conejos, pero que a fines del siglo XIX se reprodujeron abundantemente en los bosques y se alimentaron con preferencia de la dócil ave neozelandesa.

Pero fue el hombre mismo la mayor amenaza para el kiwí. A mediados del siglo XIX los colonizadores blancos se establecieron en gran número en el país, y los kiwís, ahuyentados por la tala de árboles, la quema de malezas y la roturación de tierras, sobrevivieron principalmente en remotos y áridos desfiladeros y en las montañas de zonas lluviosas. Por último, a menudo fueron víctimas inocentes de trampas dispuestas para cazar zarigüeyas australianas, que destruyen las plantaciones de árboles.

No es extraño, por tanto, que muy pocos "kiwís" humanos hayan visto al ave nocturna y esquiva que inspiró el mote de los isleños. Propiamente, hasta 1947 los neozelandeses y los naturalistas no conocieron de cerca este simpático y excéntrico animal.

Debemos nuestro incompleto conocimiento del estilo de vida del kiwí al desaparecido Frank Robson, amable y observador guardabosque del coto de caza de Greenmeadows. Robson fue en gran parte responsable de la población de faisanes del distrito, pero su afición a todos los seres silvestres y la especial ternura y habilidad con que curaba a los pájaros heridos eran tan conocidas que inmediatamente le llevaron un kiwí hallado en una trampa con una pata casi desprendida. Frank no sólo consiguió que el ave sobreviviera, sino que le improvisó una pata de madera, y "Pedro pata de palo" pasó el resto de su vida en Greenmeadows, convertido en una especie de celebridad nacional. Robson curó otros kiwís heridos, domesticó varios más y llegó a ser una autoridad en esta especie.

Pero su mayor hazaña, que con seguridad le ganará una mención en la historia de Nueva Zelanda, fue criar por primera vez un kiwí en cautividad. Por fin se pudo estudiar la biología de esta ave nocturna y recelosa, y tal conocimiento resultó asombroso.

Como los kiwís no pueden verse unos a otros con claridad, se aparean de noche tras olfateos y sonidos

que equivalen a una conversación de galanteo. Nada ocurre durante el día; la construcción del gran nido de paja y ramas está a cargo del macho; su compañera se limita a observar los trabajos con poco interés y es raro que aporte una brizna de hierba como contribución. Tal actitud de la hembra continúa durante la crianza: el padre se afana en todos los menesteres, mientras la madre, sin duda la hembra más liberada del reino animal, casi no interviene.

Poco después de la puesta la madre abandona el nido, y el macho procede a la incubación inmediatamente y con tanto celo que se le ha visto ayunar toda una semana sin abandonar la tarea; cuando lo hace de noche en busca de alimento, oculta el nido con el mayor cuidado.

La perezosa hembra, atiborrada de gusanos y larvas, visita el nido de dos a cuatro semanas después de haber comenzado la incubación, y a veces deposita un segundo huevo. El macho lo acepta de buen grado (en ocasiones hasta un tercero). Arrancándose plumas de pecho y muslos, expone una superficie de piel desnuda contra la cual empolla sus tesoros, dándoles el calor de su sangre durante un lapso de 72 a 84 días.

Cuando llega el momento de romper el cascarón, el pollo abre un agujero con el pico, inserta una uña en él y queda libre. Sale con el plumaje completo, aunque cubierto de un vellón parecido al limo. Tiene los ojos abiertos, pero no puede sostenerse en pie. El amoroso padre a veces se come el cascarón, y sigue calentando al recién nacido hasta que el limo se seca y se cae. El polluelo vive cómodamente en el nido durante seis días, alimentándose con los residuos de la yema; el padre apenas prueba bocado durante ese tiempo.

Hacia la sexta noche deja que el pollo se aventure en su primera expedición. La hambrienta cría busca instintivamente gusanos con su corto pico; sus métodos de caza no son muy perfectos, pero consigue suficientes larvas para subsistir.

Conmueve ver con qué amor protege el padre al hijo en el coto de Greenmeadows. Si le parece que amenaza un peligro porque se acercan visitantes (descubiertos por el ruido de las pisadas, no por la vista), se abalanza contra el intruso, a veces con tan ciego furor que choca violentamente contra las botas o contra la cerca.

Aunque el kiwí mide apenas de 30 a 60 centímetros de altura, no hay que menospreciar su agresividad. En cautiverio suele aprender a reconocer a su guardián y se comporta casi afectuosamente con él, permitiéndole que lo toque o acaricie. Pero el hombre debe andar con cuidado. Cualquier movimiento brusco provocará una fuerte patada capaz de producir un doloroso desgarrón. Ahora se cree que en su ambiente natural el kiwí adulto, con sus vigorosas patas, puede desafiar y repeler gatos, hurones, armiños, comadrejas y roedores.

No cabe duda de que los estudios de kiwís cautivos hechos en Greenmeadows han permitido a los naturalistas comprender mejor al insólito pájaro. Sin embargo todavía persiste una duda: ¿Dejará el hombre suficiente lugar al kiwí para que sobreviva?

Si bien se reproduce en los parques zoológicos y en las reservas de fauna, no lo ha hecho hasta ahora más de dos generaciones. Se le ha llevado a algunas islas apartadas que reserva el Estado para animales en peligro de extinción, y allí se ha adaptado con éxito y definitivamente. En las principales de Nueva Zelanda se advierten indicios de que está aprendiendo a vivir y a medrar junto al hombre. Bien protegido por la ley desde 1896, el kiwí también se ha beneficiado con los recientes esfuerzos orientados a conservar las selvas naturales. Aquí y allí algunos agricultores y terratenientes aficionados a los pájaros preservan zonas de malezas y permiten que los canales y los arroyos se depuren. Se sabe que algunos kiwís están aprovechando esas facilidades de territorio, e incluso se acostumbran a buscar el alimento de noche en los parques, pues se han oído sus reclamos mientras se aplican laboriosamente a perseguir gusanos y gorgojos entre la hierba.

¡Buena suerte al simpático y resistente kiwí!

CUANDO el rey Jorge V y la reina María eran todavía príncipe y princesa de Gales, fueron una vez a visitar al almirante sir John Fisher, comandante en jefe de la flota británica, en Portsmouth. Para agasajar al Príncipe, sir John lo llevó a dar un paseo en un submarino. Al irse sumergiendo la nave, la Princesa, conocida ya entonces por su aplomo real, observó: "Quedaré muy contrariada si Jorge no vuelve a salir". —D.B.

Mundo motorizado

AL REGRESAR de un viaje de negocios, un señor encontró pegado al volante de su automóvil un papel que decía: "Querido papá: te dejé el coche limpio por dentro y por fuera. Ojalá te guste. Hice este trabajo en agradecimiento por haberme prestado el auto mientras estuviste de viaje. Muchas gracias. Tu hija que te quiere, María. P.D.: El pedazo que le falta al guardafangos lo encontrarás en el portaequipaje". —M.T.

UN CHINO nacido en los Estados Unidos fue hace poco a Taipeh, donde lo llevaron a todos los lugares que suelen visitar los turistas.

—¿Quieres ver algo más? —le preguntó un amigo.

—Sí: el barrio chino —dijo el visitante. —*Taiwan Daily News,* de Taiching

"Centro de potente espiritualidad", Montserrat atrae peregrinos y visitantes de todo el mundo.

POR RAÚL VÁZQUEZ DE PARGA

Montserrat, santuario de Cataluña

EL VIAJERO empieza a sentir la imponente majestad de Montserrat cuando distingue su silueta en la lejanía. Erguida en la planicie central de Cataluña, esta montaña sagrada se ajusta a la descripción que hizo de ella el papa Pío XII: "Un centro de potente espiritualidad". Por encima de sus acantilados cortados a pico, las muchas cimas grises de Montserrat se suavizan en un sinfín de formas que fingen tubos de un órgano gigantesco o, quizá, todo un panorama de monjes encapuchados que se inclinan en actitud orante.

Estas creaciones naturales son como la antesala de la abadía de Montserrat, conjunto de edificios cuadrangulares encaramados a 723 metros de altitud sobre un saliente rocoso. Construida de piedra extraída de las laderas, la abadía benedictina está unida a la montaña por el ambiente y por un milenio de trágica y ejemplar historia.

Por fortuna para los forasteros, el monasterio no es un inaccesible nido de águilas; sus monjes han ofrecido a todos hospitalidad y asilo durante casi mil años. En 1972, 1.300.000 visitantes de todo el mundo escalaron las alturas de Montserrat.

Naturalmente, pocos de ellos hicieron la ascensión a pie, como era el caso de los peregrinos en la edad media. Los de hoy llegan en coches y autobuses por dos carreteras bien asfaltadas. O salvan los riscos y, en ocho minutos, llegan a la puerta de la abadía mediante el funicular que cruza el río Llobregat, lo que constituye uno de los recorridos

más emocionantes de Europa. Otro funicular conduce a la cima del pico más alto de Montserrat, San Jerónimo, de 1235 metros, desde el cual se baja por un sendero serpenteante hasta la abadía. El primero de estos funiculares enlaza con los trenes de los Ferrocarriles Catalanes que van a Barcelona, situada a 60 kilómetros al oriente.

Durante los días de verano unos 15.000 turistas pululan por la montaña. Y a la una de la tarde la basílica rebosa de gente de todos los credos, mientras la Escolanía, el famoso coro infantil de Montserrat, llena las naves del templo de dulces y cristalinas notas. Nadie sabe los años que tiene la Escolanía, pero algunos documentos indican que los niños interpretaban ya los cantos litúrgicos del monasterio en el siglo XIII.

Los muchachos de 10 a 15 años que integran el coro cantan loas a la Virgen Morena (La Moreneta) de la montaña. Se trata de una imagen de madera de la Madre de Dios, de rostro oscuro, ennegrecido por los siglos y el humo de las velas, que se venera en un bello marco de oro y plata en lo alto del altar mayor. Ante ese altar, en 1522, Ignacio de Loyola depuso su espada y prometió consagrarse al servicio de Dios.

La talla de madera con la Virgen sedente, de 95 centímetros de altura, se venera desde hace 700 años y es un soberbio ejemplar del arte románico. La corona y las vestiduras son doradas, y en el regazo se

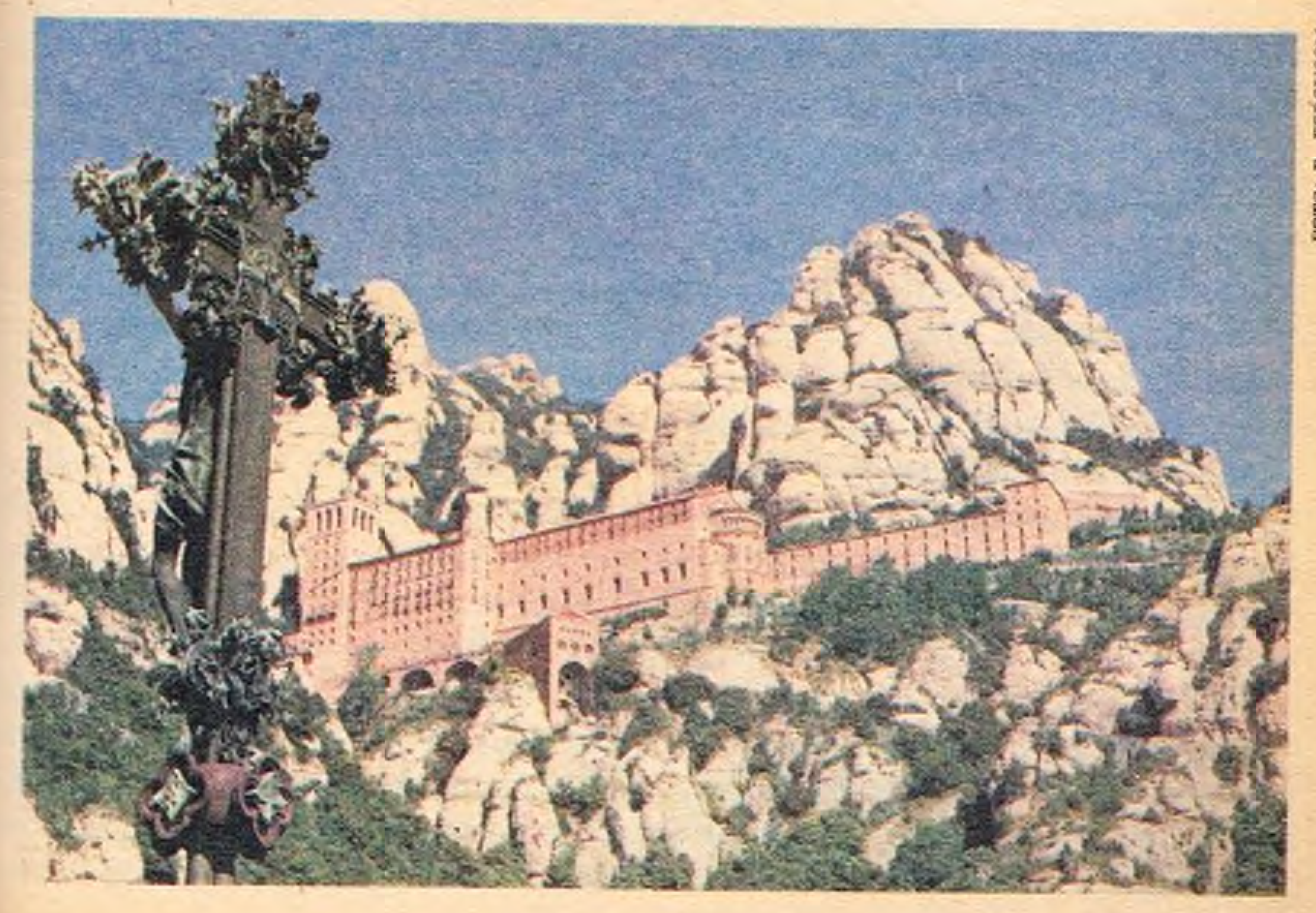
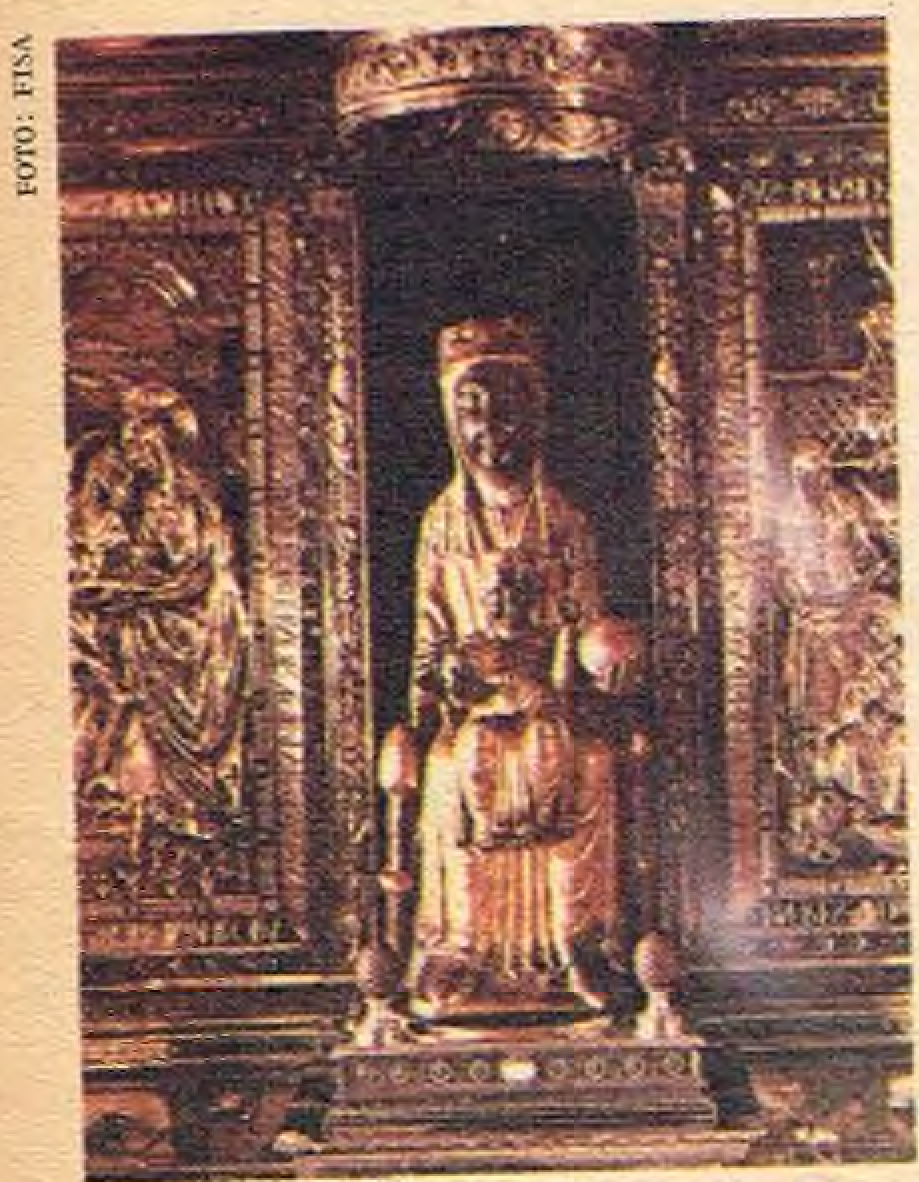


FOTO: R. FERGUSON

FOTO: FISA



He aquí la imagen de madera de Nuestra Señora de Montserrat, la venerada Moreneta que, en un bello marco de oro y plata, preside el altar mayor de la basílica.

sienta el Niño Jesús. Según la leyenda, la Virgen se apareció en la montaña, en medio de un gran resplandor, a unos pastores. Hoy se puede bajar en funicular a la cueva donde se encontró la imagen cuando se extinguió esa luz sobrenatural.

Tantos hechos milagrosos se atribuían a la Virgen durante la edad media que muchos devotos subían a Montserrat, incluso de rodillas, para orar ante ella. La mayoría de los milagros consistían en curaciones de enfermos y auxilios divinos en el campo de batalla. Pero en cierta ocasión subieron trabajosamente la montaña dos marinos catalanes con dos cocodrilos disecados para ofrendárselos a la Virgen. Ambos navegantes refirieron a los atónitos monjes que aquellos saurios los habían acometido cuando arribaron, sobrevivientes de un naufragio, a una costa tropical; pero que la Virgen de Montserrat paralizó a los cocodrilos de modo que los marinos pudieron dominarlos y matarlos fácilmente. Un dibujo de principios del siglo XIX, en un ruinoso claustro de la abadía, conmemora este relato extraordinario; en él se ven claramente los restos de los cocodrilos colgados de las vigas.

Con las conquistas españolas, el culto a la Virgen se propagó allende los mares. En los territorios italianos sometidos al dominio de la corona catalanoaragonesa, 150 iglesias y capillas fueron dedicadas a la Virgen de Montserrat a partir del siglo XIV. Los primeros templos de México, Chile y Perú se levantaron también en su honor, y se dio el nombre de Montserrat a ciudades y pueblos de toda Sudamérica, así como a una isla de las Antillas.

Nuestra Señora de Montserrat es la patrona de Cataluña, y figuran imágenes suyas a la entrada de innumerables hogares de la región. Miles de muchachas catalanas se llaman Montserrat. Y hay un dicho catalán que reza: *No és ben casat qui no duu la dona a Montserrat* ("No está casado de verdad el que no lleva a su esposa a Montserrat"). La abadía es escenario de una boda diaria, por lo menos. Las parejas que se casan en otros lugares van a menudo desde la iglesia, y en ropas nupciales, a Montserrat

para depositar flores a los pies de la imagen de la Virgen.

La abadía ha reunido una impresionante colección artística. Muchos amantes del arte suben hasta allí con el único propósito de ver los 64 cuadros de valor inapreciable que se exponen en la pinacoteca, junto a la entrada de la basílica. (Se encuentran entre los tesoros de este museo obras de Brueghel, Caravaggio y Zurbarán, así como un cáliz y unas vinajeras donadas en el siglo XVII por el emperador Fernando III de Austria, en agradecimiento a la Virgen de Montserrat por haber alcanzado una victoria sobre el rey Gustavo de Suecia.) También se exhibe un poco del moho que utilizó el Dr. Alexander Fleming en sus investigaciones coronadas por el descubrimiento de la penicilina; le fue entregado personalmente al abad por el gran bacteriólogo inglés. En la planta alta hay utensilios de bronce, tabletas con escritura cuneiforme y una momia egipcia completa, que forman parte de una colección de antigüedades del mundo del Antiguo Testamento: el Museo Bíblico de Montserrat.

Hasta para la mirada más profana Montserrat es un paraje celestial. Desde su cima, la vista se extiende hasta el Mediterráneo; amenos senderos serpentean entre parajes abovedados por olmos y robles, que llevan a praderas propias para las meriendas campestres, y se extienden por umbríos bosquecitos. Los botánicos han encontrado en Montserrat 2000 especies de flores silvestres. Los aficionados al ejercicio disfrutarán subiendo las sendas que se entrecruzan en los cinco kilómetros de anchura y diez de longitud de Montserrat; los montañeros verán un reto constante en el picacho de San Jerónimo, pulido como un guijarro.

Mucho antes de la era cristiana, los hombres buscaron en Montserrat seguridad y aislamiento; en una ladera se han encontrado piezas de cerámica del hombre de la edad de piedra y de la del bronce, y dos esqueletos de iberos, uno de los primeros pueblos históricos de la Península Ibérica.

Después de que Wifredo el Velloso, conde de Barcelona, arrebató la montaña a los moros a fines del siglo IX y cristianizó la región, se levantaron ermitas en los altivos riscos de Montserrat, como altares votivos. Hacia 1025 el abad de Ripoll, Oliba, bisnieto de Wifredo, fundó un monasterio en la montaña, donde los monjes benedictinos de San Benito pudieran, en pleno aislamiento, poner en práctica las enseñanzas de San Benito: *ora et labora*. En 1409 el monasterio alcanzó la dignidad de abadía.

Con la entrada de las tropas napoleónicas en España, Montserrat vivió un oscuro período. Las autoridades militares de Barcelona fortificaron la abadía y algunas ermitas, y en tres incursiones sucesivas los invasores dieron muerte a cuatro monjes y dos ermitaños inermes. Las ermitas fueron demolidas, y la basílica, con dimensiones de cate-

dral y erigida en 1605, fue saqueada e incendiada. En la noche del 31 de julio de 1811 la soldadesca voló las carbonizadas ruinas. Cuando los monjes sobrevivientes salieron de sus escondites, vieron horrorizados que la abadía no era sino un montón de cenizas y escombros.

A las pocas horas los monjes se esforzaban ya en colocar en su lugar piedras ennegrecidas, para hacer una capilla a la venerada Virgen. Su único consuelo era que los franceses no habían descubierto el lugar donde estuvo escondida la imagen: una de las doce ermitas de la montaña.

Pero no habían terminado las calamidades. En los 30 años siguientes la guerra civil y la revolución asolaron a toda España. Los monjes de Montserrat sufrieron prisión y vejámenes; varios de ellos perecieron asesinados. Hicieron añicos las reliquias de la iglesia. La Virgen fue despojada de sus joyas y, en 1835, el gobierno se incautó definitivamente de todos los bienes de la Iglesia y de las propiedades monásticas, con el propósito de mejorar la hacienda pública. El monasterio se clausuró, los monjes se dispersaron y los niños del coro volvieron con sus padres. La Virgen quedó escondida en el granero de un labrador de confianza, en Marganell.

El largo período de reconstrucción empezó en 1844, cuando el monasterio volvió a abrir sus puertas como santuario, a petición de la reina regente María Cristina. De nuevo, durante la guerra civil española de 1936 a 1939, las gavillas revolucionarias saquearon la montaña, pero el monasterio fue respetado.

Actualmente la abadía es el centro de un bullente pueblo que cuenta con una oficina de correos, una confitería, dos espaciosas cafeterías, un restaurante de primera y dos hoteles excelentes. Una tienda de recuerdos vende, entre otras cosas, tarjetas postales y objetos de cerámica que hacen los monjes.

El abad, don Joan Cassià Just, vela por una comunidad de unos 80 monjes, 100 obreros residentes y unos 450 empleados de jornada completa, procedentes de los pueblos cercanos. El monasterio recibe una continua afluencia de peregrinos catalanes que acuden en romería a ver a la Virgen. La abadía de la montaña proporciona al que desee pasar unos días, o incluso semanas, aposentos austeros, pero inmaculados, tanto individuales como familiares, a un precio inferior al de los hoteles. Existe también la posibilidad, para quienes buscan retiro, de pasar unos días en el monasterio con los monjes, entregados al estudio y a la meditación.

Con una biblioteca de 200.000 volúmenes, los monjes perpetúan su antigua tradición de preservar la cultura, en especial la catalana.

La más famosa de sus publicaciones, la *Biblia de Montserrat*, es la única en lengua catalana con exégesis. Los eruditos de la abadía han publicado 26 volúmenes desde 1926. A principios de 1973 se vendieron,

con dos meses de anticipación, los 82.000 ejemplares de 464 páginas de la edición de bolsillo del Nuevo Testamento en catalán.

Serra d'Or, la primera revista importante en lengua catalana editada después de la guerra civil, es una publicación de Montserrat que tiene ya 15 años en existencia; trata asuntos culturales de interés general, y su tirada mensual es de 18.000 ejemplares. La abadía publica cinco revistas. Para una de ellas, destinada a los niños, adquirió los derechos de traducir al catalán las populares historietas de *La pantera rosa* y *Astérix,* que otros importantes editores descartaron por considerarlas poco lucrativas en un mercado en que domina el castellano. "Estamos dispuestos a sufrir pérdidas si esto permite que los niños tengan un mayor contacto con su lengua nativa", dice el padre Josep Massot, director de las publicaciones.

El padre Massot es un típico ejemplo del monje moderno de Montserrat. Atiende devotamente a todos los servicios religiosos de la basílica, pero en muchas ocasiones cambia su hábito por ropas seglares para hacer un viaje a Barcelona y hablar de negocios. Me quedé sorprendido cuando, una mañana, vi a dos monjes jóvenes que, con pantalón vaquero y playera, se dirigían al funicular. Iban a una casa de campo, a tres kilómetros de distancia, propiedad de la abadía. Durante el verano los monjes pasan unas horas de descanso a la semana en esa casa, donde hay piscina.

Esa misma atmósfera de sencillez respiran los niños del coro. Paseando por el pabellón de la Escolanía, situado tras la basílica, me topé con esos muchachos, de gran recogimiento ante el altar, que jugaban al baloncesto en sus campos al aire libre o devoraban revistas de historietas con el mismo entusiasmo que ponen al interpretar las cantatas de Bach.

La Escolanía es en la actualidad una prestigiosa escuela de primera enseñanza especializada en música. Durante siglos fue casi un seminario menor. Muchos de sus graduados ingresaban en el monasterio; otros eran solicitados por iglesias de toda España como maestros de coro y organistas. Pero el tiempo y las distracciones de la vida moderna han originado cambios profundos. Aunque el abad Cassià Just es un ex escolán, uno de los últimos estudiantes que se hizo monje fue el padre Bernabé Dalmau, de la promoción de 1953. Pocos graduados de hoy se especializan después en música, si bien entre los alumnos recientes hay compositores y organistas de catedral. "Ante todo, un escolán aprende a amar la música para toda su vida", dice el padre Bernabé, que posee una de las voces más hermosas del coro de hombres.

No cualquier niño puede ser escolán. Cada año son presentados por sus padres docenas de aspirantes, y se seleccionan los diez o doce finalistas para empezar el curso en otoño. Se exige un año de estudio antes de poder cantar en el coro, y tam-

bién se ha de estudiar piano y algún otro instrumento (el 50 por ciento escoge el violín). La lección diaria de canto dura una hora, y hay 15 minutos de vocalizaciones. No es extraño que la Escolanía haya grabado casi 90 discos de música religiosa que merecieron la aclamación de los críticos del mundo entero.

Antes de la diaria actuación pública de la Escolanía en la basílica, un monje se adelanta hasta un atril y habla sucesivamente en inglés, alemán, francés, castellano y catalán. "Ahora", dice, "antes de que el coro de niños cante la *Salve a la Virgen*, que cada uno de los presentes rece en su propia lengua el padrenuestro".

Cae la tarde, y la mayoría de los turistas se han marchado. Entonces vienen a la basílica los fieles catalanes, y los monjes entonan el *Virolai:*

Rosa d'abril, Morena de la serra,
de Montserrat Estel,
illumineu la catalana terra,
*guieu-nos cap al cel.**

*Rosa de abril, Morena de la Montaña,
estrella de Montserrat,
esparce la luz sobre la tierra catalana
y guíanos al cielo.

El optimista ya ve la cicatriz sobre la herida; el pesimista todavía ve la herida bajo la cicatriz. —Ernst Schröder, citado por Janik Press Service

---

Todavía hay mucho campo para mejoras en los apartamentos modernos. Aunque, por ejemplo, hoy es posible oír el programa de televisión que ha sintonizado algún vecino nuestro, todavía no podemos verlo. —Karl Farkas

---

Nuestro médico, que al mismo tiempo es amigo nuestro, es un cazador entusiasta. Al examinarme recientemente me contó que había cazado un venado y me dio el hígado en una bolsa trasparente. Ya salía yo de su consultorio por la sala de espera, cuando su esposa me llamó y me dijo: "Olvidaste tu hígado", y movió alegremente la bolsa de plástico frente a los perplejos rostros de los pacientes que esperaban turno. —R.Z.

Alto mando

Cuando estaba haciendo sus estudios de posgraduado, mi marido llamó a varias bases cercanas de la Fuerza Aérea para preguntar si podría usar unos antiguos silos de cohetes para sus experimentos de rayos cósmicos. Al hacer una de las llamadas marcó un número equivocado. Cuando alguien contestó el teléfono, mi esposo pidió hablar con el comandante de la base. Tras un largo silencio, oyó una voz masculina que gritaba: "¡Querida: es para ti!" —*Telephone Talk*

LO NUEVO EN LA CIENCIA

LADRONES POR COMPUTADORA

ARMADOS generalmente con algo tan poco mortífero como un título en electrónica avanzada, los "ladrones por computadora" han iniciado una ola de robos electrónicos que está costando muchísimos millones de dólares a los bancos, a las compañías de computadoras y a las sociedades anónimas.

El cajero general de la sucursal de un banco de Nueva York acumuló más de un millón y medio de dólares en tres años con sólo manipular las cuentas inactivas e introducir información falsa en la computadora del banco. Lo sorprendieron por mera casualidad, cuando la policía allanó las oficinas de un agente de apuestas y encontró constancias de que el funcionario había estado apostando sumas hasta de 30.000 dólares diarios.

Lo que dificulta extraordinariamente la captura de estos ladrones es la terrible complejidad de los programas de computadora. La única manera segura de detectar una manipulación sería inventar otro que sirviera para hacer la auditoría de las operaciones internas de esas máquinas. "Por desgracia", declara John Weil, técnico de la compañía Bendix, "nadie sabe hasta la fecha cómo se elaboraría semejante programa".

Hasta ahora las compañías sólo han visto un débil rayo de esperanza. Según parece, una vez descubiertos, varios ladrones estarían dispuestos a volver a encauzar sus habilidades por las vías legales, aconsejando a sus clientes para que aseguren sus computadoras contra los malos manejos. *—Newsweek*

SECRETOS DE LOS INSECTOS PICADORES

¿PICAR o no picar? ¿Cómo lo deciden la mayoría de los himenópteros? El entomólogo Roger Morse, de la Universidad de Cornell, informa que los insectos picadores son incitados por los perfumes, las pomadas, el movimiento, las telas corrientes de colores oscuros y el sudor. Las avispas de bandas amarillas, los picadores más molestos, se alimentan de proteínas y las atraen los excursionistas que llevan al campo salchichas, hamburguesas y pollo frito.

Si desea usted evitar las picaduras

de insectos en la próxima merienda campestre, permanezca completamente inmóvil y perfectamente limpio, vestido con telas suaves y de colores claros. Y ante todo, recuerde: NO COMA.

Pero si aun siguiendo estos consejos le pican los insectos y no presenta una reacción alérgica, Morse nos consuela con este descubrimiento: las picaduras de insectos, repetidas, confieren a algunas personas inmunidad a la especie que les pique a menudo.

—Mort La Brecque, en *The Sciences*

EL MATRIMONIO Y EL ÉXITO

EL ÉXITO en el matrimonio y en los negocios van de la mano, afirma el profesor John Tropman, de la Universidad de Michigan, después de haber medido los adelantos de 6000 varones norteamericanos entre las edades de 45 y 54 años, y tras de comprobar su actual estado civil. Los que más habían progresado eran los casados, en primeras o sucesivas nupcias.

"La imagen estereotipada del hombre que se mata trabajando hora tras hora y acepta nuevas obligaciones a costa de sus deberes para su familia, acaso no sea completamente real", concluye el profesor Tropman. "Tal vez no es la carrera la que pone en peligro al matrimonio, sino más bien el fracaso matrimonial lo que perjudica a la carrera del hombre".

Y agrega que la idea de que el progreso produce tensiones posiblemente se justificaba en el pasado, pero en la sociedad contemporánea la movilidad es cada vez más general. Es posible que el estancamiento en la carrera del hombre, y no el progreso, sea causa de que se presenten dificultades en el matrimonio.

—*Science Digest*

EL ALGODÓN GANA UNA BATALLA

LOS AGRÓNOMOS de Tejas han seleccionado una mata de algodón más pequeña que la ordinaria y que crece con mayor rapidez, lo cual es una mala noticia para el gorgojo del algodón.

La nueva variedad madura a principios de la estación, antes de que el insecto (que en gran número horada y arruina las fibras del algodón nuevo), tenga tiempo de reproducirse. En efecto, la planta "se adelanta" al gorgojo barrenador.

El algodón de temporada corta se produjo cruzando variedades de plantas enanas. Se necesitan de siete a ocho generaciones de esta "ingeniería genética" para producir "una nueva variedad con diferencias importantes", informa G. A. Niles, de la Universidad A & M de Tejas, uno de los científicos que trabajaron en este programa, y agrega: "Para los cultivadores este método genético es lo más emocionante que ha ocurrido en los 25 años últimos".

—John Noble Wilford, en el *Times* de Nueva York

El hombre que cambió la historia del Oriente Medio

Por hablar con moderación Anuar el Sadat, las perspectivas de solución del conflicto árabe-israelí son ahora mejores que durante los 25 años últimos.

POR DAVID REED

SIEMPRE que se lo permiten sus ocupaciones sale del Cairo y vuelve a su aldea natal de Mit-abo-el-Kom, en el delta del Nilo, donde posee una modesta quinta y un naranjal de tres hectáreas. Cambia sus costosos trajes por la tradicional *galabiya* campesina (especie de túnica que cae hasta el tobillo), y permanece unos días descansando entre los testimonios del eterno Egipto. Recorre a pie los campos donde los carabaos con anteojeras dan vueltas a la noria. Se detiene a trechos a charlar con labriegos que conoce de toda la vida. Y como cualquier otro aldeano, Anuar el Sadat, Presidente de Egipto, ora en la mezquita del lugar.

Casi sin ayuda de nadie, este hombre de 55 años y profunda raigambre campesina ha cambiado el rumbo de la historia del Oriente



Medio. Fue el artífice de la guerra de octubre de 1973 contra Israel, que estuvo a punto de provocar un enfrentamiento de las dos superpotencias nucleares: Rusia y los Estados Unidos. También fue uno de los principales organizadores del boicoteo árabe del petróleo, que causó consternación en todo el mundo. Esas medidas dieron excelentes frutos a principios de 1974, cuando, a instancias de los norteamericanos, las tropas israelíes empezaron a retirarse del suelo egipcio (primera vez en más de 15 años que Israel renunciaba a una conquista territorial). En consecuencia, las perspectivas de concertar la paz en el Oriente Medio son ahora mejores que en el último cuarto de siglo.

La voz de la razón. Sadat, que hace apenas unos cuantos años era virtualmente desconocido para el resto del mundo, ha surgido como el caudillo árabe más influyente en la actualidad. Aunque en su juventud fue un terrorista militante, se ha trasformado en voz vigorosa, moderadora y sensata en los exaltados consejos de los dirigentes árabes. En contraste con los gobernantes anteriores a él, que clamaban por "arrojar al mar a los judíos", él ha declarado que sólo pretende que los israelíes devuelvan los territorios ocupados en 1967. A diferencia de los extremistas, reconoce el derecho de Israel a la existencia. En realidad, es el primer dirigente árabe que negocia con los israelíes, aunque a través de intermediarios norteamericanos.

De paso ha logrado un acercamiento de Egipto con los Estados Unidos. Las relaciones diplomáticas entre ambos países, rotas por su predecesor Gamal Abdel Nasser durante el conflicto armado de 1967, se restablecieron poco después de la guerra de 1973.

También ha reducido mucho el número de rusos presentes en Egipto. Al asumir Sadat la presidencia, en 1970, tras la muerte de Nasser, 20.000 militares soviéticos dirigían el sistema de defensa aérea de Egipto y el adiestramiento de las fuerzas armadas del país. Los pilotos rusos despegaban de bases manejadas por los soviéticos y surcaban el cielo de Egipto. Los rusos construyeron la gran presa de Assuán y otras muchas estructuras industriales, y conspiraron con los radicales para trasformar a Egipto, más tarde o más temprano, en un Estado satélite. En eso, a mediados de 1972, Sadat echó por tierra tal esperanza al expulsar inopinadamente a todos los asesores militares soviéticos. Rusia envió por aire armas a Egipto durante las hostilidades de 1973 (a precio de oro), pero el Presidente egipcio, a pesar de la ayuda, no ha permitido que Moscú vuelva a recobrar su anterior influencia.

Demasiada gente. Una de las ventajas inmediatas obtenidas por Sadat a raíz de las conferencias de paz es que la salida de los invasores ha permitido iniciar las obras de reapertura del Canal de Suez, cerrado desde la guerra de 1967. Sadat espera que a fines de este año los

barcos de todas las banderas naveguen una vez más por la vía corta de 164 kilómetros que conecta al mar Rojo con el Mediterráneo. Pero esto es sólo el comienzo: si alguna vez se logra la paz, Egipto tendrá que atacar a fondo sus urgentes problemas sociales.

En realidad la tierra de los faraones sólo se compone de un río, sus riberas y su delta. Los 36 millones de egipcios viven en su casi totalidad en un cuatro por ciento del territorio del país; el resto es virtualmente un desierto despoblado. Ahora bien, el suelo de las riberas del Nilo es tan fértil que en la aldea natal de Sadat se pueden recoger tres cosechas al año. La hidroeléctrica de Assuán produjo ya corriente para esa y otras aldeas del delta. Al regular el caudal del Nilo, la gran presa ha hecho que se triplique la producción agrícola.

Pero hay demasiadas bocas que alimentar. La población egipcia crece al desastroso ritmo de un millón cada año. El gobierno ha tratado de regular la natalidad; sin embargo, los campesinos se empeñan en tener más hijos para que les ayuden a cultivar los campos. Por ello los egipcios figuran entre la gente más pobre del mundo, con ingresos por habitante que equivalen a unos 200 dólares al año. Auxiliado por la abundancia de energía eléctrica barata, el país ha logrado dar grandes pasos hacia la industrialización; el índice de crecimiento económico es considerable: un seis por ciento anual. Pero el aumento de la población obliga a Egipto a correr, sólo para encontrarse a la postre en el mismo lugar; y para colmo de males, los gastos militares absorben casi la cuarta parte del producto nacional bruto.

Zorro del desierto. Sadat, de extracción campesina, nació en 1918, en el delta del Nilo. Su padre era un funcionario público empobrecido; y su madre, medio sudanesa. Cuando él tenía 12 años la familia fue a residir al Cairo, pero el sucesor de Nasser regresa con frecuencia a Mit-abo-el-Kom, atraído por un amor a la tierra que raya en fervor místico.

Se inscribió en la academia militar egipcia en 1936, y allí conoció a Nasser, que en lo sucesivo sería su mentor y guía espiritual. Ambos odiaban al corrupto régimen del rey Faruk y también detestaban a los ingleses, que mantenían fuerzas armadas en la zona del Canal de Suez y trataban a Egipto como a una más de sus colonias. Durante la segunda guerra mundial ambos preconizaban que el Ejército egipcio luchara contra los ingleses al lado del Eje. No es que fueran partidarios de los fascistas: como otros muchos árabes, creían ingenuamente que podían valerse de las potencias del Eje para librar a Egipto de la dominación británica. Sin embargo Sadat no tardó en topar con la mala suerte que habría de perseguirlo durante casi toda su vida; se relacionó en El Cairo con dos espías alemanes, y los tres fueron traicionados (por una bailarina de cabaré, según di-

cen). Después de comparecer ante un consejo de guerra que lo envió a la cárcel, logró escapar y pasó el resto de la guerra en los barrios bajos del Cairo, donde trabajó de conductor de camiones.

Imbuido de ideas terroristas, tramó entonces dinamitar la embajada inglesa, pero Nasser se opuso a ello. Poco después Sadat volvió a la cárcel, convicto de complicidad en el asesinato de un político egipcio simpatizante de los británicos. Al salir libre después de dos años y medio, logró reincorporarse al Ejército. Cuando Nasser depuso a Faruk con el golpe de Estado de 1952, había encomendado a Sadat cortar las comunicaciones del Ejército, pero Nasser no lo pudo localizar en el momento oportuno, pues Sadat, al parecer nacido para perder, aquella noche había llevado al cine a sus hijos.

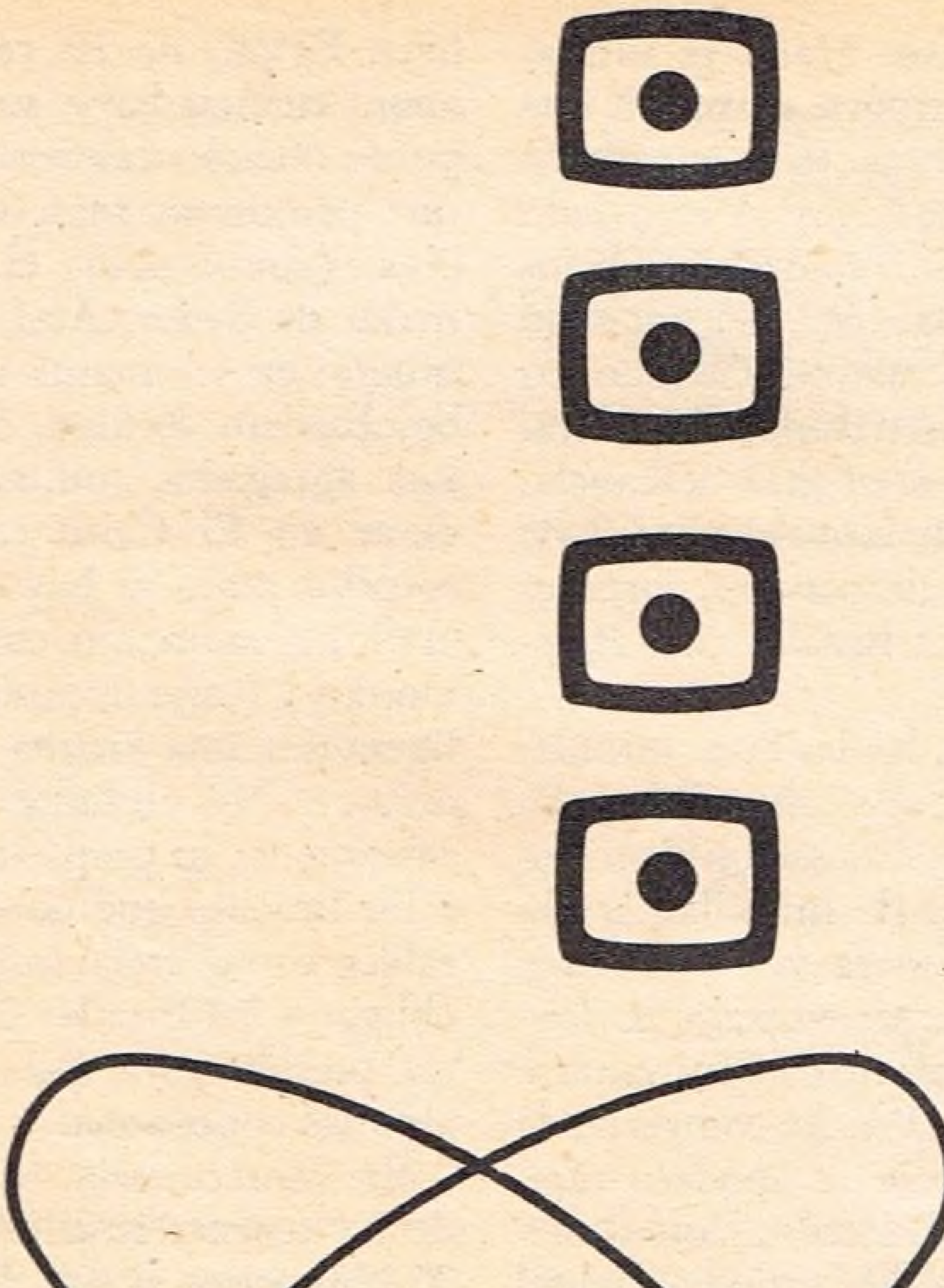
Durante los 18 años del gobierno de Nasser, Sadat fue un oscuro subalterno, tan sumiso que aquél le apodó "el coronel *sí señor*". Pero a la muerte de Nasser, el entonces vicepresidente Sadat asumió intempestivamente la primera magistratura. Muchos predijeron que no tardaría en ser depuesto, pero fue más astuto que sus oponentes y ganó el indispensable apoyo del Ejército.

Decisión: la guerra. Más difícil le resultaría ganar en astucia a Israel. Los egipcios consideraban una afrenta monumental a la dignidad de su país la ocupación militar israelí de la península del Sinaí, consumada en 1967. Clamaban cada vez más por la guerra para recuperar ese territorio, aunque tal decisión sería suicida, según los observadores extranjeros. Sadat sostuvo la tirantez durante dos años, sin dejar de anunciar que la guerra era inminente. Pero anticipó tantas veces la llegada del lobo que a la postre nadie le creyó. La opinión pública se volvió contra él y los estudiantes se lanzaron a las calles del Cairo para exigir acción contra Israel.

Al principio el Presidente egipcio confió en las negociaciones diplomáticas. Tras expulsar a los rusos esperaba que Washington, complacido, ejercería presión sobre Israel para que renunciara al Sinaí. En vez de ello, los Estados Unidos enviaron a principios de 1973 otros 48 aviones Phantom a Israel. Entonces Sadat se decidió por la guerra.

Pasando por alto las burlas de sus compatriotas, Sadat reorganizó sigilosamente el Ejército y obtuvo el importantísimo apoyo de otros dirigentes árabes, especialmente del ultraconservador rey Faisal de Arabia Saudita (tan rica en petróleo), monarca que, según dicen, contribuyó con más de 1000 millones de dólares para la compra de armas soviéticas. Con la misma cautela Sadat concertó un tratado con el régimen izquierdista de Siria, que convino en lanzar un ataque simultáneo en el frente de las alturas de Golán.

En general los egipcios tienen la lengua muy suelta, pero Sadat logró hacer todos sus preparativos en



ELECTRONUM

BUCHAREST - ROMANIA

Aparatos de Televisión y Radio

Hechos por
la industria electrónica
altamente avanzada de Rumania

Pida detalles técnicos y
precios de exportación al mayoreo

Electronum 2 Calle Gabriel Peri Apartado Postal 105 Bucarest Rumania

Telex: 011-547, 548 Teléfono: 151609

el mayor secreto. Hasta el último momento las tropas creyeron que iban de maniobras. Para engañar a los israelíes apostados al otro lado del canal, algunos soldados egipcios se bañaron a la vista del enemigo poco antes del ataque. Cuando las fuerzas egipcias irrumpieron a través del canal en lanchas de caucho y puentes de pontones, a las 2 de la tarde del 6 de octubre, sorprendieron no sólo a Israel, sino a Egipto mismo.

Paz precaria. En las fases iniciales de la guerra Sadat dio al mundo árabe su primera sensación de triunfo tras 25 años de humillantes derrotas. Por primera vez en cuatro guerras las fuerzas egipcias no fueron presa del pánico al enfrentarse a los israelíes. Por lo contrario, la infantería egipcia se apoderó rápidamente de las fortificaciones enemigas a lo largo de la ribera oriental del canal, y decenas de miles de hombres penetraron hasta ocupar en el Sinaí posiciones distantes hasta 19 kilómetros del canal, en una profundidad que aún les permitía seguir protegidos por sus cohetes de superficie a aire. Es más: detuvieron a los tanques judíos que contraatacaban; así destruyeron el mito de la invencibilidad de los israelíes y superaron el enraizado complejo de inferioridad que tanto había pesado sobre toda una generación de árabes.

Sadat no ganó la guerra desde el punto de vista militar, ya que los israelíes obtuvieron aplastantes victorias en los últimos días de combate. Egipto no ha revelado hasta ahora cuántas bajas sufrió, pero algunos oficiales confiesan en privado que perecieron más de 6000 hombres. (Entre ellos, el medio hermano de Sadat, Atef, de 24 años, muerto en los mandos de un cazabombardero Sukhoi de reacción.) Los agregados militares de Occidente en El Cairo creen que los egipcios acaso se hayan salvado en el último momento, cuando Estados Unidos y Rusia impusieron a los beligerantes una tregua a finales de octubre. No obstante, Sadat logró cabalmente su propósito: demostrar a los israelíes que no eran invulnerables como creía mucha gente y obligar a los Estados Unidos a ejercer presión para que Israel hiciese algunas concesiones.

En consecuencia, la mayor parte de las fuerzas israelíes se retiraron 35 kilómetros al este del canal, y se interpuso la fuerza de paz de las Naciones Unidas en el Sinaí, entre los contendientes. Pero el Presidente de Egipto y los demás dirigentes árabes juran que no habrá ningún arreglo definitivo hasta que los israelíes devuelvan los territorios árabes que aún ocupan. Las negociaciones podrían prolongarse varios meses, si no es que uno o dos años, y subsiste el peligro de que se suspendan las conferencias y estalle una quinta guerra. Sin embargo, Anuar el Sadat ha abierto brecha en el callejón sin salida diplomático-militar que duró cerca de siete años y ha ayudado a formar un clima de negociaciones serias.

Es probable que pudiera prescindir de mí, pero cuando sufro irritaciones, ya sea por la comida muy condimentada, las bebidas alcohólicas, por las preocupaciones o la infección, Juan tiene que atenderme sin tardanza.

Soy la vejiga de Juan

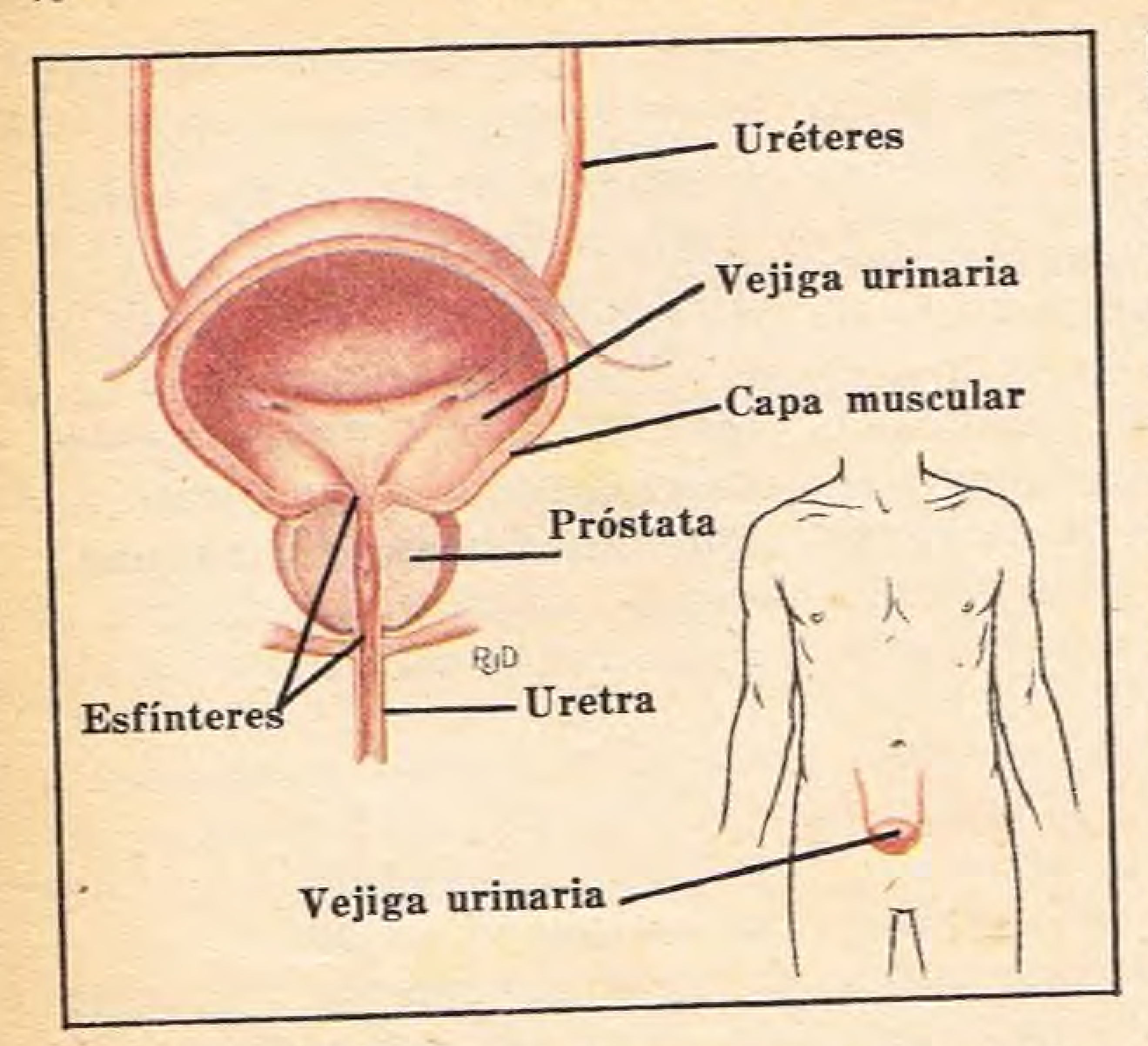
POR J. D. RATCLIFF

SI ORGANIZARAN un concurso para elegir al órgano menos atractivo del cuerpo humano, con toda seguridad lo ganaría yo sin ningún esfuerzo. Soy motivo de constantes incomodidades y momentos fastidiosos para Juan.* Le interrumpo el sueño y lo obligo a levantarse de la cama en las noches frías. Cuando más ocupado está en una importante junta de negocios, suelo reclamarle la atención más imperiosamente que su jefe o que sus clientes. Por importante que sea lo que ellos le digan, mis apremios siempre tienen prioridad. No me limito a pedir que se me atienda; lo exijo perentoriamente. Soy la vejiga urinaria de Juan.

Él piensa que el intestino constituye el órgano principal de eliminación de desechos, pero se equivoca. El tubo intestinal podría estar en huelga una semana entera, y hasta varias semanas en casos extremos, sin que Juan corriera necesariamente un grave peligro. Pero si el aparato urinario le dejara de funcionar durante más de unos cuantos días, eso sí sería grave.

Cuando estoy llena, mi forma es aproximadamente la de una pera. La capacidad vesical varía en los diferentes individuos: de 175 centímetros cúbicos a casi tres cuartos de litro. La de Juan está dentro de

*Juan, de 47 años, y su esposa María son personas normales para su edad y su sexo. En anteriores números de SELECCIONES otros órganos suyos han explicado ya su constitución y su funcionamiento.



límites normales: medio litro poco más o menos. De día y de noche escurre a mi interior la orina que segregan los riñones al ir filtrando los desperdicios de la sangre. La orina desciende desde ambos riñones por los delgados uréteres, dos conductos de unos 30 cm. de longitud y con luz no más ancha que el grosor de una mina de lápiz.

Mi conducto de desagüe es la uretra, también muy delgada. La cantidad de orina que expulso diariamente a través de ella varía muchísimo: desde medio litro hasta casi ocho. A este respecto Juan se sitúa en el promedio general: un litro y medio. Pero este volumen es variable, pues lo determina en gran parte la cantidad de líquido que se elimine por las glándulas sudoríparas y por los pulmones. Cuando Juan suda copiosamente, disminuye mi actividad. Afortunadamente para él, la producción de orina mengua también durante el sueño hasta una cuarta parte de lo que segregan los riñones durante el día. De no mediar esta circunstancia, Juan descansaría poco de noche.

Para vaciarme, primero se contraen las fibras musculares de mi región superior, a lo que luego se añade la contracción de las fibras inferiores, que hacen presión sobre mi contenido líquido. Se puede afirmar que me exprimo para expulsar casi hasta la última gota de orina. La frecuencia de las emisiones urinarias depende de muchos factores. Las preocupaciones, la ansiedad y el temor elevan la tensión arterial, que a su vez acelera la actividad renal y aumenta la producción de orina. La tensión síquica, la emoción de un encuentro deportivo o un arrebato de ira causan mayores tensiones en mis capas musculares. Y aunque yo no esté llena de líquido, el deseo de evacuarme se siente con igual urgencia que si lo estuviera.

ESTE artículo se basa en su mayor parte en conversaciones con el Dr. John Lattimer, director de la Clínica de Urología Squier, del Centro Médico Columbia-Presbyterian, de Nueva York.

Cuando quedó embarazada María, la esposa de Juan, la criatura que ocupaba su matriz hacía continua presión sobre la vejiga. Debido a eso, sentía deseos más frecuentes de evacuarla. Algo semejante le ocurre a Juan cuando hace mucho frío, pues suelo entonces apremiarlo más a menudo que de costumbre. Lo que ocurre es lo siguiente: para conservar el calor, la sangre deja de circular por muchos vasos de la piel, y de ello resulta un aumento del riego de las vísceras. Al pasar un volumen mayor de sangre por los riñones, éstos producen más cantidad de orina. Algunos condimentos irritan mi mucosa: la mostaza, la pimienta y, sobre todo, el jengibre; pero aun el té y el café tienen un efecto similar. El alcohol es igualmente irritante, así como las sustancias aromáticas de la ginebra.

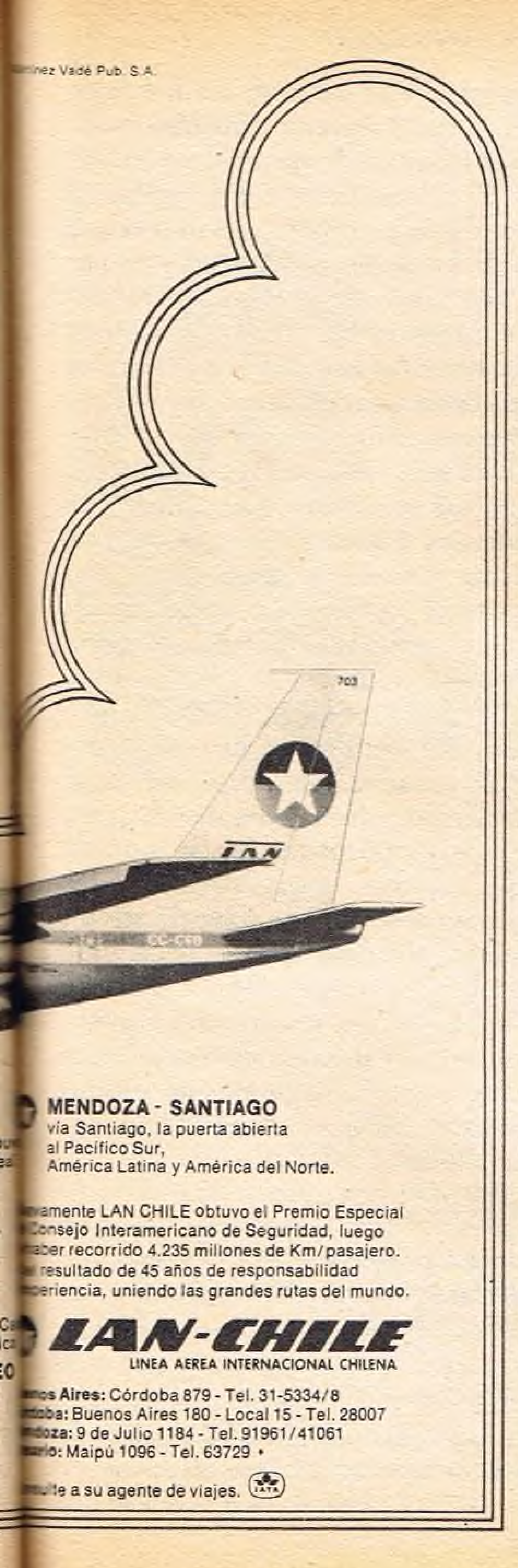
El análisis de mi orina puede revelar mucho de lo que ocurre en otras regiones del organismo. Al fin y al cabo, ese examen es quizá la más valiosa prueba clínica. Si Juan llegara a advertir que su orina sale persistentemente turbia, con mal olor o descolorida, lo más conveniente sería que consultara con su médico. ¿Y si se oscurece hasta adquirir un tono ambarino intenso? Esto podría significar que los riñones están haciendo un trabajo excesivo de concentración, o bien que Juan estuvo jugando al tenis y sudó tan copiosamente que ya no quedó mucho líquido disponible para que los riñones cumplan eficazmente su función excretora. ¿Y si es muy turbia? La turbiedad lo mismo puede ser signo de alguna enfermedad renal que carecer de significación patológica pues la orina tiende a enturbiarse después del ejercicio corporal intenso. Si hay sangre en ella, acaso sea síntoma de un trastorno de extrema gravedad. Ante tal situación, Juan haría muy bien en recurrir a su médico inmediatamente.

La medicina moderna dispone de muy elaboradas técnicas de análisis de la orina con fines diagnósticos. Si es demasiado bajo el peso específico de este líquido (o sea su peso comparado con el de un volumen igual de agua destilada), significa que los riñones no cumplen satisfactoriamente su función de concentrar los productos de desecho; pero si la densidad urinaria es muy alta, puede indicar deshidratación. ¿Qué decir del ácido úrico? Su exceso en la orina puede ser indicio de gota o de cálculos renales. Esta alteración va unida también a los padecimientos del corazón y de los riñones, a la soriasis y a los desequilibrios endocrinos.

Hasta cierto punto, todos los órganos vierten en la orina sus productos metabólicos inservibles o los que elaboran en exceso. Esto es válido sobre todo en el caso de las glándulas de secreción interna. Al sobrevenir la gravidez, por ejemplo, los excedentes de hormona femenina salen del organismo disueltos en la orina. Por ello, precisamente, se analiza ésta para hacer el diagnóstico del embarazo.

La micción es algo mucho más complejo que el simple vaciado de un odre con agua. Para vaciarme cuento con dos válvulas llamadas esfínteres. Una está en mi base y se abre automáticamente al distenderse mis paredes. La otra se sitúa un poco por debajo de la primera y está sujeta a la voluntad. Al abrirse la válvula superior Juan siente deseos de orinar, y con la apertura de la segunda se inicia la micción. Cuando le sobrevenga la muerte, Juan perderá la regulación voluntaria del esfínter inferior.

La enuresis nocturna o evacuación involuntaria de la vejiga durante el sueño, obedece a causas muy diversas. En primer lugar, soy sumamente pequeña en los primeros años de la vida, aunque mi capacidad se duplica entre los dos y los cuatro de edad. La angustia, la falta de seguridad y toda una gama de trastornos síquicos son causa frecuente de enuresis. Por razones que no puedo explicar, ésta es mucho más común en los niños que en las niñas. Cuando un pequeño va a vivir a una vecindad desconocida, no es raro que se sienta inseguro y vuelva a "mojar la cama". Pero una vez que se adapta al nuevo medio y entabla nuevas amistades, la enuresis desaparece espontáneamente. La incontinencia urinaria se observa invariablemente en los paralíticos y es muy frecuente en la decrepitud. Un trastorno diferente es el de la vejiga neuroplégica (paralítica), que casi siempre se debe a lesiones cerebrales congénitas o a cualquier



trastorno de la medula espinal.

La fuerza con que expulso la orina da hasta cierto punto la medida de mi estado general. Mi conducto para desagüe atraviesa la próstata de Juan. Cuando este órgano aumenta de volumen o se enferma de algo, el flujo de la orina se reduce o cesa. Lo mismo ocurre en las estrecheces uretrales a causa de enfermedades venéreas o de otra clase. También tienen el mismo efecto los tumores.

Aunque parezca extraño, lo cierto es que Juan podría vivir muy bien sin mí. Si un cáncer invasor obligara al médico a extirparme, los cirujanos conectarían los uréteres con el intestino grueso para que desaguaran allí los riñones. Juan estaría entonces como las aves, que carecen de vejiga urinaria.

A la vez que puedo reflejar las alteraciones patológicas del resto del organismo de Juan, soy asiento de ciertos padecimientos específicos. En mi interior suelen formarse cálculos que pueden obstruir los conductos de entrada y salida. Estas concreciones producen dolores muy agudos. La orina que refluye hacia los riñones y se estanca durante mucho tiempo es capaz de causar intoxicación urémica y aun la muerte.

Los cálculos urinarios se componen de sales minerales que se precipitan por un exceso de concentración de esas sales en la orina. Por causas muy difíciles de explicar, los cálculos son mucho más frecuentes en los climas cálidos que en las regiones frías. Al parecer la falta de ejercicio también facilita su forma-

ción. Son de tamaño variable: algunos, como arenillas, salen fácilmente, pero en casos excepcionales se han extraído cálculos con un peso de ¡seis kilos o más!

Por extraño que parezca, hay cálculos renales del tamaño de una naranja que se toleran durante años sin que el sujeto tenga mayores molestias. Mientras no se les formen aristas cortantes que lesionen mis tejidos, y mientras no obstruyan conductos de importancia vital, puedo seguir con ellos en mi interior. Claro está que si los cálculos llegan a ocasionar ciertos síntomas, el cirujano los extrae, ya sea mediante una operación quirúrgica o introduciendo por la uretra un cistoscopio especialmente equipado. Este aparato consta de un tubito provisto de lentes para la inspección visual, y de una especie de cascanueces para triturar los cálculos reduciéndolos a un tamaño que permita expulsarlos.

Con todo, la cistitis es mi afección más frecuente. Se presenta por la invasión de microbios que causan una infección muy molesta. Virtualmente todas las mujeres llegan a padecerla en alguna época. La razón de que sean ellas más propensas a sufrirla que los hombres, es obvia: la uretra femenina tiene una longitud de apenas dos y medio a cinco centímetros. En cambio el conducto uretral en el varón ocupa toda la longitud del pene y es por tanto mucho más largo: de 20 a 30 centímetros. Por eso en las mujeres las bacterias sólo tienen que recorrer un corto trayecto hasta llegar a mi mucosa. Afortunadamente la cistitis es más fastidiosa que grave; entre las molestias que origina se cuentan el deseo frecuente de orinar, ardor y malestar general, que casi siempre puede combatirse eficazmente con antibióticos o con sulfamidas.

A juzgar por la atención que exijo y los problemas que causo, podría pensarse que ocupo un lugar preferente entre los órganos de Juan. Pero humildemente he de confesar que mi importancia es mínima. En última instancia no paso de ser un simple depósito que se llena y se vacía regularmente. Mas a pesar de mi bajo rango, seguiré importunando a Juan durante el resto de sus días, como lo hago en este preciso instante, en que le digo: "Juan, vete al retrete".

Auxiliar auditivo. En las bibliotecas, los pequeños ruidos tienen la misma utilidad que el canto de los grillos en las apacibles noches veraniegas: nos permiten escuchar mejor el silencio. —J.K.

Desencantada

Cierta secretaria decía de un caballero de edad madura que le había hecho la corte: "Podría enamorarme de un tipo así . . . Pero no tanto como él". —W.J.

En la agridulce tarea del crecer, el niño debería recordar siempre que sus padres ya pasaron por ella.



Cómo batallar con los adultos

POR JAMES LINCOLN COLLIER

CUANDO era yo niño, siempre que preguntaba a mi padre por qué tenía que sentarme derecho, peinarme o tomar correctamente el tenedor, su respuesta era: "Porque lo digo yo". Jamás me pareció aquella una buena razón. Por otra parte, nunca se me ocurrió una réplica adecuada, y no me quedaba más que obedecer a regañadientes: me peinaba y empuñaba el tenedor como es debido.

Ahora comprendo que mi padre explotaba mi inexperiencia. En la incesante batalla entre niños y adultos, las personas mayores ganan casi siempre, no porque sean más inteligentes ni moralmente superiores, sino porque alguna vez fueron niños; por tanto, conocen los secretos del enemigo. Para restablecer el justo equilibrio entre los contrincantes, quisiera dar unos consejos a la gente menuda.

Una persona mayor, don Goliat, acaso inicie las hostilidades con un disparo de este tipo:

—¡David! ¡Por favor, no hagas tanto ruido al comer!

—¿Qué ruido?

—Estás sorbiendo la sopa.

—Es que . . . está muy caliente.

—Pues espera a que se enfríe.

—¡Pero tú me mandas comer antes de que la comida se enfríe!

—¡No discutas! —don Goliat comienza a dar señales de impaciencia— Cómete la sopa sin hacer ruido. Es una falta de educación.

—¿Por qué es falta de educación?

—¡Porque lo digo yo! —replica don Goliat con su frase consabida.

Por cierto que es una frase difícil de contradecir. En este punto, David deberá retroceder un poco, como si se batiera en retirada, y contraatacará una vez que haya llevado a su oponente a un nuevo terreno. Podría decir, por ejemplo:

—Y si hago el ruido muy quedo, ¿estará bien?

Esto ablanda a Goliat y le hace creer que ha ganado la batalla. Al fin y al cabo logró lo que se proponía: que el niño no haga tanto ruido al comer. Y responde:

—Sí; así está bien.

Entonces David sigue sorbiendo la sopa como antes. Tranquilizado por su aparente victoria, Goliat tarda algunos minutos en ver que no ha conseguido nada. Por último exclama airadamente:

—¡Te dije que no sorbieras así la sopa!

—¡Estoy tratando de no sorberla!

—¡Pues no se nota!

—¡Hago lo posible!

Don Goliat intenta serenarse, pero grita:

—¡Cuando te ordeno algo, es para que me obedezcas!

En eso, como ya se acabó la sopa, David concluye:

—Está bien, papá; no lo volveré a hacer.

Lo importante es que David jamás se enfrente abiertamente a don Goliat. Procurará en toda ocasión que se le crea en retirada ante un poder tan superior cuando, en realidad, lo que hace es desviarse hacia el flanco. He aquí otro ejemplo:

Van a dar las 8 de la noche, y David sigue jugando tranquilamente con su camión en la sala. De pronto su madre anuncia:

—¡Ya son las 8, querido; hora de que te vayas a acostar!

El tono de voz de la señora Goliat es dulcísimo, como si invitara a David a dar un paseo en helicóptero o le anunciara una segunda Navidad. El niño no debe morder el anzuelo. Los adultos suelen decir que los envían temprano a dormir porque eso es bueno para la salud, y con el tiempo este hábito les ayudará a triunfar en los negocios. La verdad es muy otra: a) quieren ver sus programas de televisión o b) desean librarse de los niños para no tener que seguir desempeñando el papel de personas sabias y sensatas.

Resistiendo la tentación de discutir, David responde:

—Sí, mamá.

Asombrada, aunque satisfecha con la respuesta, la señora Goliat reanuda la lectura de su revista, y trascurren exactamente diez minutos antes de que advierta que el niño sigue jugando con su camión en la alfombra de la sala.

—¿No te ordené que te fueras a la cama?

—Ya voy, mamá —asiente David.

—Pues no veo que te vayas —replica la señora Goliat—. Sigues jugando con tu camión.

—Tengo que terminar.

La señora Goliat se queda un tanto desconcertada con esta respuesta, sin imaginar qué debe terminar su hijo.

—Está bien —asiente—. Pero no tardes demasiado.

Antes de diez minutos vuelve a la carga:

—¡Ya basta! ¡Obedece!

—Todavía no he terminado.

—No me importa. ¡A ponerte el pijama!

A todas luces empieza a impacientarse.

David prepara la trampa:

—Pero . . . ¡dijiste que podía terminar!

La señora aguarda un instante para no perder los estribos.

—¿Acabar qué? —pregunta al fin.

Ya está. Con un poco de imaginación, David puede ganar media hora más explicando en qué consiste el juego, demostrando y exponiendo detalladamente las reglas que va inventando sobre la marcha. Si maniobra con cuidado, puede alargar el tiempo hasta las 8:45 antes de que la autora de sus días le ordene que vaya a limpiarse los dientes.

—Mamá, ¿puedo bañarme?

¡Bien jugado! Ningún padre, ninguna madre se opone a este deseo. Y si lo realiza con lentitud, el niño podrá seguir en pie hasta las 9:30, cuando por fin se apagarán las luces. Claro que, a la postre, se irá a la cama; pero según las leyes de la guerra doméstica, cada vez que el chico logre seguir levantado una hora después de la orden de acostarse, se podrá anotar una victoria.

Sin embargo, hay que recordar que los Goliat también fueron niños, y a veces recurren a tácticas sutiles para salirse con la suya. Supongamos que la señora Goliat regresa a casa un sábado a mediodía. Viene del salón de belleza, donde se enteró de un suculento chisme acerca de la señora López. Trae la noticia en la punta de la lengua, pero en la sala, junto al señor Goliat, está David, pacíficamente entretenido en rellenar con lápiz los cuadros en blanco de un crucigrama. La señora guiña el ojo a su consorte y le indica con la cabeza que la siga a la cocina. Pero precisamente cuando se dispone a comentar con su marido las noticias sociales más recientes, entra David y pregunta:

—¿Qué hay de comer?

La situación es delicada. La señora Goliat no puede decirle: "David, vete, porque traigo un chisme

sabrosísimo acerca de la señora López y no quiero que lo oigas". Así pues, le pregunta:

—¿Ya terminaste de arreglar tu habitación?

—Sí —responde David—; lo hice ayer.

Acaso no sea verdad, pero la señora Goliat no desea enzarzarse en una larga discusión en torno al orden y la limpieza. Ataca en otra dirección:

—¿Ya hiciste tu trabajo de redacción?

—No tengo que presentarlo hasta el miércoles. ¿Qué hay de comer?

Para entonces David ya es dueño del terreno. Está claro que, si sale de la cocina, se perderá de algo, así que se acerca a la mesa y empieza a jugar con el salero y el pimentero. La señora Goliat advierte la maniobra del niño y contraataca:

—Mira, tesoro, tu padre y yo tenemos que hablar de algo importante.

David sabe bien que dejó de ser "tesoro" a los cuatro días de nacido. Y también sabe que, cuando se dirigen a él así, debe desconfiar.

—No hablaré —replica—. Me quedaré callado y quieto en mi silla.

El señor Goliat considera que ha llegado el momento de intervenir.

—Lo que vamos a tratar tu madre y yo no pueden oírlo los niños —anuncia con voz cavernosa y solemne.

Ahí es donde David, por inexperiencia, puede cometer un lamentable error: si los Goliat son buenos actores, quizá lo convenzan de que el asunto es realmente serio. Tal vez el señor Goliat perdió el empleo; acaso tengan que llevar nuevamente al tío Pepe al manicomio . . . En tal caso, el niño puede optar por retirarse, chupándose en silencio el pulgar. Si así lo hace, habrá olvidado esta importante regla: cuando ha ocurrido algo de veras terrible, los mayores actúan siempre como si nada hubiera sucedido. Por consiguiente, si adoptan una actitud grave y solemne, podemos apostar doble contra sencillo a que hay gato encerrado. Y el chiquillo pregunta:

—¿Por qué no pueden oírlo los niños?

Pregunta espinosa como pocas, el frustrado matrimonio Goliat empieza a balbucir a dúo. La señora está a punto de perder la calma, y la voz del marido comienza a subir de volumen, por lo que David, con inteligencia y valor, opta por salir corriendo de la cocina. Sin embargo, no está molesto, pues sabe que para entonces sus padres ya han olvidado lo que iban a tratar.

En cambio es innegable que, de vez en cuando, los Goliat dictan normas muy sensatas. Por ejemplo:

—Si sigues jugando con ese vaso, lo vas a romper.

David ya sabe que hay grandes probabilidades de romper el vaso. Sin embargo, a) acaso no ocurra de inmediato; b) hay muchos vasos en la alacena de la cocina, y c) es demasiado divertido para dejar de jugar con él.

—No lo voy a romper —replica David.

—¡Sí lo vas a romper! —insiste Goliat— ¡Vamos! ¡Deja de jugar con eso!

—Tendré mucho cuidado. Te lo prometo.

Y en ese preciso instante, ¡zas!, el vaso se le resbala de las manos y se hace añicos en el suelo. David se encuentra inerme ante sus enemigos, de cuyos labios está a punto de brotar un alarido de triunfo. A David sólo le queda un recurso: se echa a llorar y sale de casa exclamando:

—¡Todos me odian!

Lo cual es falso, por supuesto, pero, al menos temporalmente, será motivo de preocupación para los Goliat: ¿Habrán sido demasiado severos con el niño? ¿Habrá ocurrido en la escuela algo que le preocupe? Cuando David regrese, no sólo habrán resuelto olvidar el incidente, sino que, además, ya habrán recogido los vidrios rotos.

Ciertamente se trata de una medida desesperada, pero en la guerra entre adultos y niños la regla de oro es: Nada de treguas. Cuanto más pronto se convenza de ello David, mejor le irá. Y le convendría mucho tomar notas: algún día él tendrá sus propios hijos, y para entonces . . .

La Línea Aérea Árabe Unida *Mecca Delight* es una peregrinación y un ejemplo encantador de los problemas que los grupos religiosos plantean a las líneas aéreas en el Oriente Medio. Algunas sectas con leyes dietéticas inflexibles llevan sus propios alimentos a bordo y los cocinan en braseros. Otros inundan los lavabos con sus abluciones rituales. Y con frecuencia el piloto recibe peticiones de apuntar el avión directamente hacia La Meca para las oraciones que salmodian en los pasillos. —*Holiday*

Antigüedad

Una dama se quejaba de que necesitaba un nuevo abrigo de pieles. "No me había dado cuenta de lo antiguo que es el que tengo mientras no tuve necesidad de mandar cambiar una de las pieles. Me dijeron que esa especie ya estaba extinta". —E.W.

Consejos diplomáticos

Todos sabemos lo que China desea del mundo, pero no lo que ella está dispuesta a aportar para un arreglo general, y ello nos recuerda el consejo que dio un especialista de la Oficina de Relaciones Exteriores británica hace muchos años: "No perdáis tiempo tratando de imaginar por anticipado lo que hay en la mente de los negociadores orientales. Aseguraos sólo de que comprendáis claramente lo que vosotros mismos lleváis en mente". —J.R.

TEMAS DE REFLEXIÓN



Tendrá derecho de criticar quien sienta la suficiente compasión para ayudar. —Abrahán Lincoln

Este año es para mí mejor que el pasado, porque he vencido un viejo hábito. Antes nunca leía la revista de noticias de la semana hasta no haber terminado la de la anterior (la cual, por supuesto, tampoco leía hasta no haber acabado el número precedente), y por tanto siempre estaba leyendo noticias atrasadas, como aquel que nunca comía manzanas en su punto de madurez porque siempre consumía primero las que ya empezaban a pasarse. Eso ya no lo hago. —Irma Talcutt

No me parece mera coincidencia el que la preocupación a fondo por nuestro ambiente haya surgido al mismo tiempo que la primera salida del hombre al espacio extraterrestre. —Fred Hoyle

De los siete pecados capitales, la ira quizá sea el más divertido. Restañar las heridas, rumiar los viejos agravios, y las posibles afrentas futuras, regodearnos con el dolor sentido y con el que devolvemos en represalias . . . , todos estos, por muchos motivos, son placeres dignos de reyes. Lo malo es que eso que con tanta delectación engullimos es nuestro propio ser, y nosotros mismos seremos los despojos del festín.

—Frederick Buechner, en *Wishful Thinking: A Theological ABC*

Nunca fui lo que pudiera llamarse un patinador diestro y elegante, y, aunque me caí muy pocas veces, cayéndome hubiera presentado mejor figura. Una inequívoca y contundente caída no deshonra. En cambio las grotescas contorsiones que hacemos para evitar irnos de bruces destruyen la imagen de aplomado caballero que deseamos presentar. ¡Qué parecido es esto a la vida, al fin y al cabo!

—Robert Benchley, en *Benchley Beside Himself*

Me gusta la paz de las alturas. En aquella quietud el bastidor de nuestro morral cruje y la nieve gime bajo nuestra planta. Nadie habla mucho; trabajamos afanosamente. A veces se desprende de las rocas un témpano de hielo que cae con es-

trépito. El montañista se encuentra entonces en su elemento, y en parte esto es así porque está consciente del peligro y sabe que arriesga la vida.

Fui al monte Everest porque me desafiaba a escalarlo. Quise ver si era yo capaz de erguirme en su cima. Pero no es verdad que conquistemos realmente una montaña de esa magnitud. Nos dominamos a nosotros mismos; eso sí. Nos sobreponemos al vértigo y a todo lo demás: a nuestras debilidades y achaques, a nuestros temores, con la esperanza de llegar a la cumbre. El hombre se siente mejor cuando se enfrenta a un reto de esta índole. Necesita aceptar desafíos: tal es la naturaleza humana. —James Whittaker, primer norteamericano que conquistó la cumbre del Everest

Es POSIBLE que en el jardín de tu casa esté una araña hilando su tela. Levanta en brazos a tu hijo y explícale que esa telaraña sedosa y brillante, segregada por el cuerpo del animalito, resiste más tensiones que el acero. Si el niño aprende a admirar a la araña, en vez de temerla o sentir repugnancia por ella, habrá aprendido una de las más grandes lecciones de la naturaleza: que la vida es sagrada en todas sus formas.

—Donald Culross Peattie

COMPRENDAMOS bien una cosa, y hagámosla ver a todo aquel que esté en la cúspide y que aún no la sepa: que sólo será fuerte uno mientras no despoje a la gente de todo. La persona a quien se le ha quitado todo ya no está en nuestro poder. Ha vuelto a ser libre.

—Alexander Solyenitsyn, en *El primer círculo*

LA FE es el arte de aferrarse a las cosas que la razón ha aceptado, a pesar de sus diversas disposiciones de ánimo, ya que las disposiciones de ánimo cambiarán, sea cual sea la opinión que su mente adopte. Por ello la fe es una virtud tan necesaria. A menos que enseñemos a nuestros modos de ánimo "a dónde deben irse", seremos criaturas a la deriva, con nuestras creencias sujetas al estado atmosférico y a nuestra digestión.

—C. S. Lewis, en *Mere Christianity*

HAY MUCHA gente a quien no se tiene nada que decir, y por eso la vida social resulta tan fastidiosa, pues, no atreviéndonos a quedarnos mudos ante nuestras relaciones sociales, tenemos que hablar mucho sin decir nada. —G.A.D.

LA GENTE joven de hoy no demuestra demasiado interés por los exquisitos visos y matices de los bosques en otoño, pero sí entiende que debió de ser un gran espectáculo en aquella época remota anterior a la televisión en colores. —B.V.

¿QUIÉN puede contemplar el acto de plantar un árbol sin sentirse profundamente conmovido? Es más una ceremonia que una simple tarea. Encierra una acción que es sacramental porque implica fe en la vida y en su continuación. —R.C.

Promotor para los necesitados

POR JAMES ROPER Y MICHAEL FEDO

Al enterarse de que le quedaban pocos años de vida, Tom McDonald resolvió hacer un último esfuerzo para ayudar a su prójimo.

EN AGOSTO de 1969 Tom McDonald yacía en un hospital de Minneápolis (Minnesota), aquejado de un doloroso ataque cardiaco. Sus médicos le recomendaron dejar de trabajar y abstenerse en lo sucesivo de hacer esfuerzos de cualquier clase.

McDonald, hombre de 53 años de edad, había trabajado mucho en su vida. Durante la gran depresión económica que se abatió sobre los Estados Unidos a fines del tercer decenio de este siglo, se dedicó a vender ampliaciones fotográficas de puerta en puerta y, tras una larga lucha, logró establecer su propio negocio como fotógrafo de niños, al mismo tiempo que probaba suerte en la política. Con su enfermedad, todo cuanto ganaron él y su esposa Lallie parecía derrumbarse.

"Calculaba yo", cuenta McDonald, "que me quedaban dos o tres años de vida, cuando mucho. Pero mi seguro de invalidez me pagaría 400 dólares mensuales. Y decidí que tendría tiempo de hacer un último esfuerzo para ayudar a mis semejantes".

Desde la cama del hospital pidió que publicaran un anuncio en los dos diarios de la ciudad. "Ayude usted a los necesitados", decía. "Colabore con la Operación Fraternidad. Comuníquese al teléfono 724-8298".

McDonald explicaba a quienes le llamaban que buscaba voluntarios para desempeñar gratuitamente algún trabajo en favor de personas que se hallasen en mala situación económica. No les pedía dinero ni que firmaran ningún documento; lo único que esperaba era una colaboración activa. Hablaba con tanto entusiasmo que hasta los simples curiosos se ofrecían de voluntarios. El hombre fue registrando en un fichero los nombres, los números telefónicos y el tipo de trabajo que sabían hacer los posibles colaboradores.

Al enterarse los médicos de lo

que estaba haciendo McDonald, ordenaron que le desconectaran el teléfono, pues temían que su debilitado corazón no resistiera el esfuerzo. Cuando volvió a casa, sin embargo, reanudó la publicación de sus anuncios, y llovieron las llamadas telefónicas: no sólo de voluntarios, sino también de necesitados de ayuda.

La primera petición de auxilio fue la de una mujer indigente, madre de seis hijos. Alguien respondió que le regalaría un refrigerador, si la señora mandaba a recogerlo. Tom revisó sus tarjetas y encontró el nombre de un trasportista de desperdicios, al que telefoneó en seguida. Éste, concluida su jornada de trabajo, llevó el refrigerador a la mujer necesitada, que por todo pago le brindó justamente lo que esperaba: una sonrisa de gratitud.

Cierta dama de 73 años de edad, que vivía completamente sola y por su mala vista no podía atender bien el hogar, llamó desesperada para decir que el municipio había condenado su casa a la demolición, pues constituía un peligro para la salud pública, y le había ordenado desocuparla en el término de tres días. McDonald convocó a 40 voluntarios: electricistas, fontaneros, carpinteros, amas de casa, muchachos exploradores. Entre todos fregaron pisos y paredes y repararon la vivienda de la anciana, tras lo cual el municipio revocó la orden de desalojar el inmueble.

"Los indigentes se vuelven a menudo rencorosos, pues tienen que soportar humillaciones y un complicado papeleo antes de recibir algún auxilio", dice McDonald. "Nosotros hemos querido que miren con simpatía a la sociedad. Lo único que necesitan es telefonearnos".

Desde el principio la Operación Fraternidad se propuso obrar con rapidez y sin mayores indagaciones. En cierta ocasión una joven ama de casa cuyo esposo cumplía el servicio militar en el extranjero, llamó alarmadísima para decir que su calentador de agua había estallado y que el sótano se inundaba. McDonald encontró entre sus tarjetas la del mecánico de una gran tienda, a quien telefoneó inmediatamente. Aunque el hombre estaba enfermo en cama, acudió a reparar el aparato.

Una noche Tom rogó a un voluntario y a su esposa que recibieran en su casa a una familia cuya habitación se había incendiado. El matrimonio quedó asombrado al ver llegar a 11 personas, pero no les negó su hospitalidad.

La publicidad que recibieron tales incidentes ocasionaron tantas llamadas telefónicas que McDonald consiguió un fichero de mayor tamaño para las 400 fichas que había reunido ya. Pero la fama atrajo también a un visitante indeseable: el inspector de la compañía de seguros, quien declaró que si aquel enfermo estaba lo bastante fuerte para dirigir la Operación Fraternidad, también podría trabajar, y en consecuencia no tenía derecho a seguir recibiendo la pensión de inva-

lidez. McDonald respondió que seguiría trabajando en la Operación. "Nuestra obra funcionaba demasiado bien para que la abandonáramos. Además, ¿cuánto tiempo podría yo seguir con vida?" comentó después el filántropo.

Y en efecto, el corazón se le seguía debilitando. El 31 de agosto de 1971, precisamente el día que le suspendieron la pensión, se sometió a una operación intracardiaca. Hombre espigado y flaco, de 1,75 metros de estatura, perdió casi 20 kilos de peso. Con todo, se recuperó paulatinamente y volvió a tomar las riendas de la Operación Fraternidad con mayor vigor que antes.

Asistía a las juntas de los sindicatos obreros y hablaba allí con tanta elocuencia de la Operación Fraternidad que si algún afiliado al sindicato no se ofrecía de voluntario, se tildaba a sí mismo de miserable egoísta. También intervino en un programa radiofónico en el cual relató las dificultades que sufría cierta familia paupérrima. Un caballero que lo oyó cuando se dirigía al aeropuerto hizo que el taxista se desviara inmediatamente y fue a llevar a aquella familia un saco de comestibles, y sólo después reanudó su camino para alcanzar el avión.

McDonald decidió proporcionar ayuda a las familias de los reclusos de la Penitenciaría Estatal de Minnesota. Cuando varios convictos fueron puestos en libertad al purgar su condena, establecieron en Minneápolis un refugio para ex presidiarios; McDonald reunió a 35 colaboradores, a quienes asignó la tarea de restaurar el edificio. Un sujeto que se hospedaba allí tras cumplir una sentencia de 18 años, declaró: "Si la comunidad hubiese dado tales muestras de interés por mí mientras fui adolescente, probablemente no hubiera ido a parar a la cárcel".

El promotor de la Operación Fraternidad estima que su institución ha atendido, en total, más de 7000 casos importantes, sin contar asuntos de tan poca monta como trasladar a un enfermo canceroso al hospital para someterlo a las radiaciones de cobalto, o limpiar la nieve acumulada en la entrada de la casa de un anciano.

Actualmente McDonald cuenta con 2000 voluntarios dispuestos en todo momento a hacer lo que él les asigne.

Hace poco tiempo un suicida en potencia telefoneó muy nervioso para decir que le zumbaban tanto los oídos que sólo anhelaba morir.

—¿Se siente usted agotado? —le preguntó McDonald.

—Así es —contestó el cuitado.

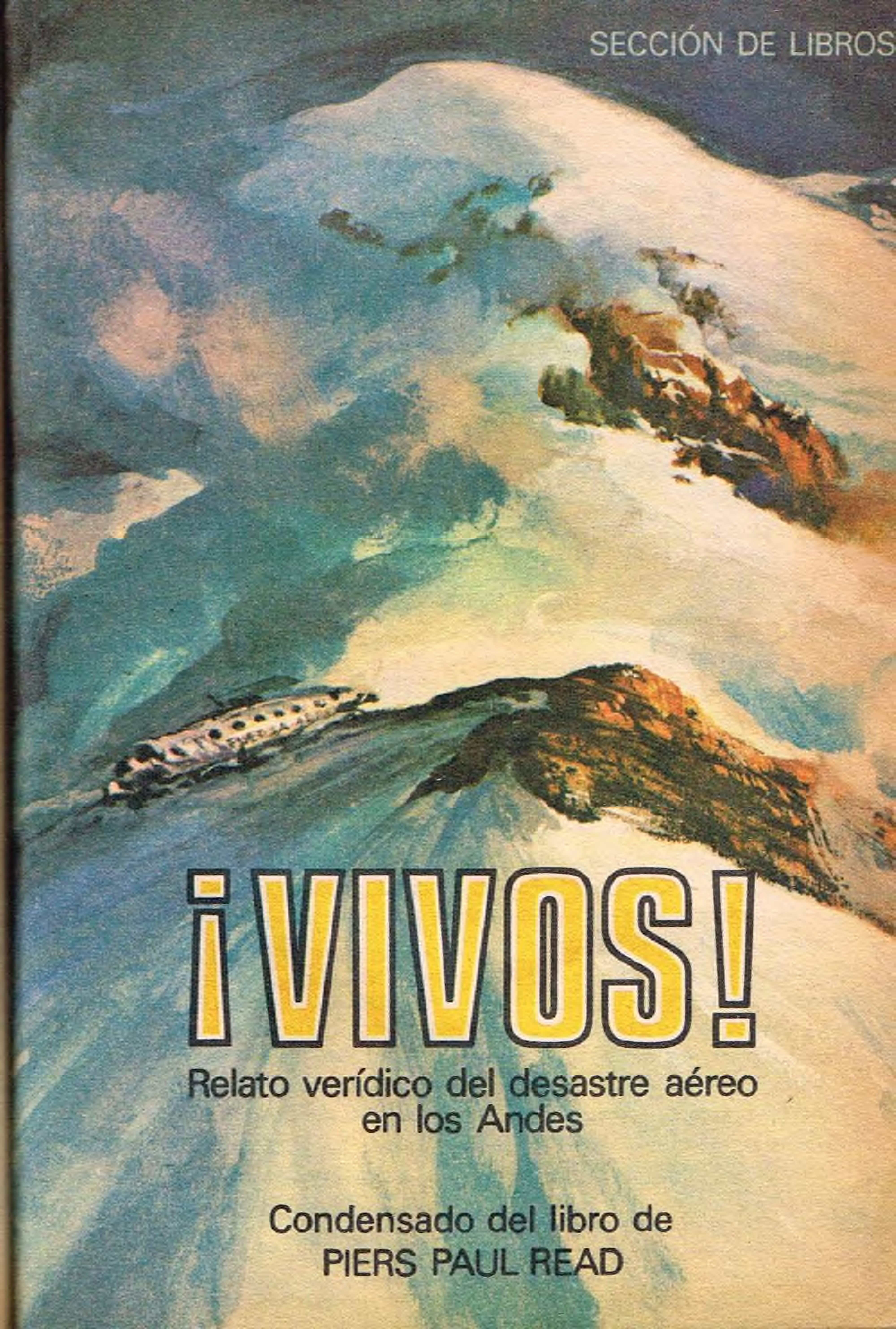
—¿Le preocupan mucho sus problemas? —insistió Tom.

—Sí, señor.

McDonald lo tranquilizó con un consejo tan conmovedor como inesperado:

—Si quiere superar sus propias aflicciones, comience pensando en los problemas de los demás. Es un remedio infalible.

Y acaso nadie sepa eso mejor que Tom McDonald.


SECCIÓN DE LIBROS
¡VIVOS!
Relato verídico del desastre aéreo en los Andes
Condensado del libro de
PIERS PAUL READ



CON AUTORIZACIÓN DE SYGMA, PARÍS

¡VIVOS!

Por

PIERS PAUL READ

El avión de pasajeros, expresamente fletado, se estrelló en un lugar desolado y remoto de la cordillera andina: era aquel un reino de nieves, roca y vientos, con temperaturas bajo cero, donde no habitaba un solo ser viviente. Por milagro sólo perecieron en el choque unas cuantas personas de las 45 que iban a bordo. Otras fallecieron posteriormente a consecuencia de sus heridas, pero a los diez días del accidente, cuando se decidió abandonar la busca del avión perdido, quedaban 27 sobrevivientes demasiado débiles para escapar de los altos picos que los aprisionaban. Y pronto no tendrían nada que comer . . .

"Acaso el más apasionante relato de la lucha para sobrevivir, en tiempos de paz, que se haya escrito en lo que va de siglo".
—D. Keith Mano, en la Revista Literaria del Times, *de Nueva York*

"¡Vivos! *plasma una extraordinaria hazaña de heroísmo colectivo y supervivencia. Llegará a ser una obra clásica de su género".*
—Walter Clemons, en Newsweek

El Fairchild F-227, bimotor de turbohélice de la Fuerza Aérea Uruguaya, despegó de Montevideo rumbo a Santiago de Chile. Normalmente este viaje se hace en unas cuatro horas, pero los informes de mal tiempo en los Andes obligaron al avión a aterrizar en una población de la vertiente argentina de la cordillera. Preocupaba a los tripulantes de la nave cruzar las montañas, pues los Andes se elevan en promedio a casi 4000 metros sobre el nivel del mar, y algunos picos llegan hasta los 6100. El Aconcagua, cerca de la ruta que debían seguir, tiene una altitud de aproximadamente 6950 metros, y es la cumbre más alta del Hemisferio Occidental. El techo del Fairchild era de 6860 metros.

Al día siguiente, 13 de octubre de 1972, el cielo se despejó parcialmente y el Fairchild volvió a despegar, esta vez rumbo al sur, hacia el paso del Planchón. Iba a los mandos el copiloto, teniente Dante Héctor Lagurara, que enfiló hacia Malargüe, población situada en la parte argentina del paso. El avión tomó una altitud de 18.000 pies (5486 metros) y surcó los aires con un viento de cola variable de 20 a 60 nudos.

Al llegar a Malargüe el aparato viró para volar sobre la cordillera; la muralla de piedra parda y gris se erguía hasta el cielo. Lagurara calculaba llegar al Planchón (paso situado a mitad de la cordillera donde cambiaría del control argentino del tráfico aéreo al chileno) a las 3:21 de la tarde. Al penetrar en la zona montañosa, un manto de nubes le ocultaba la topografía, pero encima de él la visibilidad era buena; en cualquier caso, como la gigantesca cordillera estaba cubierta de nieve, el copiloto no habría podido identificar el Planchón. Sólo advirtió un cambio importante: el moderado viento de cola se había trasformado en un fuerte viento frontal. Por tanto, el avance real del avión había disminuido de 210 a 180 nudos.

A las 3:21 Lagurara radió a Santiago que volaba sobre el paso del Planchón y que, según sus cálculos, pasaría sobre Curicó (pueblo chileno de la vertiente occidental de los Andes) al cabo de 11 minutos, esto es, a las 3:32. Con todo, apenas tres minutos después el Fairchild volvió a comunicarse con Santiago e informó que ya estaba sobre Curicó. El avión dio un viraje de 90 grados y enfiló hacia el norte. En vista de los datos radiados por el copiloto, la torre de control de Santiago lo autorizó a iniciar un descenso lento.

A 4600 metros de altitud el avión penetró en una nube y comenzó a bambolearse. Lagurara encendió los letreros luminosos que prohíben fumar y ordenan sujetarse los cinturones de seguridad, y pidió al sobrecargo que vigilara el cumplimiento

Piers Paul Read, laureado novelista inglés, autor, entre otras obras, de *The Upstart*, *Monk Dawson* y *The Professor's Daughter*, fue elegido por los sobrevivientes de los Andes para que escribiera en exclusiva este relato. Y es Read el único escritor a quien confiaron en todos sus detalles la dolorosa experiencia.

de estas instrucciones en la cabina.

El aparato había sido fletado por 15 jugadores de un equipo de *rugby* de aficionados, la mayoría de los cuales acababa de terminar sus estudios en el Colegio Stella Maris de Montevideo. Además, con ellos viajaban 25 parientes y amigos para verlos jugar en Chile.

Entre los jóvenes reinaba el regocijo; llevaban consigo su balón y se lo arrojaban de unos a otros en la cabina. En la parte posterior un grupo jugaba una partida de naipes, y más allá, cerca de la cocina, el sobrecargo y el navegante jugaban al truco. Al volver de la cabina de mandos para reanudar el juego, el sobrecargo indicó a los muchachos que aún estaban de pie en el pasillo que volvieran a sus asientos. "Se anuncia mal tiempo", dijo. "Pero no se preocupen; pronto aterrizaremos".

El avión se internó por un segundo banco de nubes y empezó a estremecerse y a cabecear en forma alarmante. Uno de los muchachos tomó el micrófono que estaba en la parte trasera de la cabina y dijo en broma: "Señoras y señores, sírvanse ponerse los paracaídas. Estamos a punto de aterrizar en la cordillera".

En ese momento el aparato entró en una fuerte corriente descendente y bajó violentamente varios cientos de metros. Sin embargo, algunos jóvenes no se habían abrochado los cinturones cuando el Fairchild penetró en una segunda corriente de aire y se desplomó como una piedra otros cientos de metros. "¡Olé, olé, y olé!" gritaron los muchachos; mejor dicho, los que no podían ver por las ventanillas. Quienes iban mirando quedaron petrificados de espanto. Porque con el segundo descenso el aparato había quedado bajo las nubes, y la vista no era del valle central de Chile, sino del rocoso canto de una montaña nevada, a sólo tres metros del avión.

Rugieron los motores al tratar el Fairchild de volver a ganar altura. El avión ascendió un poco, pero en seguida se oyó un estruendo ensordecedor: el ala derecha había chocado contra la pared de la montaña, se desprendió, fue a dar contra el fuselaje y arrancó la cola del aparato. Por los aires helados cayeron el sobrecargo, el navegante y sus naipes, seguidos por tres muchachos atados aún a sus asientos. Un momento después se desprendió el ala izquierda.

Sin alas y sin cola, el avión se precipitó hacia la escarpada montaña. Sin embargo, en vez de hacerse añicos contra una pared rocosa, aterrizó de vientre y empezó a deslizarse como un tobogán por la nieve de la empinada cuesta.

Otros dos muchachos salieron disparados del aparato; el resto de los viajeros quedó en el fuselaje, que se deslizaba velozmente montaña abajo. La fuerza de la desaceleración hizo que las butacas se desprendieran de su base y se fueran hacia adelante: aplastaron a quienes se encontraban en medio y derribaron el mamparo que separaba la ca-

bina de pasajeros del compartimiento de equipajes delantero.

Los pocos viajeros que aún conservaban el juicio aguardaban el choque del fuselaje contra las rocas. Pero no hubo tal sacudida. El joven Carlos Páez rezaba el avemaría, que había iniciado cuando el ala pegó en la montaña. Al recitar las últimas palabras de la oración, el aparato se detuvo. Siguió un instante de silencio, y luego, poco a poco, de todos los puntos de la cabina destrozada fueron surgiendo señales de vida: gemidos, oraciones, gritos que imploraban auxilio.

Algunos de los pasajeros más jóvenes, temerosos de que el avión estallara, saltaron fuera por el enorme boquete abierto en la popa. Alrededor de ellos no había más que nieve, y más allá, en tres lados, sólo se veían las grises paredes de las montañas. El Fairchild se había detenido de proa a la hondonada, en un tramo ligeramente ascendente. Al otro lado del valle se veían más montañas, lejanas y ocultas en parte por nubes grises.

Posibilidades de rescate

Los PRIMEROS jóvenes que se pusieron en movimiento en el interior de la cabina creyeron al principio ser los únicos sobrevivientes, pero comenzaron a surgir otros de los restos del aparato. En realidad, sólo tres pasajeros que se hallaban todavía en el fuselaje murieron en el choque. Un cuarto viajero, que sangraba copiosamente por una pierna cercenada, falleció poco después. De todas partes salían gritos de socorro de los lesionados.

Dos muchachos, Roberto Canessa y Gustavo Zerbino, estudiantes de medicina, auxiliaron a cuantos pudieron. Improvisaron vendas con las fundas de los respaldos de las butacas, pero fueron lamentablemente ineficaces para muchas lesiones. A un chico se le había torcido la pantorrilla de la pierna derecha hasta la espinilla y tenía el hueso totalmente expuesto. Zerbino asió el músculo, lo acomodó en su sitio y ató con una camisa la pierna herida.

Otro muchacho, Enrique Platero, fue en busca de Zerbino. Llevaba un tubo de acero clavado en el vientre. El estudiante de medicina se alarmó, pero recordó que un buen médico trata siempre de infundir ánimo a su paciente, así que le dijo en tono jovial: "No te preocupes. Eres fuerte. Ven a ayudarme".

Platero aceptó al parecer la opinión de Zerbino y se dispuso a auxiliar a los demás. De pronto el segundo asió el tubo, apoyó la rodilla en Platero y tiró con fuerza. El trozo de acero salió, pero también con él lo que parecían ser unos 15 cm. del intestino de Enrique. El joven se fajó rápidamente, y a continuación, animado sin cesar por Gustavo Zerbino, siguió ocupándose de los heridos.

Todos los sobrevivientes estaban seguros de que ya se habría difundido la noticia de la desaparición del avión, y pensaban que facilitarían el rescate si lograban radiar señales. La entrada a la cabina de



En la parte inferior izquierda de la foto se puede apreciar el rastro dejado por el fuselaje

los pilotos estaba bloqueada por las butacas apiladas al frente del compartimiento de pasajeros; pero desde el otro lado llegaban señales de vida, y Ramón "Moncho" Sabella se ofreció a tratar de comunicarse con los pilotos desde fuera.

Era casi imposible andar sobre la gruesa capa de nieve, pero Sabella discurrió valerse de los cojines de los asientos a manera de escalones para alcanzar la proa del avión. Allí encontró al piloto y al copiloto atrapados en sus asientos; tenían clavados en el pecho los instrumentos del aparato destrozado. El piloto estaba muerto, pero el copiloto, consciente, pedía agua. El joven puso un poco de nieve en un pañuelo y se lo aplicó a la boca. En seguida trató de conectar el aparato de radio, que no funcionó.

Declinaba la luz del día. A las 6 ya casi había anochecido, y la temperatura era de varios grados bajo cero. Era evidente que aquel día ya no llegarían a salvarlos. Así pues, acurrucados en el interior del avión, los 32 sobrevivientes se dispusieron a pasar la noche.

Muerte y desolación

La rotura de la parte trasera del fuselaje era muy irregular; había dejado siete ventanillas en el costado izquierdo del avión, pero sola-

mente cuatro en el derecho. La distancia entre la cabina de los pilotos y el boquete abierto en la popa era apenas de seis metros, y en casi todo ese espacio se hacinaban desordenadamente las retorcidas butacas. El único espacio que habían conseguido despejar antes de anochecer era el contiguo al boquete, y allí acomodaron a los heridos de gravedad.

Los sobrevivientes podían tenderse casi horizontalmente, pero el fuselaje apenas los protegía de la nieve y del áspero viento que soplaba en las tinieblas. El capitán del equipo de *rugby,* Marcelo Pérez, con la ayuda de un fornido jugador llamado Roy Harley, se afanó en levantar una barrera contra el frío con todo lo que encontró a mano, especialmente las maletas y los asientos, pero el viento soplaba tan intensamente que la improvisada barrera se derrumbaba una y otra vez.

Durante toda la noche se estuvieron oyendo en la oscuridad los gritos, gemidos y desvaríos de los heridos, así como las débiles exclamaciones del desesperado Lagurara. "Ya pasamos Curicó", decía. "Pasamos Curicó".

A pesar de las grandes molestias que sufrían, algunos jóvenes lograron conciliar el sueño, pero la noche parecía interminable. En cierto momento Zerbino creyó ver la débil luz del alba a través de la barrera protectora. Vio su reloj y eran apenas las 9 de la noche. Poco después los que yacían en el centro del aparato oyeron unas palabras extrañas al lado de la puerta. Imaginaron que algún grupo acudía en su auxilio, pero pronto se desengañaron: era un herido que oraba en inglés.

La mañana del sábado 14 de octubre, al salir el Sol, iluminó la masa informe del Fairchild, semisepultada en la nieve. El avión destrozado estaría a algo más de 3500 m. de altitud, entre el volcán Tinguiririca, en Chile, y el monte Sosneado, en Argentina. En todas direcciones se alzaban las paredes de gigantescas montañas. Aquí y allá aparecía entre la nieve la áspera piedra volcánica, pero en aquellos parajes no crecía nada: ni una mata, ni un arbusto; ni siquiera una brizna de hierba.

En el interior del avión, Canessa y Zerbino empezaron una vez más a examinar a los heridos, y descubrieron que otros tres habían muerto durante la noche. Poco era lo que podían hacer por los lesionados. El aparato no llevaba medicamentos, y Roberto Canessa se limitó a aconsejar a los que tenían un brazo o una pierna fracturados que extendieran sobre la nieve la extremidad lesionada para reducir la inflamación.

Zerbino examinó la punción que Enrique Platero tenía en el vientre, de donde había sacado la víspera el tubo de acero. Desenrolló la camisa que servía de venda al herido y encontró, como temía, que le salía un tramo de intestino. Zerbino lo ató con hilo para contener la hemorragia, lo desinfectó con agua de Colonia y en seguida dijo a Platero que se lo introdujera de nuevo en

la cavidad abdominal y que se volviera a vendar la herida inmediatamente. Enrique obedeció sin quejarse.

No faltaba a ambos estudiantes de medicina una enfermera. Entre los sobrevivientes había una mujer casada, Liliana Methol, en quien los más jóvenes (muchos de ellos eran menores de 20 años) hallaron una fuente natural de consuelo. Los chicos, en general, estaban rodeados en sus hogares de las atenciones solícitas de madres y hermanas afectuosas. Y al encontrarse en aquella imprevista situación de terror y desesperación buscaron amparo en la señora, que les infundía ánimos con la dulzura de sus palabras.

Durante todo el día Liliana y los estudiantes de medicina se dedicaron a atender a los heridos. La cabina de mando recibió su última visita. Lagurara no había dado señal de vida desde las primeras horas de la mañana; cuando se abrieron paso hasta él por el compartimiento de equipajes, encontraron que el copiloto ya había muerto.

Aquella muerte privó a los sobrevivientes del único hombre que podría haberles dicho qué debían hacer para facilitar su salvamento. El otro tripulante con vida, el mecánico, les comunicó que el Fairchild no llevaba equipo ni bengalas para casos de urgencia. Por añadidura, dijo que el aparato de radio únicamente funcionaría con las baterías del avión, perdidas desde el momento de desprenderse la cola.

Marcelo Pérez aún estaba seguro de que pronto recibirían auxilio. Sin embargo se convino en que era necesario racionar los alimentos, y Marcelo mismo hizo el inventario de todos los víveres disponibles.

Había algo de vino y whisky, pero de alimento sólido sólo contaban con 13 barras de chocolate, unos caramelos que encontraron esparcidos por el piso de la cabina, unos cuantos dátiles y ciruelas pasas, un paquete de galletas saladas, dos latas de almejas y una de almendras, más tres frasquitos de melocotón, manzana y zarzamora en conserva. Esto no constituía alimento suficiente para 28 personas, y como ignoraban cuántos días tendrían que esperar, decidieron hacer durar las provisiones lo más posible. Aquel día Marcelo distribuyó a cada uno a la hora del almuerzo un trozo de chocolate y el vino contenido en la tapa de una lata de desodorante.

La noche los sorprendió antes de lo que esperaban, si bien esta vez estaban mejor preparados. Habían despejado más espacio en el avión y levantaron una barrera más resistente contra el viento. Por otra parte, había mayor holgura, pues eran menos.

Una idea insensata

Por la mañana del domingo 15 de octubre, los que salieron del avión vieron que el cielo estaba despejado; no obstante su aflicción, les impresionó la grandeza de aquel valle silencioso. El buen tiempo les hizo creer que aquel mismo día los salvarían, o que al menos los avista-

rían. Mientras tanto debían resolver varios problemas. La carencia más apremiante era la de agua. Se les dificultaba derretir la nieve en cantidad suficiente para saciar la sed, y al tratar de comerla sólo conseguían helarse la boca.

Fue Adolfo Strauch el que ideó un medio para licuar la nieve. Adolfo, a quien llamaban cariñosamente Fito, no formaba parte del equipo de *rugby;* su primo Eduardo Strauch lo había convencido de que lo acompañara a Chile. Al observar cómo derretía el sol la capa de nieve, Fito pensó que podrían utilizar el calor solar para obtener agua. Su mirada encontró un rectángulo de aluminio, parte del respaldo de un asiento destrozado. Lo dobló hasta darle forma de cuenco; luego plegó un pedazo para improvisar un caño. Puso a continuación en el recipiente una delgada capa de nieve y expuso el artefacto a los rayos solares. Al poco tiempo caía un continuo y fino chorro de agua en la botella que Adolfo tenía ya dispuesta. Cada uno de los asientos tenía uno de aquellos rectángulos de aluminio, así que pronto funcionaban varios dispositivos para obtener agua.

A partir de ese día hubo otra boca más: Fernando (Nando) Parrado, que había estado en coma por haberse dado un golpe en la cabeza al estrellarse el avión y había pasado por muerto. De pronto recobró el conocimiento, y su primer pensamiento fue para su madre y para Susana, su hermana, que viajaban con él. Le dijeron entonces que su

MANNIX

Un hombre con violencia.

Un detective que
se juega la vida
en cada aventura.
MANNIX, Mike
Connors, abre
el fuego en episodios
llenos de suspenso
y emoción.
MANNIX, la serie que
se brinda simultáneamente
con EE. UU.

Y las piñas
se arman en el 13
a las 20 hs. Sí, una
horita antes de Tato.

**MANNIX
DOMINGOS
20 HS.**



No se pierda el 13.

madre había muerto y que su hermana, aunque gravemente herida, aún vivía.

Poco después de mediodía los muchachos avistaron un avión reactor que pasaba precisamente encima de ellos. Volaba a gran altura sobre las montañas, pero cuantos se encontraban allí, entre las nieves, agitaron los brazos, gritaron y trataron de hacer señales con trozos brillantes de metal. Muchos lloraban de alegría.

Por la tarde un aparato de turbohélice pasó volando de este a oeste, a menor altura que el anterior, y poco después otro avión cruzó de norte a sur. De nuevo los sobrevivientes agitaron los brazos y gritaron, pero ambas aeronaves pasaron de largo.

A las 4:30 surgió un biplano cuya ruta pasaba exactamente encima de los accidentados. Ya nada podía impedir que éstos creyesen lo que tanto deseaban creer, y algunos se sentaron en la nieve a esperar los helicópteros. Sin embargo, poco después empezó a oscurecer, el frío inclemente se intensificó y los helicópteros no llegaron.

Parrado durmió estrechando a Susana entre sus brazos; la cubría con el largo cuerpo para darle todo el calor que pudiese. Percibía la respiración irregular de su hermana, que gemía llamando a su madre muerta. Otros dormían a intervalos, acurrucados y tapados con mantas improvisadas de trozos de cubreasientos. En un espacio de seis metros por dos y medio, sólo conse-

guían acomodarse tendiéndose por parejas, unos detrás de otros, con los pies apoyados en los hombros del que estaba delante. El menor movimiento resultaba intolerable para los que sufrían contusiones o fracturas.

Por la mañana del cuarto día, lunes, algunos heridos dieron muestras de recuperación. La de Nando Parrado fue especialmente rápida, y el estado de Susana no le alarmaba. Mientras la mayoría de sus compañeros sólo pensaban en ser rescatados, él meditaba en la posibilidad de volver a la civilización por su propio esfuerzo.

—¡Eso es imposible! —exclamó Carlitos Páez— Morirías helado.

—Si me abrigo bien, no.

—Morirías de hambre. No es posible escalar montañas sin más alimento que un pedazo de chocolate y un trago de vino.

—Entonces cortaré carne del cadáver de uno de los aviadores.

Si bien Carlitos no tomó en serio aquella sugerencia, en su fuero íntimo se sentía más inquieto a medida que trascurría el tiempo sin que los auxiliaran. Y también él empezó a tramar la forma de salir de allí.

La dificultad mayor consistía en que no tenían la menor idea de dónde estaban. Por las repetidas veces que el copiloto se había referido a Curicó, y tras estudiar las cartas de navegación halladas en la cabina del piloto, los jóvenes creían que, yendo hacia occidente, llegarían pronto a los verdes valles y a los poblados chilenos. Pero las gigantescas montañas bloqueaban el paso hacia el oeste, y el valle en que estaban atrapados conducía hacia el este; es decir —pensaban ellos—, los llevaría otra vez al centro de la cordillera.

Por añadidura, no habían podido alejarse del avión después de las 9 de la mañana. Pasada esta hora, bastaba un poco de sol para que la capa de hielo empezara a derretirse, y los muchachos se hundían hasta los muslos en la nieve blanda. Sin embargo, Fito Strauch, el inventor, descubrió que los cojines de las butacas, atados a las botas, servían como raquetas para andar sobre la nieve. Él y Canessa decidieron explorar inmediatamente montaña arriba, no sólo para saber qué había del lado opuesto, sino también para averiguar si sobrevivía alguno de sus amigos que habían caído con la cola del avión.

También Carlitos Páez y Numa Turcatti ansiaban escalar la montaña; así pues, los cuatro se pusieron en camino a las 7 de la mañana del 17 de octubre. Tras andar una hora, descansaron un rato y luego reanudaron la marcha. El aire estaba enrarecido y avanzaban penosamente; a medida que el Sol se elevaba, la capa de hielo se iba derritiendo, por lo cual los caminantes tuvieron que atarse a las botas los cojines, que al poco tiempo se empaparon. Ninguno había comido nada sustancioso desde hacía cerca de cinco días; Canessa les propuso regresar. Rechazada esta iniciativa, todos siguieron

adelante trabajosamente. Pero cuando Fito se hundió en la nieve hasta la cintura, al borde de una grieta, el incidente los alarmó. Y no se veía por allí ni una maleta, ni rastro de la cola del Fairchild.

—No será fácil salir de aquí —comentó Canessa—. Ya ven qué débiles estamos por la falta de alimento.

—¿Saben lo que me dijo Nando? —preguntó Páez— Que si no nos llegara auxilio, se comería a uno de los aviadores —y tras un silencio añadió—: El golpe en la cabeza debió de trastornarlo.

—No lo sé —replicó Fito—. Tal vez sea ese el único medio de sobrevivir.

Carlitos no dijo nada más, y los cuatro emprendieron el regreso cuesta abajo.

Busca inútil

Cuando la dirección del tráfico aéreo de Santiago perdió contacto con el Fairchild uruguayo, telefoneó inmediatamente al Servicio Aéreo de Rescate. El comandante del SAR estaba ausente, así que llamaron a dos ex comandantes, Carlos García y Jorge Massa, para que dirigieran la operación de localización y salvamento.

Aquella misma tarde un avión DC-6 empezó a registrar el corredor aéreo que va de Curicó a Santiago, a partir de la última posición dada por el aparato perdido. Al no descubrir nada, el DC-6 tomó la ruta que debía haber seguido el Fairchild, hasta la zona situada entre Curicó y el Planchón. Una ventisca que azotaba este último lugar no les permitió ver nada, y el avión regresó a Santiago.

Al día siguiente García y Massa estudiaron con más detenimiento los datos de que disponían. Los ex comandantes llegaron a la conclusión de que el Fairchild no pudo estar sobre Curicó a la hora en que el copiloto había comunicado tal posición, sino que estaría sobre el Planchón, y que, en vez de virar hacia Santiago, el avión perdido había volado hacia el centro de los Andes. Massa y García delimitaron cuidadosamente en el mapa un cuadrado de 50 centímetros de lado que representaba la zona donde debió de ocurrir el desastre. Luego despacharon desde Santiago varios aviones para explorarla.

No era labor sencilla. Las montañas de la región llegan a 4500 metros sobre el nivel del mar. Si el Fairchild se hubiese estrellado entre ellas, seguramente habría caído en uno de los valles que se abren a 3600 metros de altitud y donde la nieve alcanza de cinco a 30 metros de espesor. Además, como la parte superior del fuselaje estaba pintada de blanco, resultaría invisible para cualquier avión que volara encima de los picos andinos. No obstante, un convenio internacional prescribe que el país donde ocurra un accidente aéreo habrá de buscar los restos del aparato desaparecido durante diez días. Tal era el deber que correspondía al Servicio Aéreo de Rescate.

La busca continuó hasta el 17 de octubre; ese día cubrían la región nubes espesas y grandes capas de nieve. Mientras tanto llegaron a Chile 22 parientes de los pasajeros, dispuestos a ayudar en lo que pudieran, a la vez que elaboraban diversas hipótesis acerca del sitio de la caída del avión.

El 19 de octubre el SAR reanudó la busca, que se prolongó hasta la mañana del 21. Al mismo tiempo varios aviones argentinos hicieron desde Mendoza vuelos de reconocimiento. No se encontró ni rastro del Fairchild.

Desde el principio los hombres del SAR abrigaron pocas esperanzas de que pudiera sobrevivir alguien tras un desastre en la cordillera. En esa época del año la temperatura desciende por la noche hasta 30 o 40 grados C. bajo cero, de suerte que si, por un capricho del destino, unos cuantos viajeros hubiesen sobrevivido al accidente, sin duda habrían muerto de frío la primera noche. Mientras tanto, los del SAR arriesgaban la vida en sus vuelos y gastaban grandes cantidades de combustible.

El 21, a mediodía, los ex comandantes García y Massa, convencidos de que sería inútil continuar buscando, anunciaron que "en vista de los resultados negativos, se suspende la busca del avión uruguayo".

AQUELLA noche, en la montaña, Nando Parrado despertó al sentir que Susana se le había helado en los brazos. Al momento aplicó los labios a la boca de su hermana y, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas, trató de insuflar aire en los pulmones de la joven. Cuando el cansancio lo obligó a cejar en su empeño, Carlitos Páez lo remplazó, pero en vano. Susana había muerto.

Tabú primitivo

LOS SOBREVIVIENTES despertaron la mañana del domingo 22 de octubre para enfrentarse al décimo día de permanencia en la montaña. Los primeros en salir del fuselaje fueron Marcelo Pérez y Roy Harley. Este último había encontrado una radio de transistores, con la cual consiguieron captar partes de trasmisiones chilenas. Pero no oyeron noticias de que se hicieran esfuerzos para salvarlos.

De los demás jóvenes, pocos se molestaron en salir a la nieve. El hambre empezaba a hacer estragos. Cuando se ponían en pie, se mareaban y les costaba trabajo mantener el equilibrio. Sentían frío, incluso cuando el Sol estaba lo bastante alto para calentarlos, y ya la piel se les iba arrugando como si fueran ancianos. Para todos resultaba claro que no podrían sobrevivir mucho tiempo.

Se concentraron en buscar nuevas fuentes de alimento. En partes de roca donde no había nieve encontraron algunos líquenes; los arrancaron e hicieron con ellos y con nieve una pasta que resultó amarga y nauseabunda, sin ningún valor nutritivo. Algunos pensaron

en los cojines de las butacas, pero estaban rellenos con nailon y espuma de caucho, y no de paja como esperaban.

No les quedaba sino una espantosa posibilidad. Alrededor del avión yacían en la nieve los cadáveres de las víctimas, que el intenso frío había conservado. Repugnaba a todos pensar en cortar la carne de los que habían sido sus amigos, mas una lúcida comprensión del trance en que se hallaban los llevó paulatinamente a considerar tal posibilidad.

Canessa se atrevió por fin a plantear la cuestión con toda franqueza. Arguyó con persuasiva energía que nadie acudiría a auxiliarlos; que tendrían que salir de allí por sus propios medios; que no podrían hacer nada si no comían y que el único alimento disponible era la carne humana. Subrayó que tenían el deber moral de conservar la vida por cualquier medio a su alcance. Como el joven tenía firmes convicciones religiosas (todos ellos eran católicos), sus palabras adquirían gran importancia.

—Esa carne es alimento —prosiguió—. Las almas de nuestros compañeros ya han abandonado sus cuerpos y están con Dios en el cielo. Lo único que queda aquí son los despojos, que ya no son seres humanos, sino carne, como la del ganado que comemos en casa.

Otros intervinieron en el debate.

—¿No han visto el esfuerzo tremendo que nos costó avanzar apenas cien metros montaña arriba? —preguntó Fito Strauch— Piensen cuánta energía necesitaremos para llegar a la cima.

Se convocó a una reunión en el interior del Fairchild, y por primera vez los 27 sobrevivientes discutieron si debían o no debían comer la carne de los muertos para seguir viviendo. Canessa y Fito reiteraron sus argumentos.

—¿Qué hemos hecho —preguntó Marcelo Pérez— para que ahora Dios nos ponga en el trance de comernos los cadáveres de nuestros amigos?

Siguió un momento de vacilación, y luego Zerbino se volvió hacia el capitán del equipo para rebatir:

—Pero ¿qué crees que pensarían ellos? Por mi parte, estoy seguro de que si mi cadáver les fuera útil, querría que lo aprovecharan.

Esta reflexión del muchacho disipó muchas dudas, pues por más que cada uno de ellos se resistiera a comer la carne de sus amigos, fundamentalmente estuvieron de acuerdo con Zerbino.

Los jóvenes siguieron discutiendo el punto durante la mayor parte del día; ya entrada la tarde, resolvieron proceder sin tardanza, pues de otra manera ya no lo harían nunca. Sin embargo, permanecieron en silencio absoluto en el interior del avión. Por fin cuatro de ellos: Canessa, Zerbino, Fito Strauch y Daniel Maspons, salieron a la nieve. Sin que ninguno pronunciara una palabra, el primero se arrodilló, descubrió la piel de uno de los cadáveres y le hizo un corte con un

trozo de vidrio. La carne estaba congelada y se dificultaba cortarla, pero Canessa persistió hasta hacer 20 tiras del tamaño de un fósforo.

Los muchachos seguían en el Fairchild, encogidos y silenciosos. Canessa les anunció que la comida se secaba al sol en el techo del aparato, y que los que quisieran podían ir a buscarla. Nadie se movió, y de nuevo el joven demostró su entereza. Oró pidiendo a Dios que le ayudara a hacer lo que consideraba justo, y luego cogió una tira de carne. Pero vaciló; a pesar de su inconmovible voluntad, lo paralizó el horror de lo que se disponía a hacer. No podía llevarse la mano a la boca ni dejarla caer; luchaban en él la repulsión y el firme propósito, que al fin prevaleció. Alzó entonces la mano, se metió en la boca el trozo de carne y lo deglutió.

Tuvo una sensación de triunfo; había superado un tabú primitivo. Sobreviviría.

Aquella noche, más tarde, los muchachos salieron del avión en grupos pequeños para seguir el ejemplo de Canessa. Zerbino tomó una tira y quiso tragarla, pero se le atascó en la garganta. Se introdujo un puñado de nieve en la boca y con ella logró pasarla. Fito Strauch hizo lo mismo, y luego otros.

El alud

A LA mañana siguiente Roy Harley encendió la radio de transistores y se enteró de que el SAR había desistido de buscar al Fairchild. Cuando lo supieron los demás empezaron a rezar entre sollozos . . . Todos, excepto Parrado, que fijaba la vista en los picos de las montañas erguidas al occidente.

Quería iniciar la marcha en seguida, y sus compañeros lo disuadieron a duras penas. Al fin y al cabo, diez días antes lo habían dado por muerto. Así pues, se acordó que un grupo de los más fuertes hiciera el intento, y, poco después de una hora, Zerbino, Turcatti y Maspons iniciaron la ascensión. Sus amigos los siguieron con la mirada hasta que desaparecieron.

Los tres emprendieron la marcha tan impulsivamente que no pensaron en equiparse como era debido. Calzaban mocasines o zapatos con suelas de caucho y sólo vestían camisa, suéter y una chaqueta ligera; se cubrían las piernas con delgados pantalones. Creían que su expedición sería corta, pero estuvieron dos días en la montaña, y la única noche que pasaron allí sufrieron tanto frío como si hubieran ido desnudos. Tuvieron que golpearse unos a otros con manos y pies para activar la circulación sanguínea; ninguno de ellos creyó sobrevivir.

Al día siguiente reanudaron la marcha, pero, conforme iban ascendiendo, la empresa les parecía más desesperada. Cada vez que creían haber llegado a la cima veían que en realidad sólo habían franqueado un collado; la cumbre se alzaba aún muy por encima de ellos.

Por fin encontraron parte de los restos del avión, y allí se explicaron lo sucedido a las víctimas cuyo

paradero ignoraban. No encontraron, sin embargo, ni rastro de la cola. Agotados, iniciaron el regreso montaña abajo.

—En mi opinión —declaró Maspons cuando iban a llegar al Fairchild—, debemos ocultar a los demás lo difícil de nuestra situación.

No era necesario, pues los tres arrastraban los congelados pies y a Zerbino lo había cegado el resplandor de la nieve. Para nadie era un secreto que la corta expedición había estado a punto de acabar con tres de los jóvenes más vigorosos del grupo.

Al anochecer del decimoséptimo día Roy Harley se disponía a dormirse cuando sintió una leve sacudida y un segundo después oyó que caían al suelo unos trozos de metal. Se puso en pie de un salto, pero al hacerlo se hundió en la nieve hasta la cintura. Al mirar en torno quedó horrorizado. Un alud había derrumbado la barrera levantada a la entrada del avión, y quedó sepultado todo lo que estaba en el interior del fuselaje: personas dormidas, mantas, cojines. Roy escarbó febrilmente en busca de Carlitos, que dormía cerca. Descubrió al fin el rostro, y en seguida el torso de su amigo.

Luego vio que salían de entre la nieve las manos de otros compañeros; Harley dejó a Carlitos. Sintió desesperación; al parecer sólo él estaba en condiciones de auxiliarlos. Desenterró a Canessa y se dirigió a la parte delantera de la cabina, donde halló a Fito Strauch. Pero pasaban los minutos y muchos seguían sepultados por la nieve.

Carlos Roque, el mecánico del avión, y Juan Carlos Menéndez murieron casi instantáneamente, aplastados por la barrera de la entrada y las toneladas de nieve que les cayeron encima. Numa Turcatti y Alfredo "Pancho" Delgado quedaron atrapados bajo la curvada puerta de emergencia del avión, que usaban como parte de la barrera. Bajo la cóncava superficie tenían aire suficiente para respirar. Permanecieron allí seis o siete minutos, hasta que otros compañeros los sacaron.

Todos trabajaron con tanta energía como pudieron, escarbando en la nieve y desenterrando a una persona tras otra. A unas las sacaron sólo a medias para que lograran respirar mientras buscaban a otras. Pero pasado aquel trance, cuando todos los que seguían con vida se apretujaban entre sí en el reducido espacio que quedaba entre el techo del Fairchild y el glacial piso de nieve, comprobaron que varios de sus amigos más queridos yacían sepultados bajo sus pies. Marcelo Pérez, el capitán del equipo de *rugby*, había muerto. Fallecieron también: Enrique Platero, cuya herida de vientre ya había cicatrizado; Gustavo Nicolich; Daniel Maspons, el mejor amigo de Canessa; Liliana Methol, la que había consolado a todos, y Diego Storm. En total, el alud había matado a ocho personas.

Al caer la noche los sobrevivien-

tes estaban empapados, entumecidos, tiritando de frío. No tenían mantas, zapatos ni cojines para abrigarse, y apenas quedaba lugar donde sentarse o estar de pie. Lo único que podían hacer era permanecer tendidos, apretados unos contra otros, y darse manotazos para que la sangre les circulara, pero sin saber siquiera a quién pertenecían las piernas o brazos que golpeaban.

El poco aire que circulaba, enrarecido y sofocante, fue causa de que varios chicos estuvieran a punto de desmayarse. Parrado tomó una barra de acero, parte de la herramienta del avión, y trató de perforar con ella el techo de la cabina. Trabajaba a la luz de cinco encendedores mientras los jóvenes que lo rodeaban lo miraban inquietos, pues ignoraban si la nieve que los cubría tendría medio metro o cinco metros de espesor. Pero en cuanto el muchacho consiguió atravesar el techo y sacar la barra por el agujero, la sintió salir al aire libre sin ninguna dificultad.

El avión había quedado con la proa hacia arriba, por lo que, al parecer, la cabina de mandos ofrecía la mejor vía de escape. Pero cuando Roy Harley rompió al fin una de las ventanillas delanteras, comunicó a sus compañeros que soplaba una furiosa ventisca.

La tormenta se prolongó otros dos días, durante los cuales no pudieron comer nada. Los muertos al estrellarse el Fairchild estaban bajo la nieve, afuera del avión; así pues, varios muchachos desenterraron un cadáver de las víctimas del alud, y a la vista de todos cortaron de él unos trozos de carne. Anteriormente aquel alimento se había puesto al menos a secar al sol, pero esta vez no tuvieron más remedio que comerlo crudo. Fue una impresión terrible; algunos no pudieron comer pedazos de la carne del cadáver de un amigo que dos días antes aún vivía entre ellos.

El primero de noviembre dejó de nevar, y seis jóvenes salieron a calentarse al sol en el techo del avión. Canessa y Zerbino quitaron la nieve de las ventanillas para que penetrara más luz; Fito y Eduardo Strauch y Daniel Fernández licuaron nieve para convertirla en agua potable, mientras Carlitos fumaba un cigarrillo pensando en su familia, pues aquel día era cumpleaños de su padre y de su hermana. Tenía la certeza de que volvería a verlos. Si Dios lo había salvado de morir en el choque y en el alud, era para devolverlo a sus seres queridos. Reforzaba esta convicción al sentir la presencia del Creador en el paisaje que lo rodeaba.

El tiempo siguió despejado los días siguientes. No ocurrieron grandes nevadas, y los más fuertes y activos de los 19 muchachos sobrevivientes pudieron abrir un segundo túnel en la parte posterior del aparato. Así se dedicaron a retirar de la cabina la nieve y los cadáveres sepultados. La nieve estaba dura como la roca y la herramienta era inapropiada para la tarea. Les fue difícil mover aquellos cuerpos, con-



Un grupo de sobrevivientes junto al Fairchild

gelados en un último ademán defensivo; algunos quedaron con los brazos en alto para protegerse el rostro, como las víctimas del Vesubio en Pompeya.

Los sobrevivientes tardaron ocho días en convertir los restos del avión en un sitio medianamente habitable. Pero sintiendo que Dios los ayudaría si se ayudaban a sí mismos, empezaron a hacer planes para escapar.

Operación Navidad

Los SOBREVIVIENTES decidieron formar un grupo de cuatro expedicionarios. Varios muchachos se ofrecieron de voluntarios, pero era evidente que unos constituían mejores candidatos que otros. Parrado estaba tan decidido a escapar que, si no lo hubieran elegido, se habría marchado por su propia cuenta. También Turcatti insistió en formar parte del cuarteto; ya había participado en dos cortas expediciones en que dio pruebas de su vigor. Canessa, apodado "Músculos", se creía en el deber de tomar parte en la empresa por su excepcional fuerza física. El cuarto del grupo fue Antonio Vizintín.

Una vez elegidos, a los cuatro se les consideró una casta de guerreros con privilegios especiales. Comían más carne que los demás; dormían donde querían y el tiempo que desearan. Ya no se les exigía que hicieran ninguna labor. Por la noche

se decían plegarias por su salud y bienestar, y en presencia de ellos todas las conversaciones eran optimistas.

A los expedicionarios no se les consideraba jefes, sino una clase aparte. Los tres que en realidad gobernaban a la pequeña comunidad eran Eduardo y Fito Strauch, y Daniel Fernández (primos los tres entre sí). Seguían en la escala jerárquica Carlitos Páez, Pedro Algorta y Gustavo Zerbino, que actuaban como ayudantes de Daniel Fernández y de los Strauch. El sistema funcionaba a la perfección.

Dos sobrevivientes no podían trabajar con el equipo: Rafael Echavarren y Arturo Nogueira. Echavarren, el muchacho al que se le desprendió parcialmente la pantorrilla, tenía la pierna llena de pus; además se le había helado el pie y se le iba extendiendo desde los dedos el negror de la gangrena.

Al principio Arturo Nogueira había estado en mejores condiciones físicas, pero él también sufría una lesión infectada en una pierna, y después del alud decayó rápidamente. Pasó toda una semana sin que advirtieran que el muchacho no había comido su ración. Entonces Pedro Algorta le metía en la boca los trocitos de carne. Pero en vano; Nogueira falleció dos días después, mientras dormía en brazos de Algorta.

La muerte de Nogueira echó por tierra la suposición de que los sobrevivientes del alud estaban destinados a salvarse, con lo cual fue más acuciante la necesidad de escapar. Al aproximarse la primavera andina, los expedicionarios se dedicaron a preparar la ropa que llevarían. El único contratiempo fue que alguien pisó a Turcatti en la pierna y la magulladura empezó a infectársele. Numa declaró que aquello no tenía importancia, y por lo pronto nadie pareció preocuparse. Pensaban sobre todo en la ruta que deberían seguir. Todos sabían, desde luego, que Chile quedaba al occidente; pero también que el agua corre siempre hacia el mar. Por tanto, razonaban, el valle en que estaban (y que bajaba al oriente) doblaría en algún punto hacia el oeste. Basados en esta hipótesis, los expedicionarios se proponían emprender la marcha valle abajo. Las montañas que se alzaban al poniente eran demasiado altas para intentar escalarlas.

Tuvieron que diferir la partida, fijada para el 15 de noviembre: una fuerte ventisca obligó a los expedicionarios a regresar a las pocas horas de marcha y el viento siguió soplando dos días, durante los cuales empeoró la pierna de Turcatti. Todos pensaban que sólo retrasaría a los demás.

Al despertar por la mañana del viernes 17 de noviembre, cuando llevaban ya cinco semanas en la montaña, vieron todos un cielo azul y despejado; Parrado, Canessa y Vizintín no tardaron en ponerse en camino. Sin embargo, tras dos horas de marcha ocurrió un incidente que les hizo alterar los planes: encon-

traron la cola del avión. Aquello equivalió al hallazgo de un tesoro, porque iba allí la mayor parte del equipaje, así como las baterías que, según había dicho el mecánico, necesitaba la radio del Fairchild para funcionar.

Los tres expedicionarios decidieron regresar al avión, retirar el emisor de radio y llevarlo adonde estaba la cola. Al tomar esta resolución tuvieron también en cuenta un segundo factor: observaron desde su posición que, al parecer, el valle no torcía hacia occidente, sino que se prolongaba hacia el este. Pasaron dos días guarecidos en la cola, tras lo cual volvieron a emprender la subida de regreso hasta el avión; llevaban un improvisado trineo y alforjas con ropa para sus compañeros.

Al reunirse con el resto del grupo, lo encontraron presa del desaliento y la desesperación: el día anterior había muerto Echavarren.

En otros lugares del mundo, no todos los padres de los viajeros perdidos consideraban definitivo el fallo del SAR. El 5 de diciembre un grupo de padres de los desaparecidos visitó al comandante en jefe de la Fuerza Aérea Uruguaya para pedirle que enviara un avión a inspeccionar la cordillera. El comandante llamó a un oficial subalterno que había colaborado con el SAR en la investigación del desastre. El oficial informó que no se podría intentar nada antes de febrero. Aquel invierno cayeron en los Andes las más fuertes nevadas de los 30 años últimos. El avión debía de estar completamente sepultado bajo la nieve y, por otra parte, no cabía esperar que quedara viva alguna víctima.

El comandante se volvió a mirar a los hombres que tenía frente a sí; suponía que aceptarían el informe del oficial. Pero, aunque en el fondo todos estaban convencidos de que una nueva busca sería infructuosa, insistieron en que era necesaria. El comandante cedió: "Señores", declaró, "la Fuerza Aérea Uruguaya pondrá un avión a disposición de ustedes".

El 11 de diciembre salieron cinco de los padres rumbo a Santiago, desde donde volarían sobre los Andes. Llamaron a su empresa "Operación Navidad".

Motivo de orgullo

El intento de hacer funcionar el aparato de radio fracasó. Sin más herramienta que un destornillador, una navaja y unos alicates, los jóvenes desconectaron los audífonos, el micrófono y el trasmisor, y desmontaron la antena del techo del avión. Tardaron varios días en hacerlo, y luego Canessa, Parrado y Vizintín, seguidos por Roy Harley, bajaron hasta el lugar en que estaba la cola. Permanecieron fuera ocho días; Parrado y Vizintín volvieron en una ocasión en busca de comida.

Harley y Canessa hicieron todas las conexiones entre la batería, la radio y la antena, pero no conseguían captar ninguna señal por los audífonos. Pensando que la antena

estaría estropeada, arrancaron unos pedazos de alambre de los circuitos eléctricos y con ellos improvisaron otra antena de unos 20 metros de longitud. Cuando la conectaron a la radio de transistores, lograron escuchar muchas radiodifusoras de Chile, Argentina y Uruguay. Sin embargo, al conectarla al receptor del avión no lograron captar ninguna señal.*

Siguieron trabajando, y en eso oyeron por la radio de transistores un boletín en que se anunciaba la reanudación de la busca de los sobrevivientes con un avión Douglas C-47 del Uruguay. Los muchachos resolvieron formar una gran cruz en la nieve, junto a la cola, utilizando para ello las maletas esparcidas a su alrededor. Pero antes de partir Vizintín desprendió el material aislante del sistema de calefacción del Fairchild, instalado en la cola. Este material haría las veces de excelente saco de dormir y les resolvería el problema que los había atormentado: cómo calentarse durante la noche sin tener que refugiarse en el avión.

Al volver Canessa al Fairchild, la desolación del cuadro que se ofrecía a la vista lo dejó consternado. Después de ocho días de ausencia pudo observar con cierta objetividad la demacración de los barbados rostros de sus amigos. Vio también con otros ojos un horripilante espectáculo sobre la nieve: cráneos y cadáveres desgarrados, y se dijo que antes de que acudieran a auxiliarlos tendrían que "limpiar" aquel lugar.

Los expedicionarios comunicaron a los demás lo que habían oído por la radio, aunque estaban decididos a arrostrar los peligros de una nueva expedición. La noticia del Douglas C-47 no había afectado un ápice la resolución de escapar que animaba a Parrado, pero en Canessa provocaba cierta vacilación. "Tendremos que esperarlos diez días cuando menos", argüía, "y luego tal vez nos pondremos en marcha. Es una locura arriesgar la vida sin necesidad".

Este retraso encolerizó al grupo. No habían tratado a Canessa con toda clase de mimos por espacio de tanto tiempo para que él, llegado el momento, se negara a partir. Tampoco confiaban en que el C-47 los encontrara; primero oyeron por la radio que el avión de rescate había tenido que aterrizar en Buenos Aires por una avería del motor, y que luego debió hacer reparaciones en Los Cerrillos. Fito preguntó a Canessa: "¿No comprendes que no buscan sobrevivientes? Vienen en busca de cadáveres. Tomarán fotografías aéreas y regresarán a revelarlas, a estudiarlas . . . Tardarán semanas en descubrirnos . . ."

El 8 de diciembre es la festividad de la Inmaculada Concepción. En honor de la Virgen, y para rogarle que intercediera por el éxito de la

*No era posible captarla. Para que funcionara el aparato de radio del avión necesitaban una corriente alterna de 110 voltios, que normalmente se obtenía de un generador acoplado a los motores del Fairchild. La batería sólo producía una corriente continua de 28 voltios.

expedición, los muchachos decidieron rezar los 15 misterios del rosario. Pero apenas habían recitado los cinco primeros, se fueron apagando las voces y los jóvenes se quedaron dormidos uno tras otro. Por tanto, completaron el rosario a la noche siguiente, cuando Parrado cumplía 23 años. Para festejar la ocasión, la comunidad le regaló uno de los cigarros habanos encontrados en la cola del Fairchild.

El 10 de diciembre Canessa seguía insistiendo en que aún no estaban preparados para salir. El saco de dormir no estaba bien cosido, según él, ni había reunido el equipo necesario. No obstante, en vez de dedicarse a cumplir las tareas pendientes, Canessa permanecía acostado, "ahorrando energías", o se limitaba a curar los abscesos que se le habían formado en las piernas a Roy Harley.

A la mañana siguiente los Strauch se levantaron temprano y se pusieron a arreglar el saco de dormir. Estaban decididos a que, llegada la noche, no quedaran excusas para nuevas demoras. Pero aquel día ocurrió algo ante lo cual resultaron superfluas sus advertencias y reconvenciones.

Numa Turcatti estaba cada vez más débil. Desde antes del accidente, su mejor amigo era Pancho Delgado, quien se encargó de velar por él e incluso de proporcionarle raciones extraordinarias. Turcatti, sin embargo, seguía decayendo. A veces deliraba, y el 11 de diciembre cayó en estado de coma. Delgado se apresuró a ir a su lado. Numa yacía con los ojos abiertos, pero no parecía advertir la presencia de su amigo. Respiraba lenta y penosamente. Pancho, de rodillas, empezó a rezar el rosario. Mientras oraba, Numa dejó de respirar.

La muerte de Turcatti convenció a Canessa de que no podrían esperar más. Roy Harley, José Luis Inciarte y Moncho Sabella estaban muy débiles y a menudo desvariaban. El retraso de un solo día más podría ser para ellos la muerte. En consecuencia, todos acordaron que la expedición saldría al día siguiente rumbo a Chile, hacia el oeste.

Hacia la cima

Canessa, Parrado y Vizintín se aprestaron a partir a las 5 de la mañana del día siguiente. Primero se pusieron la ropa que habían elegido entre el equipaje de los 45 pasajeros y tripulantes del avión. Parrado, por ejemplo, se vistió con una camiseta y un par de pantalones largos y ligeros de mujer; encima tres pares de pantalones de mezclilla y seis suéteres. Luego se caló un estrecho gorro de lana, en seguida el capuchón y las hombreras que había cortado del abrigo de piel de su hermana, y por último una chaqueta corta. Con los zapatos de *rugby* calzaba cuatro pares de calcetines, envueltos en bolsitas de plástico para que no los calara la nieve. Se protegía las manos con guantes, y los ojos con gafas oscuras; para ayudarse a escalar, se armó de una pértiga de aluminio.

A Canessa le agradaba pensar que cada una de las prendas usadas por él tenía un valor inestimable. Uno de los suéteres se lo había regalado una amiga de su madre; otro, su madre misma. Uno de los pantalones que llevaba fue de Daniel Maspons, su amigo íntimo; y el cinturón perteneció a Panchito Abal, muerto en el accidente. Se lo dio Parrado y le dijo: "Me lo regaló Panchito, que era mi mejor amigo. Ahora lo eres tú, así que tómalo".

"No olviden reservarnos habitaciones en un buen hotel de Santiago", les recomendó uno de sus compañeros. En seguida se abrazaron todos y entre gritos de "¡Hasta luego!" los tres expedicionarios empezaron a subir la cuesta.

Estudiaron detenidamente la brújula del Fairchild y se lanzaron a escalar la montaña con rumbo oeste, por la pared que miraba al valle. La marcha fue muy penosa. No sólo tenían que luchar con la empinada ladera, sino que la nieve había comenzado a derretirse y, a pesar de sus improvisadas raquetas, se hundían en ella hasta las rodillas. Pero persistían en la empresa, aunque descansaban a intervalos de unos cuantos metros. Cuando hicieron alto para almorzar junto a un crestón de rocas, ya iban a buena altura.

Se habían propuesto alcanzar la cima antes de la puesta del Sol, pues sería poco menos que imposible dormir en la empinada ladera. Pero, como ya sabían por experiencia, en aquellos parajes las distancias son engañosas, y cuando el Sol tramontó aún les faltaba mucho para llegar a la cumbre.

Llenos de aprensión, se pusieron a buscar un sitio donde acampar, y un poco más adelante llegaron hasta un enorme peñasco junto al cual el viento había hecho una zanja en la nieve. Decidieron instalarse allí y se metieron en el saco de dormir.

Trascurrida la noche, cuando el Sol asomó por encima de los montes, los expedicionarios reanudaron la marcha. Aquella parte de la montaña era ya tan escarpada que Vizintín no se atrevía a mirar hacia abajo. Y a los tres se les caía el alma a los pies al comprobar que cada cima erguida encima de ellos resultaba ser apenas una loma nevada o un crestón rocoso. A media tarde aún no habían llegado a la cumbre.

Pasaron otra noche en la montaña, y por la mañana Canessa propuso que Parrado y Vizintín le dejaran sus morrales y siguieran subiendo un poco más para comprobar si iban acercándose a la cima. Parrado emprendió la marcha inmediatamente, seguido por Vizintín.

La pared de nieve era casi vertical, y Parrado tenía que escalarla abriendo asideros y apoyos para manos y pies. No se desalentó por ello y siguió adelante, aguijoneado por la emoción del montañero que se siente a punto de vencer. A medida que ascendía, pensaba: "Ahora veré un valle, un río, hierba verde, árboles . . ." Y de pronto comprobó que estaba en la cumbre.

Pero el gozo le duró sólo unos

instantes. El panorama que tenía ante sí no era de valles que descendieran hacia el Pacífico, sino de una sucesión interminable de montañas nevadas. Por primera vez sintió que aquel era su fin y el de sus compañeros. Se dejó caer de rodillas y tuvo el impulso de echarse a llorar y maldecir al cielo por tamaña injusticia. Pero se contuvo, y al levantar de nuevo la mirada, jadeando aún por el tremendo esfuerzo hecho en el enrarecido aire de las alturas, a su desesperación siguió otra vez un gozo indecible por lo que había logrado. "He escalado esta montaña", se dijo, "y la llamaré monte Seler en honor de mi padre".

Al escudriñar el paisaje que se extendía ante él, Parrado descubrió hacia el oeste dos picos que no estaban nevados. "La cordillera tiene que acabar en alguna parte", pensó, "así que tal vez esos dos picos sean territorio chileno". Oyó en eso que Vizintín le llamaba desde abajo, y Parrado le gritó alborozado:

—¡Regresa por Músculos! ¡Dile que todo va bien! ¡Que suba a comprobarlo con sus propios ojos!

Cuando Canessa alcanzó la cima, quedó horrorizado al ver que la cordillera se prolongaba sin fin hacia el oeste.

—¡Estamos perdidos! —declaró— ¡Estamos completamente perdidos! ¡No hay ninguna posibilidad de atravesar eso!

Parrado señaló hacia un punto en el plano medio.

—Si bajamos por esa montaña y luego a lo largo de aquel valle, llegaremos hasta una especie de Y griega. Un brazo de la Y tiene que llevarnos hasta aquellas montañas sin nieve.

Canessa siguió con la mirada la línea que señalaba el brazo de Parrado.

—Es posible —repuso—; pero tardaríamos 50 días, y sólo tenemos comida para diez.

Pero Parrado ya lo había tomado en cuenta, y había llegado a una decisión. Vizintín regresaría; así tendrían alimento para unos 20 días más, si lo racionaban prudentemente. Después... tal vez encontrarían algo...

Desanduvieron el camino montaña abajo, y alrededor de las 5 de la tarde llegaron donde Vizintín aguardaba. Parrado le comunicó su decisión. A la mañana siguiente el muchacho compartió sus provisiones y algo de ropa con sus dos amigos, y emprendió el descenso hacia el avión.

—Dile a Fito que seguimos hacia el oeste —le recomendó Canessa—. Y si llegan a salvarlos, díganles que nos busquen.

Vizintín descendió sentado en un cojín a manera de trineo. Aunque en la ascensión habían tardado tres días, él bajo hasta el avión en sólo 45 minutos.

Una vista del Paraíso

El 16 de diciembre, a las 9 de la mañana, Parrado y Canessa se pusieron nuevamente en marcha hacia la cúspide. Esta vez llevaban los morrales, que con la partida de Vi-

zintín pesaban más. El aire estaba muy enrarecido; les latía el corazón aceleradamente y a cada tres pasos tenían que detenerse asidos a la fuerte pendiente nevada.

Los expedicionarios tardaron tres horas en llegar a la cima, y tras un breve descanso iniciaron el descenso. Avanzaban con gran dificultad, pues la montaña no era de roca firme, sino pizarrosa; al deslizarse por ella, de espaldas o sentados casi siempre, iban provocando pequeños aludes de piedra. "Aceptamos que nuestra labor sea ardua, Señor", oró Canessa, "pero no nos la hagas imposible".

Llegaron por fin a un lugar donde la nieve estaba todavía muy espesa, y Parrado resolvió descender deslizándose sobre un cojín. Al momento comenzó a bajar más de prisa hasta alcanzar una velocidad que calculó en unos 100 k.p.h. Clavaba los tacones en la nieve, pero no conseguía detenerse. De pronto vio ante sí una pared de nieve. "Si hay peñas debajo de esa nieve", pensó, "será mi fin". Un instante después chocó con la pared y se detuvo completamente ileso. Canessa lo alcanzó y ambos siguieron montaña abajo con mayor cautela. A las 4 de la tarde decidieron detenerse.

Al día siguiente, el sexto de su expedición, llegaron a mediodía al pie de la montaña. Allí se encontraron a la entrada del valle que los llevaría hasta la Y. Si bien la hondonada estaba cubierta de una gruesa capa de nieve blanda, la cuesta tendría una inclinación de 10 a 12 grados. Con todo, Canessa empezó a rezagarse.

Cuando Parrado se acordaba de su compañero, se volvía a mirar y lo veía venir varios cientos de metros atrás. Entonces aguardaba y, una vez que Canessa le daba alcance, lo dejaba descansar cuatro o cinco minutos. En una de las pausas vieron a su derecha un arroyo que descendía por la falda de la montaña. A orillas del riachuelo crecían un poco de musgo, de hierba y algunos junquillos. Era el primer indicio de vegetación que veían desde hacía 65 días, y Canessa, a pesar de su fatiga, subió hasta el arroyo, arrancó algunas hierbas y junquillos y se los llevó a la boca.

Pasaron otra noche acurrucados en la nieve y a la mañana siguiente reanudaron la marcha. Conforme avanzaban, el ruido de sus pasos en la nieve se vio ahogado poco a poco por un estruendo que se intensificaba a cada momento. Parrado apresuraba el paso a unos 200 metros por delante del exhausto Canessa, cuando súbitamente alcanzó el extremo del valle.

La vista que contempló fue la del Paraíso. Allí terminaba la nieve y de la parte inferior del blanco manto manaba un torrente de agua grisácea que corría hacia el oeste cabrilleando entre rocas y peñascos, y lo más hermoso era que, en cualquier parte que volviera la mirada, Parrado veía manchas de distintas tonalidades verdes: musgo, hierbas, junquillos, aulagas y diversas flores moradas y amarillas. Los dos mu-



chachos corrieron tropezando, dejaron atrás la nieve y se tumbaron en unas peñas a orillas del río. Allí, entre aves y lagartijas, invocaron a Dios en voz alta y le agradecieron con todo el fervor de sus corazones haberlos librado del frío y del mortal abrazo de los Andes.

Al día siguiente, el octavo de su viaje, Parrado y Canessa descubrieron una herradura y una lata de sopa vacía y oxidada, prueba inequívoca de que se acercaban a una región habitada. Poco después encontraron un hato de vacas. A pesar de estas señales alentadoras, el estado de Canessa empeoraba. Al otro día daba traspiés y tenía que andar apoyado en el brazo de su amigo. Esa noche empezaron a idear cómo apoderarse de una vaca y matarla, pues si bien aún tenían alimento, empezaba a descomponerse en aquella región ya más cálida. Parrado propuso seriamente que se encaramaran a un árbol armados de una peña, para dejarla caer en la cabeza de un animal.

Aunque molido hasta los huesos y a punto de desplomarse, Canessa soltó la carcajada y exclamó: "¡Así nunca conseguirás matar una vaca!"

Parrado se alejó en busca de un poco de broza para hacer una hoguera. Canessa se acostó boca arriba y paseó la mirada hacia la ribera opuesta del río cuya corriente habían seguido. De pronto surgió de las sombras una figura lo bastante grande para dar la impresión de ser un hombre a caballo.

—¡Nando! ¡Nando! —gritó Canessa— ¡Mira! ¡Allí hay un hombre! ¡Al otro lado del río!

Ambos jóvenes corrieron hacia la orilla dando voces y agitando los brazos. Pero al mirar Canessa al lado opuesto del impetuoso torrente, hacia el lugar donde había creído ver al jinete, sólo distinguió un peñasco y la larga sombra que proyectaba.

—Ven —le indicó Parrado, tomando del brazo a su compañero—. Es preferible volver y hacer fuego antes de que anochezca.

Se habían vuelto ambos hacia el sitio donde acampaban, cuando, repentinamente, oyeron sobre el atronador ruido del río un grito humano. Giraron sobre sus talones y vieron en la ribera opuesta no uno, sino tres hombres que montaban sendos caballos.

Al momento los jóvenes empezaron a mover los brazos y a dar voces, pero el ruido del río ahogaba sus palabras.

—¡Auxilio! —gritaron— ¡Auxilio!

Y mientras Canessa alzaba más la voz, Parrado se dejó caer de rodillas y juntó las manos en ademán de súplica.

Los jinetes vacilaron. Luego uno de ellos frenó su cabalgadura y les gritó algo, pero lo único que pudieron entender los dos jóvenes fue la palabra "mañana". Acto seguido los jinetes se alejaron.

Parrado y Canessa volvieron a su campamento. La única palabra que habían captado les infundió grandes esperanzas. ¡Por fin se habían

comunicado con otros seres humanos!

Despuntó el décimo día de viaje de los expedicionarios. A las 6 de la mañana ambos estaban ya despiertos, y al mirar hacia la orilla opuesta del río, otra vez vieron allí tres hombres. Uno de ellos sacó un pedazo de papel, escribió algo, envolvió con él una piedra y se la arrojó a Parrado. Éste leyó: "Vendrá pronto un hombre. ¿Qué desean?"

El mismo hombre les lanzó una pluma estilográfica por encima de la corriente, y Parrado garrapateó con ella febrilmente: "Vengo de un avión que cayó en las montañas. Soy uruguayo. Llevamos diez días de marcha. En el avión hay todavía 14 heridos. No tenemos nada que comer. Estamos débiles".

El chileno desenvolvió el mensaje e indicó que había comprendido. En seguida sacó del bolsillo un trozo de pan, lo arrojó a la orilla opuesta, agitó la mano y se volvió para subir el ribazo.

Al cabo de dos o tres horas los jóvenes vieron venir otro hombre a caballo, esta vez por la margen del río en que ellos estaban. El recién llegado saludó a Parrado con desconfianza, tratando de ocultar la impresión que debió de causarle aquel sujeto alto, barbado y sucio. Se presentó y dijo llamarse Armando Serda, les dio un poco de queso y se adentró en la hondonada en busca de sus vacas. Los dos amigos se comieron el queso y descansaron un rato. Luego, antes de reaparecer Serda, tomaron lo que les quedaba de carne humana y la escondieron debajo de una piedra. Esto sucedía el jueves 21 de diciembre, a los 70 días de haberse estrellado el Fairchild.

El salvamento

Los LUGAREÑOS llevaron a los dos jóvenes hasta una cabaña del valle, donde los alimentaron y les proporcionaron un lecho. Y mientras dormían enviaron un mensajero para que informara a la policía del pueblo más cercano. Las autoridades del pueblo se comunicaron con Santiago, donde los ex comandantes Massa y García, del SAR, recibieron la noticia con asombro y escepticismo. Para entonces ya había caído la noche y no se podría hacer nada hasta que amaneciera.

A la mañana siguiente, a pesar de la densa niebla, despegaron de Santiago tres helicópteros en que iban García y Massa, una enfermera de la Fuerza Aérea, un ayudante de médico y tres socorristas del cuerpo de rescate. Al llegar a la cabaña encontraron a Canessa postrado todavía por el agotamiento, y los socorristas empezaron a atenderlo. Parrado, por su parte, rechazó toda asistencia médica e instó a Massa y a García a que despegaran en seguida para ir en busca del Fairchild. Pero en ese momento era imposible hacerlo, por la espesa niebla.

Por tanto, esperaron. Tres horas después de haber llegado, García decidió que la visibilidad era lo suficientemente buena para que dos

Un estilo...









línea eau de cologne

colonia - desodorante - talco -
loción para después de afeitarse - jabón -
espuma de afeitar - crema de afeitar.

de ATKINSON



De regreso a la civilización: Canessa y Parrado con los chilenos que los encontraron.

helicópteros intentaran recoger a los sobrevivientes. Iban en los aparatos el ayudante de médico, los voluntarios del cuerpo de rescate y Parrado.

Era cerca de la una de la tarde, la hora menos adecuada para volar sobre los Andes por la violencia de los vientos que se producen en la cordillera. Parrado fue un guía excelente. Pudo reconocer todos los puntos del valle por donde habían pasado él y Canessa, y al llegar a la Y griega indicó a García que virara a la izquierda y siguiera la cañada, más estrecha y cubierta de nieve, que conducía a las montañas.

A cada momento se dificultaba más el vuelo, pero García observó que estaban llegando a una altitud de 2150 metros. Parrado le dijo que esa era la misma que indicaba el altímetro del Fairchild. El ex comandante confiaba en poder gobernar el aparato.

—¿Hacia dónde vamos ahora? —preguntó a Parrado por el micrófono.

—Allá arriba —le respondió, y señaló hacia la escarpada pared de la montaña.

—¡No es posible que hayan bajado ustedes por allí!

—Sí; por allí bajamos. El avión está del otro lado.

García miró hacia el frente, y luego hacia arriba. Le parecía increíble lo que acababa de decir Parrado, pero tenía que confiar en él. Así pues, comenzó a ascender. Massa venía detrás de él, a bordo del se-

gundo helicóptero. A medida que subían, el aire se enrarecía cada vez más y era mayor la turbulencia; el helicóptero empezó a sacudirse y a trepidar. Pero aún estaban frente a la montaña; la cumbre se perfilaba más arriba. El altímetro indicó 3600 m., y poco después 3900. Por fin, a los 4100, llegaron a la cima. Allí los helicópteros toparon con un fuerte viento contrario que los empujó hacia atrás y hacia abajo. García hizo un segundo intento, pero de nuevo el vendaval rechazó al helicóptero.

El ex comandante desistió de trasponer la cumbre y optó por guiar la máquina hacia un punto más bajo, para rodear desde allí la montaña. Así llegaron poco después al lado opuesto, aún sacudidos y zarandeados por violentas corrientes.

—Bajemos —pidió Parrado al piloto del helicóptero.

El helicóptero descendió hasta que Parrado pudo ver, allá muy abajo, un punto minúsculo: los restos del avión.

—¡Allá está! —exclamó— ¡Allá!

Y allá abajo los muchachos empezaron a gritar y a agitar los brazos. Los que estaban en el interior del avión salieron atropelladamente, mientras el helicóptero, zarandeado por el viento, descendía más y empezaba a volar en círculos sobre el campamento. Pero el piloto no podía aterrizar. El viento soplaba con tanta violencia que, cada vez que bajaba un poco, el enorme aparato estaba a punto de estrellarse contra las paredes de la montaña. Sin embargo, el primer helicóptero logró por fin descender hasta rozar la nieve con uno de sus esquís. Los tripulantes arrojaron dos sacos por la portezuela abierta; un momento después se lanzaron por ella el ayudante de médico y uno de los socorristas del cuerpo de rescate.

García no se atrevía a aterrizar, por lo empinado de la cuesta y, además, porque la nieve no soportaría el peso de la nave. Así pues, siguió cerniéndose a muy poca altura con el temor de que las aspas pegaran en la montaña, y sin poder virar en un ángulo que facilitara a los sobrevivientes trepar a bordo. El primero en intentarlo fue Fernández, que alzó los brazos; Parrado lo asió y tiró de él hasta que entró en el aparato. Lo siguió Álvaro Mangino, que logró encaramarse a bordo. A continuación el helicóptero se elevó.

Massa bajó luego a otros dos especialistas en salvamento andino, con su equipo, y Páez, Algorta y Eduardo Strauch subieron al segundo aparato. Detrás de ellos subió Inciarte, con quien Massa completó su capacidad y se remontó. Delgado, Sabella, Roberto Francois, Vizintín, Javier Methol, Zerbino, Harley y Fito Strauch quedaron abajo en compañía del ayudante de médico y de los tres expertos andinistas.

Franquear la vertiente oriental de la montaña no fue labor menos aterradora que la de ascender por la opuesta. Pero al fin lograron sal-



Años de espera...
y nace el coñac
Largos años en que el destilado
de uva de San Juan espera en el vientre
de las vasijas de roble francés.
Absorbiendo los jugos de madera
materna para obtener su sabor
de coñac verdadero.
COÑAC
EXTRA AÑEJO
RESERVA SAN JUAN
RESERVA SAN JUAN
COÑAC
EXTRA AÑEJO
OTARD-DUPUY
Junto a los mejores
momentos de la vida...
COÑAC OTARD DUPUY
RESERVA SAN JUAN
San Juan, la tierra del coñac en Argentina.
Industria Argentina

var la difícil cúspide y volaron valle abajo.

La confesión

EN VISTA de la turbulencia, García difirió hasta el día siguiente la segunda operación de salvamento. Los tres especialistas andinos habían traído alimentos y pronto comprobaron que ningún sobreviviente de la montaña estaba en peligro inminente de morir. Por otra parte, a los ocho primeros se les envió por avión a un hospital de San Fernando.

Llegaron allí poco después de las 3 de la tarde, todos en camilla excepto Parrado, que insistió en entrar por su pie y se abrió camino entre la multitud de enfermeras y curiosos.

Una vez instalados en la sección del hospital que les habían asignado, Parrado se negó a acostarse y a dejar que lo examinaran los médicos hasta no haberse dado un baño. Las enfermeras, atónitas, salieron a consultar con los facultativos, que accedieron a la petición.

Prepararon la bañera, y Parrado pudo quitarse al fin la maloliente ropa y meterse en el agua caliente. Después del baño se sintió maravillosamente bien y sólo entonces permitió a los médicos que lo reconocieran. No encontraron en él ningún trastorno.

Naturalmente, como los otros siete, Parrado había adelgazado muchísimo. Todos habían perdido peso; él, más de 20 kilos; sus compañeros, en la misma proporción. Por añadidura, Mangino tenía una pierna fracturada; Inciarte llegó con una grave infección en la pierna; Algorta sufría dolores en la región hepática, y todos traían los labios ardidos y ampollados, y presentaban conjuntivitis y diversas infecciones cutáneas. Pero los médicos no tardaron en comprender que aquellos jóvenes se habían alimentado con algo más que nieve derretida. Uno de los facultativos, al examinarle la pierna a Inciarte, le preguntó:

—¿Qué fue lo último que comió?

—Carne humana —contestó el muchacho.

El médico siguió curándole la pierna sin hacer ningún comentario.

También Fernández y Mangino confesaron a los médicos lo que habían comido en la montaña, y éstos tampoco hicieron comentarios. Sin embargo, inmediatamente dieron órdenes estrictas de que no se permitiera entrar en el hospital a los periodistas, y prohibieron que recibieran visitas los sobrevivientes; ni siquiera pudieron entrar la madre de Páez y la de Canessa, que ya habían llegado de Montevideo.

Con todo, se exceptuó de esta disposición al padre Andrés Rojas, joven cura párroco de la iglesia de San Fernando Rey. Lo llevaron inmediatamente a la sección especial de los damnificados, a la habitación que ocupaba José Luis Inciarte. Fue una decisión afortunada, pues en cuanto el visitante se dio a conocer como sacerdote, Inciarte empezó a

Buen día, belleza

CUBRECAMA PALETTE de Chenil

lavan en casa. No se planchan. Livianos e inarrugables. Vivibles.



UN PRODUCTO DE LA LINEA HOGAR DE ALPARGATAS S.A.I.C., EMPRESA ARGENTINA QUE PRODUCE PARA EL PAIS DESDE 1885.



balbucir un torrente de palabras. El muchacho explicó al padre Andrés lo ocurrido en la montaña; pero no con el frío lenguaje de un observador imparcial, sino en los nobles y místicos términos que expresaban mejor lo que aquella prueba había significado para él.

—Fue algo que nadie hubiera podido imaginar. Yo iba a misa todos los domingos, y en mí la sagrada comunión había llegado a ser un hábito. Pero en aquellas alturas, a la vista de tantos milagros, al sentir casi palpable la presencia de Dios, aprendí una lección. Ahora pido al Señor que me dé fuerzas para no volver a ser como antes. He aprendido que la vida es amor, y que el amor consiste en entregarse al prójimo. No hay nada mejor que darse al prójimo; a un ser humano . . .

Al escucharlo, el padre Andrés entendió en todo su alcance la índole del don a que se refería Inciarte: el don que los desaparecidos compañeros les habían hecho de su propia carne. El sacerdote tranquilizó al atormentado joven y le aseguró que no había cometido ningún pecado: la Iglesia católica permite la antropofagia *in extremis*.

—Esta tarde volveré para traerte la comunión —le dijo.

—Entonces, padre, quisiera confesarme.

El sacerdote replicó:

—Ya te has confesado con esta conversación.

No ERA posible postergar más tiempo el momento de la reunión. Graciela Parrado de Berger, la hermana casada de Fernando, impaciente porque le impedían verlo, entró a viva fuerza en su habitación seguida por el padre de ambos, Seler Parrado, que lloraba. El desdichado había concebido esperanzas por una lista en que erróneamente aparecían su esposa, su hija y su hijo entre los sobrevivientes. Y en el momento de ver a su hijo se enteró de la verdad: que Nando era el único sano y salvo de los tres familiares que iban en el avión.

Más allá, Canessa, al alzar la vista de pronto, vio a sus padres y a su prometida.

—¡Feliz Navidad, Roberto! —le dijo su madre.

Y la señora empezó a llorar al ver el demacrado rostro de un anciano bajo la barba de su hijo. También el padre de Canessa soltó el llanto. Como tales efusiones provocaron lágrimas en Roberto, sus padres le dijeron que se marcharían inmediatamente. Canessa, sin embargo, los detuvo, y cuando todos se serenaron, comenzó a relatarles el accidente y la forma en que se habían salvado, inclusive la circunstancia de que él y sus compañeros habían comido carne humana. Sólo su padre se sobresaltó. Las dos mujeres se mostraban tan contentas de ver vivo a Roberto que apenas comprendieron lo que él les relataba. Pero el padre, que era médico, entendió cabalmente los horrores a que había estado expuesto su hijo y las duras pruebas que aún le esperaban.



Reunión de Navidad en el Hotel Sheraton San Cristóbal

"Tal como ocurrió"

Los otros ocho sobrevivientes fueron traídos de los Andes al día siguiente. La mayoría estaba en condiciones asombrosamente buenas. En realidad, sólo hospitalizaron, durante poco tiempo, a cuatro de los 16.

La noche del 23 de diciembre todo el grupo de uruguayos que se había trasladado a Chile al enterarse de la noticia del salvamento, estaba instalado en Santiago y se disponía a celebrar la Navidad; los sobrevivientes se hospedaron en compañía de sus familiares en el Hotel Sheraton San Cristóbal; los padres y parientes de los desaparecidos, en el Crillon.

En este último hotel, el padre de Gustavo Nicolich abrió una carta que su hijo había escrito en la montaña, poco antes de morir bajo el alud: "Una cosa que te parecerá increíble (me lo parece a mí mismo) es que hoy empezamos a cortar los cadáveres para comérnoslos. No nos queda otro remedio". Y agregaba más adelante: "Si algún día pudiera yo salvar a alguien con mi cadáver, me gustaría que lo aprovecharan". Tal fue la primera confidencia que llegó a los padres hospedados en el Crillon de que los cadáveres de sus hijos habían conservado la vida de los 16 sobrevivientes, y el señor Nicolich, transido de dolor, se estremeció ante aquella macabra revelación. Pensando en ese momento que quizá jamás trascendería la verdad, retiró

esta página de la carta y la ocultó.

Los padres que paraban en el Hotel San Cristóbal tuvieron una reacción muy semejante, pero además abrigaban el temor de que el hecho fuera del conocimiento público. Contribuía a su intranquilidad la presencia en el hotel de un ejército de periodistas que formulaban incesantes preguntas y tomaban fotos a los jóvenes. En una rueda de prensa celebrada anteriormente en el hospital, cuando preguntaron a los sobrevivientes qué habían comido, contestaron que llevaban gran cantidad de quesos, y que en las montañas crecían hierbas comestibles. Pero era obvio que tal declaración no dejaría satisfecha a la prensa durante mucho tiempo.

Un diario peruano reveló la verdad, e inmediatamente los periódicos de Argentina, Chile y Brasil se hicieron eco del reportaje. Los periodistas de Santiago siguieron interrogando a los sobrevivientes. Confusos, los muchachos negaban que hubieran incurrido en canibalismo, pero los que habían traicionado su secreto (el cuerpo andino de salvamento) proporcionaron la prueba. El 26 de diciembre el diario *El Mercurio,* de Santiago, publicó en primera plana la fotografía de una pierna humana que aparecía consumida a medias entre la nieve, al lado del Fairchild.

Los jóvenes resolvieron que era preferible, más que explicar nada a algún periódico en particular, convocar a su regreso a Montevideo una rueda de prensa en el Colegio Stella Maris. Esto no pasaba de ser una débil defensa contra la tormenta que ya se cernía sobre ellos. La noticia atizó el apetito de la prensa mundial, y los muchachos que ocupaban el hotel estaban sometidos a un bombardeo de preguntas. Una revista chilena especializada en temas pornográficos dedicó dos páginas enteras a la reproducción de varias fotografías de piernas, brazos y huesos hallados cerca del Fairchild. Otro diario chileno publicó una crónica bajo este titular: ¡QUE DIOS LOS PERDONE! Al leer esto, algunos padres de familia no pudieron contener las lágrimas.

Como el escándalo había envenenado el ambiente de Santiago, los sobrevivientes fletaron un avión y emprendieron el regreso a Montevideo el 28 de diciembre. A su llegada todo se hallaba dispuesto para recibirlos en el Colegio Stella Maris. El amplio salón de actos estaba arreglado como para una distribución de premios; en el estrado habían instalado una gran mesa, micrófonos y altavoces.

Al empezar la conferencia todo el mundo escuchó en silencio a los sobrevivientes: uno tras otro fueron tomando la palabra para relatar su heroica y trágica historia. Al llegar el turno de Pancho Delgado, que el grupo designó para que hablara del canibalismo, puso en juego su natural elocuencia (don que no les había sido útil en las montañas) y dijo:

"Cuando uno despierta por la mañana en el silencio de los Andes

Sabemos que le gustaría lucir el auténtico pañuelo Christian Dior. Saborear un Thomas Becket, excelente Whisky de maltas escocesas o nuestra personal Ginebra W.F. elaborada por Erven Lucas Bols.







Para ello, quizás le hagan falta las copas apropiadas. También las tenemos.

Oferta especial y limitada entregada a domicilio. Flete incluido.

Solicite su pedido telefónicamente, en forma personal o enviando el cupón adjunto a:

GRETHER DISTRIBUCIONES S.A.
A. J. Carranza 2243
Tel. 771-1218/4211/6384
Buenos Aires

Estos productos no se encuentran a la venta en el comercio.

Agradeceré me envíen:

- ☐ Caja de 3 botellas de Ginebra W.F. a $ 63 la caja.
- ☐ Caja de 4 botellas de Whisky Thomas Becket a $ 136 la caja.
- ☐ 6 vasos de whisky en fino cristal a $ 264.
- ☐ 6 copas de ginebra en fino cristal a $ 174.
- ☐ 1 auténtico pañuelo Christian Dior a $ 99.

Total: $ .... Cheque/giro Nº .... c/Banco ....

Nombre ____________________

Domicilio ____________________ Dto. ______

Tel. __________ Localidad ____________________

Pcia. __________ Transporte ____________________

____
Firma

Pedidos adicionales envíelos por nota aparte.

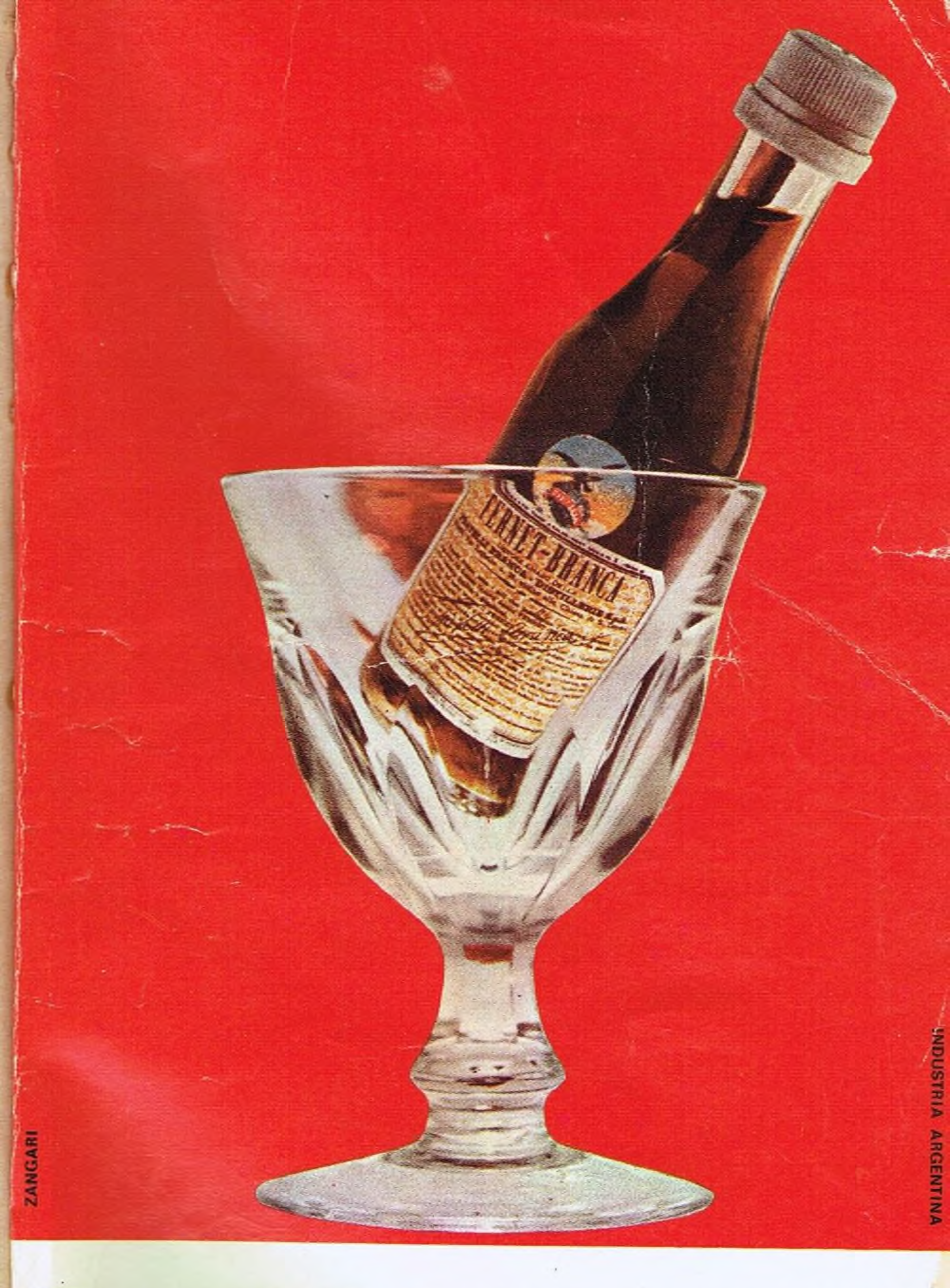
y contempla los picos nevados, el espectáculo es majestuoso, impresionante, pavoroso; y se siente uno solo en el mundo, salvo la presencia de Dios. Porque les aseguro que Dios está allí. Todos lo sentíamos en lo íntimo de nuestro ser, y no porque seamos demasiado piadosos; nada de eso. Uno siente la presencia misma de Dios. Sobre todo, se siente la mano de Dios, y se deja uno guiar por ella... Y cuando llegó la hora en que ya no teníamos que comer, nos dijimos que si Jesucristo, en la última cena, había compartido su carne y su sangre con los apóstoles, nosotros también podíamos hacer otro tanto y tomar la carne y la sangre de nuestros compañeros como una íntima comunión entre nosotros. Y eso nos ayudó a sobrevivir. Ahora no queremos que ese acontecimiento (que para nosotros fue algo muy íntimo) sea mancillado o profanado. En un país extranjero tratamos el tema con la mayor altura espiritual que nos fue posible, y aquí venimos a contárselo a ustedes, nuestros compatriotas, tal como ocurrió... "

Delgado terminó de hablar, y saltaba a la vista que todos los presentes se sentían profundamente conmovidos. Dijeron a los periodistas si deseaban preguntar algo, pero éstos guardaron silencio.

De los viajeros que iban en el Fairchild, 29 no habían regresado; para sus familias, el retorno de los 16 sobrevivientes confirmó la muerte de sus seres queridos. Y fue una confirmación inquietante. Las familias se enfrentaron al dolor de la muerte de esposos, madres e hijos, y no sólo eso, sino también a la posibilidad de que se los hubieran comido.

Fue un cáliz doblemente amargo para esos corazones desbordantes de dolor, pues por noble y racional que les pareciera el fin último de sus seres queridos, el solo pensar en aquella posibilidad les inspiraba un horror primitivo e irrefrenable. La mayoría de los familiares, sin embargo, supo sobreponerse a la impresión. Los padres exteriorizaron el mismo valor y la misma generosidad de que dieron muestras los hijos, y declararon su solidaridad con los 16 sobrevivientes.

El Dr. Helios Valeta, padre de uno de los jóvenes muertos al desprenderse la cola del avión, asistió con su familia a la conferencia de prensa. En seguida declaró a un reportero del diario *El País:* "Vine aquí con mi familia porque nos sentimos sinceramente felices de tener a estos muchachos de regreso entre nosotros. Nos alegramos, además, de que fuesen 45 los viajeros, pues esto permitió que volvieran al menos 16. Soy médico, y comprendí que nadie hubiera podido sobrevivir en ese lugar y en esas circunstancias sin verse obligado a tomar valerosas decisiones. Ahora que los hechos han confirmado mi suposición, repito: Doy gracias a Dios de que hayan sido 45 los pasajeros, porque gracias a eso 16 familias han recobrado a sus hijos".


FERNET-BRANCA
ZANGARI
INDUSTRIA ARGENTINA

Agosto 1974

Selecciones del Reader's Digest

Más de 30 millones de ejemplares vendidos mensualmente, en 13 idiomas.

SECCIÓN DE LIBROS